

EL ESPÍRITU DE EUROPA

Claves para una reevangelización

Alfonso López Quintás

INTRODUCCIÓN

Este libro quiere ser, en buena medida, un complemento a mi reciente obra *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*¹. En ella mostré ampliamente cómo hoy día se intenta minar las bases de la auténtica *vida en el espíritu*, que es vida abierta a las realidades del entorno -desde las cosas hasta las personas y el Ser Supremo...-. Se lo hace, ordinariamente, de forma solapada, artera, mediante el recurso, en apariencia inocuo, de movilizar los recursos de la manipulación.

Al final del libro, propuse como antídoto eficaz contra las prácticas manipuladoras tomar tres medidas: Estar alerta, pensar con rigor, vivir creativamente. Para facilitar a los lectores la realización de la primera medida, ofrecí en dicha obra una especie de *radiografía de la manipulación*, un análisis pormenorizado de los principales trucos de ese ilusionista de conceptos y términos que es el manipulador.

El contenido de las otras dos medidas lo expuse, sobre todo, en la obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*². El propósito del curso que se lleva a cabo en ella consiste en poner en forma la capacidad de pensar con rigor y vivir creativamente. Lograda esta doble meta, estamos en disposición de clarificar toda una serie de temas decisivos en la sociedad actual.

Uno de ellos es la unidad europea: su sentido, su alcance, las vertientes de la vida a las que debe afectar. En la tarea de lograr una Europa unida nos vemos insertos y comprometidos quienes vivimos en este continente y los amplios grupos de personas que toman la cultura europea como un referente obligado en sus vidas.

¹ PPC, Madrid 1998.

² BAC, Madrid 1999.

Desde que se empezó a hablar de una posible unidad de las naciones europeas, no dudé un instante de que la unión debe extenderse a la vida espiritual, pues ahí es donde se fragua la verdadera cohesión de personas y comunidades. De hecho, cuando en 1951 crucé por primera vez varias fronteras europeas, entonces poco permeables, me vi sorprendido gratamente por la existencia de un aire de familia en toda Europa, una comunidad de espíritu que se refleja espléndidamente en el urbanismo de las ciudades, la arquitectura de las catedrales, la música de los motetes y madrigales, el espíritu científico y filosófico cultivado en los centros universitarios...

Esta comunidad de espíritu se hallaba, en cierta medida, oculta bajo las heridas y los rencores provocados por las dos guerras mundiales. Con buen sentido político y profundo espíritu cristiano, tres dirigentes europeos supieron frenar el aluvión de odio que se cernía sobre el continente e iniciar el camino hacia la unidad de todos sus pueblos. En principio, se dirigió la mirada únicamente hacia la unidad económica. El éxito obtenido llevó, decenios más tarde, a procurar la unidad monetaria y cierta vinculación política.

Una vez conseguidos estos magníficos logros, vemos nítidamente que la verdadera unidad de los pueblos europeos, con su espléndida y compleja tradición histórica, implica también el compromiso de todos a cultivar la vida espiritual.

Debido a ello, resulta preocupante escuchar a buenos auscultadores de la sociedad contemporánea afirmar que el derrotismo intelectual y espiritual denominado *Nihilismo* no está llamando a nuestras puertas hoscamente, como había pronosticado Nietzsche en su tiempo; ha invadido ya las plazas del pueblo y los foros de los intelectuales.

Si acaba imponiéndose esta actitud de desvalimiento espiritual, nos impedirá conseguir una forma de unidad europea sólida y fecunda. Siempre fue arriesgado fomentar en el pueblo la falta de sentido, la apatía y el Nihilismo. En estos momentos es casi suicida. Debemos, por ello, prestar atención renovada a los pensadores que no amenguan nuestras energías espirituales, antes nos descubren la forma de llenar la vida de sentido, en cualquier circunstancia, a través de un medio accesible a todos: el *encuentro*.

Recordemos, por ejemplo, al psicólogo vienés Viktor Frankl, que, tras vivir de joven el horror de Auschwitz, consagró su vida a proclamar que es posible lograr una gran dignidad personal incluso en circunstancias deplorables³. En la misma línea, el filósofo francés Jean

³ Cf. *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 171995. Versión original inglesa: *Man's search for meaning. An Introduction to logotherapy*, Pocket Books, Nueva York, s.f. Sobre el sentido escribió Frankl otra obra: *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn* (Piper, Múnich 1989), que significa "El hombre ante la cuestión del sentido".

Guitton –que conoció bien la amargura de un campo de exterminio– dedicó sus mejores cualidades de estilista y pensador a cantar las excelencias del auténtico amor humano⁴.

A partir de la primera guerra mundial, Europa misma se cuidó de poner al descubierto los inmensos recursos espirituales que posee, en su tradición y en su presente, para abordar la gran tarea de conseguir una paz verdadera, muy superior a la mera falta de conflictos. Tales recursos se hallan en la actualidad muy mermados por una serie de malentendidos y prejuicios intelectuales que se derivan de una metodología filosófica más bien tosca, basta, incapaz de analizar con la sutileza debida los temas humanos decisivos.

En esta obra intento delatar tales prejuicios y malentendidos, y sugerir un tipo de metodología más cuidadosa, adecuada al análisis de los grandes temas humanos. Para ello expondré una serie de cuestiones sobremanera importantes y los iré retomando en perspectivas distintas –conforme al "método en espiral"– a fin de clarificarlos del modo más lúcido y completo posible, dentro de las limitaciones propias de un ensayo.

Alfonso López Quintás

Enero 2000

Capítulo 1

Hacia la Europa del corazón

Cinco experiencias personales consecutivas me llevaron, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, a preocuparme por el tema de Europa.

A comienzos de Agosto de 1953 pisé por primera vez tierra alemana. Fue en la estación de ferrocarril de Colonia. Ante mi vista apareció la imagen mil veces admirada de la catedral. Me produjo una impresión intensa, pero desoladora: el templo se hallaba seriamente dañado y sus alrededores estaban destruidos. Colonia era una ciudad devastada. Por todas partes, edificios quemados, semiderruidos, y entre ellos grandísimos huecos, como calvas trágicas de un bosque talado. Para ir a la universidad debía atravesar el barrio en el que había sostenido el gran Max Scheler su famosa tertulia, con pensadores como Peter Wust, Dietrich von Hildebrand, Romano Guardini, Landsberg y tantos otros. Ahora era puro campo, y los niños discutían si alguna vez había habido casas allí. Con los escombros de la ciudad se levantaron cinco colinas, más tarde

⁴ Cf. *L'amour humain*, Aubier, Paris 1948.

convertidas en parques. Y yo pensaba: *Esto es Europa*, la gran Europa que se ha devorado a sí misma por haberse entregado al odio.

El día 15 asistí en la catedral a la misa de Nuestra Señora, patrona de la ciudad. Multitud de jóvenes abarrotaban el amplio templo. Portaban banderas de diversas asociaciones y cantaban a coro, con el ritmo marcial que caracteriza los *Lieder* alemanes. El órgano hacía vibrar las amplias naves. Obras de Bach, Bustehude y Reger me hacían recordar los mejores tiempos de la cultura germánica. Mientras oía los severos acordes de esta música profunda, contemplaba las expresivas imágenes góticas y vibraba con la tensión interna que suscitan las dos directrices básicas de los templos góticos: la directriz horizontal y la directriz vertical. Y pensaba para mí: *Esto es también Europa*. Pero ¡qué enigmático destino el de este pequeño continente, que alcanzó tales cimas de cultura y provocó una hecatombe cuando creía tocar con la mano una felicidad sin límites!

A comienzos de Octubre asistí en el aula magna de la universidad de Colonia a una representación de la ópera *Lohengrin* de Richard Wagner. La sala era incómoda y el escenario insuficiente, pero un visible fervor transfiguraba a los espectadores y a los intérpretes. El alma germana bullía en esa obra cargada de sabor medieval y espíritu caballeresco. *He aquí la vieja Europa de la alta cultura -me decía-, de la genialidad artística que logra el añorado sueño de la "Obra de arte total"*.

Poco después, viajando en tren de París a Bruselas, pude ver en la estación de un pueblecito belga llamado Vink un sencillo monumento. Representaba a varones de distintas edades cayendo al suelo amontonados. Era el recuerdo del momento terrible en el que todos los varones de ese pueblo fueron fusilados allí por las tropas nazis, en represalia por haber descarrilado en las cercanías un tren de las SS.

Más tarde, tuve ocasión de visitar el campo de concentración de Dachau, con sus barracones y sus hornos crematorios conservados en su estado original por el ejército norteamericano. El sobrecogimiento que me produjo me llevó a preguntarme si sería posible la reconciliación después de Dachau y de Auschwitz, y, con ella, la reconstrucción de la vida europea. Recordaba que el Tratado de Paz de Versalles, que cerró la Primera Guerra Mundial, no hizo sino preparar el clima de odio que iba a desencadenar el conflicto de 1939. Veía a los alemanes trabajar febrilmente, día y noche y codo con codo, para reconstruir sus hogares, levantar escuelas e iglesias, normalizar la vida. Era ejemplar esa diligencia, pero podía ser el comienzo de un largo camino hacia la venganza. Sabemos por la Historia que Europa posee una increíble vitalidad, merced a la cual superó conmociones gigantescas y recuperó su antiguo

esplendor. Mas ahora la herida era demasiado profunda y los odios parecían cubrir Europa como una capa de sal.

Qué es Europa

Romano Guardini, hombre muy sensible a la idea de una Europa unida, escribió lo siguiente en 1946, ante las ruinas de la posguerra: "Hoy día atraviesa Europa la crisis más profunda de su historia; tan profunda que muchos llegan a preguntarse si todavía existe 'Europa' en el antiguo sentido de la palabra". Pero "Europa todavía vive" -agregó-, y "acaso el derrumbamiento del poder tan monstruosamente exagerado por el nacionalsocialismo abra el camino incluso para nuevas posibilidades europeas"⁵.

No era fácil imaginar de qué posibilidades podía tratarse. Europa se hallaba colapsada, y removía en nosotros el recuerdo de tantas civilizaciones poderosas que desaparecieron definitivamente. Para adivinar si Europa podía tener un futuro, se requería penetrar muy hondo en lo que significa el «espíritu europeo», el «alma» de esta vieja Europa tan castigada a lo largo de la historia pero capaz una y otra vez de regenerarse de modo asombroso.

¿Qué es, en realidad, Europa? «No es un mero complejo geográfico –advierte Guardini–, ni un mero grupo de pueblos, sino una entelequia viva, una figura espiritual operativa»⁶. Este carácter unitario se lo debe a su modo propio de ser, a su espíritu peculiar, a su esencia. Esta esencia y ese espíritu proceden de tres ingredientes básicos: 1) el afán griego de comprender racionalmente la vida y el universo, crear belleza y descubrir su sentido más hondo; 2) el amor romano al orden, la legalidad y la eficacia; 3) la orientación trascendente del Cristianismo. La fe cristiana permitió a los europeos contemplar el mundo a cierta distancia, ganar serenidad frente a él, someterlo a un análisis científico y, sobre todo, trascenderlo para abrirse al Creador, ganando así una gran *soberanía de espíritu*.

Lo más profundo y característico de la cultura europea -la literatura, el arte, la filosofía, la política, la religión...- es debido a esa libertad interior y a ese impulso hacia lo más alto, que ya Sócrates y Platón habían promovido pero sólo en el Cristianismo adquirieron todo su alcance. La conciencia de su altísima dignidad personal, propia de un ser creado a imagen de Dios, la debe el hombre europeo al Cristianismo.

⁵ *El Mesianismo en el mito, la revelación y la política* (Rialp, Madrid 1948) 155. Versión original: *Der Heilbringer in Mythos, Offenbarung und Politik*, M. Grünewald, Maguncia ²1979.

⁶ *Ibid.*

Ahora bien. Si Europa tiene un espíritu propio, determinado en buena medida por el legado cristiano, que es radicalmente *amor*, afán de unidad, ¿cómo se explica que se haya vuelto airadamente contra sí misma con un frenesí demoledor? Mucho nos va en saberlo, porque la historia que no se medita a fondo amenaza con volver a repetirse de forma todavía más negativa.

Cualidades del espíritu europeo

Para descubrir cómo pudo Europa, tras varios siglos de progreso ininterrumpido en ciencia, técnica y calidad de vida, provocar una destrucción sin límites y un desconcierto espiritual absoluto, conviene destacar las condiciones básicas de lo que podemos llamar «el espíritu europeo» y descubrir cómo se fue empobreciendo y adulterando a lo largo de los siglos.

Hagan memoria conmigo y recuerden lo que significan en el arte figuras como Fidias y Miguel Angel, Rafael y Velázquez; en literatura, Sófocles, Cervantes, Shakespeare y Goethe; en filosofía, Sócrates, Platón, San Agustín, Santo Tomás, Kant, Hegel y Scheler; en música, Victoria, Bach, Mozart y Beethoven; en ciencia, Galileo, Newton, Planck, Heisenberg y Einstein; en política, Carlomagno, Carlos V, Napoleón; en vida religiosa, Francisco de Asís, y las tres grandes Teresas (la de Avila, la de Lisieux y la de Calcuta)..., y no les cabrá en el ánimo tanto asombro como suscitan estos gigantes. Pero incrementen tal asombro con el que producen el Partenón, las grandes catedrales, los soberbios castillos y las bellísimas ciudades..., y no habrán comenzado siquiera a vislumbrar lo que implica Europa.

Al rememorar la inmensa riqueza que albergan esos nombres y mil otros no menos excelsos, se irá perfilando lo que significa «el espíritu europeo». No terminaríamos –escribe, a este respecto, un espíritu tan comedido como Karl Jaspers» si quisiéramos enumerar todo lo que nuestro corazón ama, una riqueza inagotable de espíritu, de moralidad, de fe». «Ahí es donde nuestro corazón se inflama y nos arrastra»⁷. Pero debemos mitigar nuestro entusiasmo y analizar con sobria precisión las actitudes espirituales que configuran el espíritu europeo, los modos de pensamiento y las formas de conducta o tendencias que, al operar conjuntamente, perfilaron esa figura humana que llamamos «el hombre europeo». Destaquemos sólo, entre sus múltiples características, las tres siguientes:

⁷ *El espíritu europeo* (Guadarrama, Madrid 1957) 290.

1. *El amor a la verdad, la búsqueda intelectual de las esencias de los fenómenos y las realidades.* Los griegos crearon una arquitectura, un arte plástico, una música y una literatura de belleza sin par, y al mismo tiempo se ocuparon de descifrar el secreto de tal creación. Por eso, además de construir, por ejemplo, la maravilla del Partenón, descubrieron que el secreto de su belleza radica en la *armonía*, y ésta es engendrada por la *proporción* y la *medida* o *mesura*. Pero no se contentaron con estas dos actividades geniales. En un alarde de intuición filosófica, un día Sócrates se dirige al sofista Hipias y le pregunta: «¿Qué es la belleza?». No qué *cosas bellas* observa alrededor, sino qué es *la* belleza: «*Tí esti to kalón*»⁸. Con ello, el pensamiento europeo dio el salto al plano *metafísico*, el del conocimiento de las «esencias». No pregunta por esta o esa cosa bella, sino por lo que convierte en bellas todas las realidades que se muestran como tales. Busca la "esencia", y con ello adquiere un grado insospechado de penetración en la realidad. Ello va a suponer una inmensa *soberanía de espíritu*. Tal soberanía inspira otras características del espíritu europeo sumamente fecundas.
2. *El respeto a la ley, vista como instancia ordenadora de la vida.* Los discípulos de Sócrates le proponen huir de la ciudad para eludir una condena injusta. El maestro rechaza la oferta por respeto a las leyes que estructuran la vida social. Aquí resalta, por primera vez, con fuerza impresionante el valor que tienen los conceptos cuando no se los toma como *meras palabras* sino como *fuentes de vida humana plena, totalmente digna*. "La ley" es principio de vida ordenada, justa, orientada hacia un fin noble. "La belleza" es el origen vivo de todas las realizaciones bellas. "La justicia" es la instancia que regula debidamente todas las acciones humanas.
3. *La dignidad humana y la libertad.* Al vincularse la alta idea del hombre que implicaba la condición de «ciudadano romano» con el largo alcance del concepto cristiano de persona creada a imagen de Dios, se fragua una convicción sólida del carácter *absoluto* de la dignidad humana. Ésta implica el derecho al ejercicio pleno de la libertad. Frente a la práctica pagana de la esclavitud, San Pablo recomienda a Filemón que trate a su «siervo» Onésimo como un «hermano». Era el comienzo de una larga historia de luchas en favor de los derechos del hombre. Esta historia fue, lamentablemente, demasiado premiosa y dubitativa. Pero el germen de la preocupación por respetar la dignidad humana estuvo desde entonces operante en la vida europea de todos los tiempos. Errores graves que constituían

⁸ «... Amigo mío, reflexiona: no te pregunto qué cosas son bellas, sino qué es la belleza» (*Hipias Mayor*, 287 e).

verdaderos delitos contra la humanidad –como la práctica de la esclavitud» fueron superados por la misma Europa *desde dentro*, merced a la energía espiritual que le otorgó en todo instante su deseo de *buscar la verdad y vivir de la verdad y en la verdad*.

Los grandes pensadores cristianos de la Europa medieval contribuyeron de modo decisivo a clarificar la vinculación que existe entre el concepto de *libertad* y el de *verdad*. Soy plenamente libre cuando elijo algo no sólo porque me gusta, sino porque estoy persuadido de que es *justo*, se *ajusta* a la verdad de mi ser. Toda elección auténtica se funda en una certeza y, en definitiva, en la verdad de las cosas, el *ordo rerum*, la trama de cuanto existe. De ahí que para conquistar la libertad verdadera haya que superar las opiniones infundadas y penetrar en la verdad. Pero esta penetración no puede realizarse a solas, individualmente, sino a la luz que brota en una búsqueda común. A la verdad se va en comunidad. Se llega a ser libre cuando se crea una vida de participación comunitaria en la gran tarea de dotar a nuestra existencia de pleno sentido. Este sentido pleno sólo puede venirle al hombre, ser *finito creado*, del Ser Infinito, el Creador.

Europa fundó una vida comunitaria firme al participar en una verdad común que compromete el sentido de la existencia: *la creencia en Dios*. El hombre fue creado por Dios como un ser libre, y debe comprender que su libertad consiste en aceptar lúcidamente su origen y su fin. Es *libre en vinculación al Ser infinito*, y este tipo de vinculación u «ob-ligación» no sólo no bloquea su desarrollo personal sino que lo hace posible en una medida insospechada.

La degradación del espíritu europeo y la eclosión del conflicto

A partir del Renacimiento, el hombre europeo se abrió a la grandeza del mundo, se asombró al descubrir las posibilidades de conocimiento que ofrece la ciencia y las de transformación de la naturaleza que presenta la técnica; cobró conciencia creciente del poderío del yo, del encanto de la vida terrena, y sintió dificultad en mantener el equilibrio entre la inmanencia y la trascendencia, entre la libertad y la vinculación a la realidad y a Dios, entre la ciencia y la fe, entre la técnica y el respeto a la naturaleza. Ese equilibrio es difícil de conseguir, y llena la vida de tensiones: El ser humano tiene poder de iniciativa, pero pende en definitiva del Creador; es libre, pero está sometido a condiciones externas; es autónomo, en cuanto se rige por

leyes que ha de interiorizar, pero es heterónomo, pues tales leyes le vienen propuestas desde el exterior.

El hombre de la modernidad, subyugado por el poder creciente de la ciencia y la técnica, se dejó impresionar cada vez más por las realidades terrenas y orientó su actividad hacia el incremento del poder, el dominio, el manejo de objetos, el logro de bienestar y felicidad. En medio de la inseguridad de la vida, algo tenía seguro: *la eficacia de la ciencia*. Pero la ciencia es eficaz precisamente porque su método es *unilateral*: sólo atiende a las realidades cuantificables, expresables en lenguaje matemático. El predominio de la ciencia y la técnica va a orientar al hombre moderno hacia un *pensamiento unidimensional*. Al ver que un poco de conocimiento científico teórico da lugar a una medida correlativa de posibilidades técnicas, y éstas hacen posible dominar la realidad, crear artefactos, producir bienestar y felicidad, concluyó que, elevando el conocimiento indefinidamente, lograría de modo automático una felicidad sin límites. Esta convicción inspiró el gran *ideal de la modernidad*: conseguir un conocimiento ilimitado y un poder y una autonomía sin fronteras. No se cuidó de elaborar al mismo tiempo una correlativa *Ética del poder*. La Ética debe moverse al mismo tiempo en varios niveles: el de la acción y el del sentido de la acción, el del poder y el del sentido del poder, en el de la felicidad y en el de las condiciones de la auténtica felicidad.

El hombre afanoso de poderío ilimitado quiso moverse en la inmanencia sin atender a la trascendencia, ser autónomo sin vinculación alguna. Malentendió todo tipo de vinculación como una *traba*, sin ver la posibilidad de que en algún caso pueda ser un *vínculo promocionante*. Por eso se atuvo en exclusiva al ámbito de la ciencia y la técnica, en el que se sentía protagonista, y se guió solamente por la *lógica interna* de ambas. «Todo lo que es posible científica y técnicamente –vino a decir– acabará haciéndose. La ciencia y la técnica no pueden ser limitadas desde fuera de sí mismas». Cualquier instancia que intentara ponerle límites fue considerada como contraria al progreso indefinido de la humanidad y anatematizada como reaccionaria y retrógrada.

Con ello, el criterio de autenticidad no vino dado por la *verdad* sino por la *eficacia*. El canon de la conducta recta comenzó a ser el éxito mundano más que el ajuste a instancias supraterras. Esta desvinculación respecto a las instancias trascendentes pareció incrementar la libertad y la autonomía humanas, pero amenguó peligrosamente la *libertad interior* de hombres y pueblos. La verdadera libertad no se asienta sobre el vacío, sino sobre el terreno firme de instancias estables, de la verdad que no cambia.

Al romper el vínculo con la verdad «objetiva» –en el sentido de no meramente subjetiva, no sometida al arbitrio del sujeto de conocimiento–, el hombre europeo cayó en el grave escollo del *relativismo* y el *subjetivismo*, orientaciones para las cuales la verdad y los valores dependen totalmente del hombre que piensa y valora. Este relativismo subjetivista inspira modos de pensar y actuar *arbitrarios*, y da lugar a las diversas formas de la *intolerancia*. Ser tolerante es buscar la verdad en común, la verdad que nos supera y aúna a todos. El hombre que no reconoce una verdad y unos valores distintos e independientes de él vive como mero *individuo* –desligado de la realidad–, no como *persona*, vinculada profundamente al entorno. Y la suma de individuos cerrados en torno a su yo da lugar a una *masa*, no a una comunidad. Pero la masa carece de estructura interna y de la energía y fortaleza que ella confiere. Por eso el hombre de la masa, el hombre gregario, parece al principio muy fuerte, porque actúa de modo prepotente, autárquico, autosuficiente, pero pronto se siente débil, pues se ve desorientado, y acaba pidiendo un guía que le *dicte* lo que ha de hacer para hallarse a resguardo. Lógicamente, el que dicta acaba actuando de «dictador». Ello explica que, en pleno siglo XX, una sociedad devastada y afanosa de recobrar el poder haya puesto sus inmensas energías en manos de un dirigente ambicioso y le haya permitido provocar el mayor conflicto de todos los tiempos.

He aquí cómo la gran tragedia bélica tuvo su origen en un movimiento de autoexaltación del hombre. Sören Kierkegaard, el genial pensador danés, lo había previsto al afirmar que el ser humano es una *relación que se relaciona consigo misma y con el Poder que la sostiene*, y, cuando rompe esa relación constitutiva con el Ser Supremo, *se des-centra y entra en estado de desesperación*⁹.

El espíritu unilateral de la Edad Moderna obtuvo éxitos espectaculares en ciencia, técnica, política, expansión territorial y colonización de pueblos. Pero, al final, sobrevino la gran tragedia y la devastadora decepción. En vez de la felicidad ilimitada que se presagiaba, sobrevino la calamidad infinita, el colapso absoluto en el aspecto físico y el espiritual. La creencia de que el progreso es siempre lineal y progrediente se reveló falsa. El ideal del poderío absoluto hizo quiebra, y la sociedad europea empezó a pensar que la vida es «absurda». Esta carencia de sentido condujo al «nihilismo» y la subversión de valores. Los valores vitales fueron considerados como los más altos, y los espirituales como los más bajos. «La fuerza viene

⁹ Cf. *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado* (Guadarrama, Madrid 196) 61.

de abajo», se proclamó¹⁰; «poderoso es lo más bajo; impotente lo más alto»; las energías instintivas constituyen la principal fuente de energía en el hombre; el espíritu es un elemento más bien negativo en la existencia humana porque es la raíz de la capacidad de pensar y planificar, planificar por ejemplo los conflictos bélicos.

Pero ¿en verdad es absurda la vida y sólo los valores más bajos tienen poderío y el espíritu no sirve sino para provocar conflictos? A fin de hacer luz desde ahora sobre esta cuestión decisiva, debo indicar que la vida humana aparece como algo sin sentido *cuando no vivimos de manera creativa*, y el espíritu humano se muestra como una instancia negativa, a veces siniestra, *cuando la capacidad de pensar, querer y planificar que nos otorga es puesta por nosotros al servicio de una voluntad de poder a ultranza*.

Dos intentos de renovación

Por no tener esto en cuenta, ciertos pensadores afirmaron, tras la primera guerra mundial (1914-1918), que el espíritu, como raíz de la inteligencia, destruye la paz del universo. La vida animal no provoca conflictos, pues está regulada por la especie. El animal, dejándose llevar de los instintos, actúa bien, de forma ajustada a su naturaleza. Ataca cuando lo necesita para defenderse o alimentarse, pero sólo dentro de ciertos límites. No planifica el ataque, ni intenta aniquilar al adversario. El hombre tiene libertad para trazar planes destructivos, y no posee un instinto que le marque la forma de actuar. Por eso puede deslizarse hacia actitudes extremistas. La solución consiste, para esta corriente de pensamiento, en *huir del espíritu*, depreciar la vida espiritual, fomentar la entrega a la vida instintiva. El tirano Calígula, al verse totalmente solo entre sus víctimas, exclamó desesperado: «¡Si por lo menos, en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera gustar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol!»¹¹. He aquí la nostalgia por el mundo infrapersonal, infraespiritual, infrarresponsable que se advierte en diversos pensadores, artistas y literatos hasta nuestros días.

Otros pensadores estimaron, por el contrario, que los conflictos humanos no pueden solucionarse *por vía de descenso*, sino *de ascenso*; no eludiendo los deberes que nos impone nuestra condición humana, sino asumiéndolos con talante creador. Ciertamente, el espíritu

¹⁰ «Die Kraft kommt von unten», afirmaron Nikolai Kartmann (*Der Aufbau der realen Welt*, Gruyter, Berlin 1940; *Zur Grundlegung der Ontologie*, Gruyter, Berlin 1935) y el Max Scheler de las últimas obras (sobre todo *Die Stellung des Menschen im Kosmos*, Nymphenburger Verlag, Munich 1947).

permite planificar la guerra y la aniquilación, pero también la paz, la concordia y colaboración, la participación en grandes ideales comunes. Unirse para hacer el bien es la forma de superar de modo excelente la tentación de cerrarse en sí mismos, considerar a los demás no sólo como distintos sino como externos y extraños. De *extraño* a *hostil* no hay sino un paso. Un paso fácil de dar, pues no exige esfuerzo creativo alguno. En cambio, entregarse a hacer el bien en común supone generosidad, olvido de sí, capacidad de consagrar la vida a una tarea sacrificada.

Esta es, a mi ver, *una de las tareas decisivas de la Europa actual*: descubrir las inmensas posibilidades de este tipo de sacrificio y, por tanto, la fecundidad de la cultura bien entendida. Lo importante es *enriquecer* la vida humana, no *empobrecerla*, como hace el reduccionismo. Ya en 1921, dos años después de la primera guerra mundial, un genial investigador del alma humana, el austríaco Ferdinand Ebner, delató que el mayor error cometido por Europa fue confundir la vida espiritual con el mero cultivo de ciertas actividades culturales brillantes pero superficiales, no comprometidas con la existencia de cada uno. Yo puedo ser poeta y dedicar versos encendidos al amor, pero no ser comprensivo con los demás, sino duro y cruel. En ese caso, Ebner diría que *no vivo una auténtica vida espiritual*, sino que me limito a «soñar con el espíritu»¹². Es decisivo darse cuenta de que la única cultura que merece tal nombre es la que implica «cultivo del espíritu», y el espíritu pide apertura al otro, compromiso con él, creación de ámbitos de *comunió*n, no sólo de *comunicación*.

En su film *Roma, città aperta*, Roberto Rossellini nos muestra a un comandante de las SS que, durante la última guerra mundial, manda torturar a un partisano italiano que rehuye delatar a sus compañeros. Mientras se oyen sus gritos desesperados, el comandante se retira a una habitación contigua para derramar lágrimas oyendo una deliciosa composición musical. Ante esta escena, Ebner afirmaría que tal refinamiento estético es puro "soñar con el espíritu", no alcanza la condición de *vida espiritual*.

Comprender esta distinción y aplicarla a la propia vida significaría, según Ebner, una verdadera «revolución» en la sociedad contemporánea, una conmoción positiva que llevaría a dar un giro hacia modos de conducta sumamente constructivos. Estaba seguro, sin embargo, de

¹¹ Albert Camus: *Calígula*, en *Teatro* (Losada, Buenos Aires 1957) 64; *Calígula, suivi de le Malentendu* (Gallimard, París 1958) 26.

¹² *Das Wort ist der Weg* (Th. Morus, Viena 1949) 87, 211; *Das Wort und die geistigen Realitäten* (Herder, Viena 1952) 31, 58, 78, 319; *La palabra y las realidades espirituales* (Caparrós, Madrid 1995) 31, 52, 67. Un amplio estudio del pensamiento de Ebner puede verse en mi obra *El poder del diálogo y del encuentro*, BAC, Madrid 1997. Sobre la expresión «soñar con el espíritu» véanse las páginas 37-38.

no ser él la persona adecuada para promover ese cambio radical¹³. Efectivamente, no lo fue, pero sirvió de inspiración a diversos pensadores que pusieron en marcha actividades conducentes a realizar esa transformación de la mente y la conducta. Pensemos, por ejemplo, en el *Pensamiento Dialógico*, y, de modo concreto, en Romano Guardini y sus colaboradores del *Movimiento de Juventud alemán*¹⁴.

Durante largos años, Guardini buscó el método adecuado para regenerar la sociedad desde sus raíces. Cuando, hacia 1922, entró en contacto con el Movimiento de Juventud en el castillo de Rothenfels, se encontró en su *elemento*. Esos grupos de jóvenes, dirigidos por el gran pedagogo Bernhard Stehler, intentaban comprender a fondo el sentido y el valor formativo de diversos fenómenos culturales: el canto, el baile, la conversación, las marchas en grupo por el campo, la oración en común, el silencio hondamente vivido, la meditación de la palabra divina, el trabajo creativo, el deporte, la contemplación de símbolos naturales: la luz viva de un cirio o una antorcha, un gesto expresivo, un trozo de pan sobre la mesa...

Para descubrir la inmensa riqueza que alberga la vida cotidiana y comunicarla a sus jóvenes, Guardini analizó multitud de temas: la liturgia católica, el juego, la palabra y el silencio, la libertad, la autoridad y el mando, el recibir y el dar... Estas importantes cuestiones las estudió con una intención básica: mostrar que muchas de ellas parecen aspectos de la vida humana *opuestos*, cuando en realidad son *contrastados* y *complementarios*. De esta forma quiere Guardini *superar las tensiones que originan conflictos en el interior de cada hombre*. Si pienso que, para ser libre, debo prescindir de toda norma, porque libertad y normas se oponen y constituyen un dilema, me siento desgarrado en multitud de ocasiones, ya que mi actividad necesita seguir el cauce de ciertas normas pero internamente me siento llamado a actuar libremente. ¿Se trata de un *dilema* o de un *contraste*? Guardini dedicó a esta cuestión todo un libro: *El contraste*, que es, según propio testimonio, el que orienta toda su actividad como conferenciante y escritor¹⁵.

La vida del hombre moderno está tensionada por varios pseudodilemas, que conviene descubrir a tiempo. La Edad Moderna exaltó muy justamente el yo humano, su poderío e independencia, pero dejó de lado el hecho decisivo de que el yo humano es *independiente en vinculación* y *poderoso en colaboración*. Creer que estas expresiones constituyen una *paradoja* inaceptable fue el gran drama de esa época. Ver por dentro y en su raíz que se trata de

¹³ Cf. F. Ebner: *Das Wort ist der Weg*, o.c., 138-140.

¹⁴ Véase mi trabajo "El pensamiento dialéctico y su fecundidad", en *El encuentro y la plenitud de vida espiritual* (Publicaciones Claretianas, Madrid 1990) 265-294.

expresiones perfectamente *lógicas* –con la lógica propia de las realidades personales– es la tarea específica del momento actual. De este modo lograremos *enriquecer* al hombre y colmar el inmenso vacío abierto por el pensamiento unilateral de la *Edad Moderna*. Este hombre dotado de toda su riqueza interior será el llamado a configurar la verdadera *Edad post-moderna*.

Para llevar a cabo tal enriquecimiento, debemos vincularnos con todas las realidades del entorno, sobre todo las más valiosas, y asombrarnos ante lo admirable que resulta cada existencia real si se la ve con ojos penetrantes¹⁶. Para lograr esto, debemos conceder a cada realidad el rango y valor que alberga, pues sólo con realidades valiosas es posible el encuentro. Quienes cumplan este deber de justicia serán los fundadores de la «Nueva Época» que está pugnando por surgir.

La vigorosa labor intelectual y espiritual de Guardini se dirigió expresamente a delinear la figura del "hombre nuevo", el ser llamado a configurar un *nuevo estilo de pensar, de sentir y de querer* mediante un cambio de ideal. En la prodigiosa década del 20 al 30, en la que germinaron multitud de movimientos intelectuales y espirituales, numerosos pensadores destacaron la necesidad de sustituir el viejo *ideal de la posesión y el dominio* por un *ideal de desprendimiento y solidaridad*¹⁷. Ya en las *Cartas de autoformación* (1924) y en las *Cartas del lago de Como* (1927), Guardini manifestó su gozo ante el advenimiento de un tipo de hombre que asume los mejores logros de la Edad Moderna pero supera sus fallos por saber que la realidad más valiosa del universo es la persona humana y cuanto ella implica. "Nuestro lugar

¹⁵ Cf. *O. cit.*, BAC, Madrid 1996; *Der Gegensatz*, M. Grünwald, Maguncia ⁵1985.

¹⁶ Lo vio admirablemente el filósofo existencial Peter Wust en el relato de su conversión «Las etapas del pensamiento y el "riesgo" de la fe». Recuerda que el director del *Gymnasium* episcopal de Tréveris daba suma importancia a la formación de una voluntad disciplinada y recia, y dejaba un tanto de lado la exhortación de San Pablo: «¡Mas no ahoguéis el espíritu!». Y añade: «El pedagogo parecía minimizar precisamente el momento que siempre me pareció de una extrema gravedad en toda formación de las potencias espirituales, el momento, que llega muy pronto, en que es necesario despertar la admiración del alma juvenil ante la simple existencia de tantas maravillas, el asombro opresor ante la existencia de cualquier ser (¡qué admirable es que una cosa "sea", exista verdaderamente, y no pueda decirse que allí no hay nada!), admiración que es necesario proteger siempre como manantial inagotable de todo respeto. Lo que es verdaderamente objetivo da fervor ante la existencia, y la 'petulancia del sujeto', como dice Franz von Baader, se hunde en la confusión. ¡Qué sentido religioso del ser se desprende para nosotros, por ejemplo, de las *Veladas de un solitario*, de Pestalozzi, en donde, sólo por la contemplación silenciosa del orden magnífico del mundo, la voluntad aprende a disciplinarse y a colocarse en su sitio!». (*Testimonios de la fe. Relatos de conversiones*, Rialp, Madrid 1953, págs. 167-168).

¹⁷ En este tiempo abundan los libros que anuncian ya en su título la necesidad de realizar un cambio en el estilo de pensar: Cf. H. Herrigel: *Das neue Denken* (El nuevo pensamiento), Berlin 1928. Th. Steinbüchel: *Der Umbruch des Denkens*, Pustet, Regensburg 1936; F. Rosenzweig: *Das neue Denken*, en *Kleinere Schriften*, Schocken, Berlín 1937 (*El nuevo pensamiento*, Visor, Madrid 1989); A. Portmann, J. Gebser y otros: *Die Welt in neuer Sicht*, Barth, Munich 1957; R. Guardini: *Das Ende der Neuzeit*, Hess, Basilea 1950 (*El fin de la modernidad*, PPC, Madrid 1995).

–escribe– se halla en el futuro que se está gestando. Nuestro entusiasmo vibra ante su imponente fuerza y su voluntad de responsabilidad". "Un nuevo tipo de hombre debe surgir, un hombre de profunda espiritualidad, de un nuevo sentido de la libertad y la intimidad, una nueva conformación y poder de configuración". "Lo que necesitamos no es menos técnica, sino más: una técnica más fuerte, más reflexiva, más 'humana'. Más ciencia, pero más espiritual, mejor conformada. Más energía económica y política, pero más desarrollada, más madura, más consciente de su responsabilidad, de modo que sepa encuadrar a cada individuo en el lugar que le compete"¹⁸.

En el aspecto religioso, Guardini proclamó, en 1922, que «la Iglesia está despertando en las almas»¹⁹. Este entreveramiento fecundo de las personas y la comunidad religiosa constituye un fenómeno sumamente prometedor porque indica que el hombre ha descubierto que su verdadera autonomía y fortaleza la obtiene dando a su vida dos centros: el *personal* y el *comunitario*. El ser humano no debe ser representado a modo de una circunferencia, polarizada en torno a un solo centro, sino a modo de una elipse, que se constituye dinámicamente en el espacio creado por dos centros. El yo se constituye como tal al abrirse a un tú; el yo y el tú viven plenamente en el ámbito formado por el «nosotros»²⁰.

Diversas manifestaciones de vida humana prometedora hicieron pensar a Guardini que la nueva época estaba a punto de configurarse. Pronto hubo de ver que el desconocimiento de la verdadera contextura del ser humano no permitía al hombre europeo dar el giro espiritual que exige la superación del espíritu de la Edad Moderna. Por eso, cuando en 1936 el Nacionalsocialismo empezó a dificultar las tareas del Movimiento de Juventud y en 1939 confiscó el castillo de Rothenfels, Guardini sintió la decepción de ver que su espléndida imagen del hombre nuevo que había diseñado en sus obras e intentado modelar en sus jóvenes estaba lejos de ser una realidad. Todo parecía haber sido una bella ilusión. En realidad, Guardini, al prever la llegada inminente del hombre de la nueva época, no había hecho sino trasvasar a toda la sociedad la actitud renovada del grupo de jóvenes selectos que se centraban en torno al castillo de Rothenfels.

¹⁸ Cf. *Briefe vom Comer See* (Cartas del lago de Como), M. Grünwald, Maguncia ²1930, págs. 87-89.

¹⁹ *Vom Sinn der Kirche* (M. Grünwald, Maguncia 1922, ⁴1955) 19.

²⁰ Esta doctrina está ampliamente expuesta en las obras de F. Ebner, M. Buber, Fr. Rosenzweig, R. Guardini, Th. Haecker, E. Brunner y tantos otros pensadores dialógicos. Véase la excelente obra de José María Coll: *Filosofía de la relación interpersonal* (PPU, Barcelona 1990) y el *Diccionario del Pensamiento Contemporáneo*, San Pablo, Madrid, 1997 (ed. Mariano Moreno Villa).

El horror de la segunda guerra mundial oscureció el clima de luminosidad que reinaba en el Movimiento de Juventud, pero no fue capaz de desviar a Guardini de su orientación primera. En su primer escrito tras la guerra (*El mesianismo en el mito, la revelación y la política*²¹) se lamentó de que Europa se hubiera ensañado de tal forma contra sí misma, y subrayó con renovada energía que la única salvación para este continente herido era reavivar su conciencia cristiana, porque *ésta le insta a vincular fecundamente todos los niveles de realidad que constituyen la figura del hombre cabal.*

El Cristianismo no tolera la mutilación del ser humano. Por eso nos invita a vincular la inmanencia y la trascendencia, el cuerpo y el alma, el individuo y la comunidad, el tiempo y la eternidad. Guardini había subrayado ya en 1935 que la conciencia cristiana nos hace amar lo eterno por encima de lo temporal, anclar nuestras verdades terrenas en las sobrenaturales y comprender -como decía Kierkegaard- que escindir lo humano de lo divino no nos lleva a la plenitud sino al descentramiento interior y la desesperación²². El hombre se desquicia, literalmente, y con él la sociedad cuando rompe amarras con Quien es su origen y su meta, su apoyo primero y último. Queda descentrado como una elipse que pierde uno de sus dos centros. Darse cuenta de esto supone reflexión, recogimiento, movilización de todos los recursos intelectuales y espirituales. Este dinamismo interior es el que permite al hombre vivir a pleno rendimiento y fundar una convivencia en paz.

Europa moviliza su vieja sabiduría

A pesar del aldabonazo que supuso la primera guerra mundial, Europa, en conjunto, no cambió el ideal del dominio por el de la solidaridad, como le recomendaron sus pensadores más lúcidos, y sobrevino la segunda Guerra Mundial. Al vivir la situación-límite que supuso esta hecatombe, Europa se percató pronto de que debía poner en juego su capacidad creativa en todos los órdenes. Ya en 1946, recién terminado el conflicto, se iniciaron los célebres «Encuentros internacionales de Ginebra» en los que afamados pensadores analizaron año tras año grandes cuestiones relativas al hombre. En el primer encuentro, subrayaron la necesidad de «servirnos de nuestra inteligencia para cambiar nuestras formas de pensamiento» y «transformar a los intelectuales». Pero el entendimiento debe unirse a la *imaginación poética* a fin de concebir el *nuevo ideal* que debe impulsar la restauración de Europa. Tal ideal se descubre

²¹ O.c., Rialp, Madrid 1948.

cuando se conocen a fondo los valores humanos más altos. Hemos de perfeccionar nuestras cualidades humanas a fin de ganar una visión clara de lo que es e implica nuestra naturaleza humana *en su integridad*.

Con estas ideas terminó Stephen Spender su conferencia sobre «El porvenir de Europa desde su presente»²³. Ejercitando esa imaginación poética y ese pensamiento poderoso que él reclamaba, el gran escritor Georges Bernanos destacó que la técnica desmadrada sigue configurando un mundo en el que el hombre sólo puede subsistir «a condición de ser cada vez menos hombre». Para conseguir ese mundo inhumano, los que cultivan unilateralmente la técnica se esfuerzan por aniquilar la dignidad que otorgó al hombre europeo su conciencia cristiana. Ante esta situación, declara indignado Bernanos que se niega a «entregar Europa» y señala el único camino posible de regeneración. La civilización europea –afirma– se halla en estado de derrumbamiento no tanto porque la acosen fuerzas adversas sino porque está «aspirada por el vacío». Es un *vacío espiritual*, fruto de un *empobrecimiento sistemático*. «El espíritu europeo -agrega- era esa fe que Europa tenía en sí misma, en sus destinos, en su misión universal. La ha perdido, la ha perdido dos veces, ya que no la ha reemplazado por nada»²⁴.

Esta pérdida responde, en buena medida, a un fallo en el estilo de pensar. «Para que tales seres (los hombres de la metralleta) –advierde Bernanos– apareciesen en el mundo, no hubiera sido suficiente un mundo injusto, fue necesario que las nociones de justo e injusto se degradasen profundamente, y tal degradación era la tarea de los intelectuales»²⁵. La mente degradada tiende a rebajar al hombre de nivel, reducirlo de rango y convertirlo en *objeto*, en *medio para los propios fines*: «El primer síntoma de corrupción en una sociedad todavía viva es que los medios se han convertido en fines. Así no tienen necesidad de justificación alguna. Desde que el hombre no es tenido, con consentimiento general, más que como una cosa entre las cosas (...), el clima de la civilización se convierte en muy favorable para el nacimiento y multiplicación del animal totalitario»²⁶.

Este afán de rebajar la condición del hombre se da unido a la voluntad de resolver los conflictos *por vía de evasión*, renunciando a la responsabilidad que implica nuestra condición *personal*. De ahí la nostalgia que, tras la primera guerra mundial, sintieron –como hemos visto– diversos intelectuales, artistas y literatos por el mundo *infrapersonal*, *infracreador*,

²² *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado* (Guadarrama, Madrid 1969) 61 ss.

²³ Cf. Varios: *El espíritu europeo* (Guadarrama, Madrid 1957) 246-247.

²⁴ Cf. o.c., 258.

²⁵ Cf. o. c., 261.

infrarresponsable. «El hombre medio de ninguna manera está orgulloso de su alma, no pide sino negarla. Cree descubrir que no existe con una especie de incomprensible arrogancia»²⁷. Al orientar la ciencia y la técnica al aumento del dominio y el disfrute, el hombre contemporáneo quiere dejar de lado «esta conciencia abrumadora del bien y del mal»²⁸. Pero ese ideal egoísta e individualista implica un vacío espiritual tan hondo que succiona a Europa y «la liquida»²⁹. «El espíritu humano no ha podido controlar las obras de sus manos (...). No ha sido la ciencia, ni los hombres de ciencia, los que han acelerado hasta el absurdo la evolución mecánica, sino la codicia desencadenada en el mundo por estas formas nuevas e inesperadas de especulación»³⁰.

También Karl Jaspers, en el mismo encuentro, subrayó que el conflicto europeo tiene su raíz en una falta de comprensión de la verdadera esencia del ser humano. Por eso insiste en la necesidad de recuperar el auténtico sentido de la libertad, que debe aunar tensionadamente aspectos diversos de la realidad humana: «No soy libre por mí mismo; cuando me siento verdaderamente libre, me doy cuenta al mismo tiempo, justamente, de que me he sido dado a mí mismo como un regalo venido de la trascendencia (...). La existencia que podemos ser no es real más que unida a la trascendencia que nos hace ser»³¹. Esa libertad recibida debe ejercerse creando vida de comunidad, colaborando a la realización libre de los demás. «Como europeos, no podemos querer más que un mundo en el cual ni Europa ni ninguna otra cultura domine a las demás; un mundo en el que los hombres, dejándose libres los unos a los otros, se dirijan todos en solidaridad hacia los demás»³².

Por eso concede Jaspers tanta importancia a la *comunicación*³³: «Cuando los hombres hablan auténticamente entre sí, esto les conduce a la verdad y, por ende, a la humanidad»³⁴. «El individuo no puede llegar a ser él mismo más que a condición de que los demás lo lleguen a ser también»³⁵. Pero esta comunicación generosa, inspirada por una auténtica «libertad interior»

²⁶ Cf. o. c., 263.

²⁷ Cf. o. c., 264.

²⁸ Ibid.

²⁹ Cf. o. c., 271.

³⁰ Cf. o. c., 267.

³¹ Cf. o. c., 293.

³² Cf. 308.

³³ Véase el segundo volumen de su gran obra *Philosophie*, titulado *Existenzerhellung*, Springer, Berlin 1932.

³⁴ Cf. *El espíritu europeo*, o. c., 313.

³⁵ Cf. o. c., 321.

–instancia decisiva en nuestra vida–³⁶, sólo es posible cuando sobrevolamos nuestra existencia y descubrimos nuestra *verdad total*, la de seres que vienen del Dios infinito y van hacia El, siempre en camino, unidos en una comunidad de amor. Este descubrimiento nos purifica el corazón y nos dispone para realizar un «trabajo constructivo»³⁷. Jaspers ahonda en las fuentes históricas del espíritu europeo más genuino, y afirma: «Si todo desaparece, Dios queda. Es suficiente que la trascendencia sea. Ni siquiera Europa es para nosotros la suprema realidad. Llegaremos a ser europeos a condición de llegar a ser hombres verdaderamente, o sea, hombres que saquen su ser de la profundidad del origen y el fin, que ambos están en Dios»³⁸. Impresiona oír estas palabras a un pensador tan sobrio y poco inclinado a aceptar los dogmas religiosos. Si subraya la necesidad de anclar la vida en el Ser Supremo, incondicionado, es porque ha llegado al fondo del mejor pensamiento europeo. Por eso se adhiere a la opinión de Bernanos de que «el mundo no podrá salvarse más que por los hombres libres»³⁹.

Para adquirir esta libertad interior, necesitamos ser acogidos y respetados por nuestro entorno y recibir del mismo posibilidades de comunicación auténtica y de vida comunitaria, que es donde florece la paz. Sólo este desarrollo cabal de cada persona permitirá a Europa recuperarse de la «catástrofe antropológica» que supusieron los dos grandes conflictos sociales.

Actitudes que bloquean la vía hacia la libertad interior

La llamada a respetar la dignidad humana que hizo Jaspers, y con él multitud de autores contemporáneos relevantes⁴⁰, apenas fue oída a partir de la segunda guerra mundial debido a varias actitudes muy generalizadas, que depauperan la vida del hombre en lugar de enriquecerla. Entre ellas destacan por su peligrosidad las siguientes:

1. El reduccionismo. Se entiende por tal la tendencia a depreciar al hombre, rebajarlo de condición, negarle posibilidades de pleno desarrollo. Por su inclinación a desenmascarar falsos prestigios, el reduccionista se hace valer como un espíritu *realista*, que practica la

³⁶ Cf. o. c., 299.

³⁷ Cf. o. c., 325.

³⁸ Cf. o. c., 322.

³⁹ Cf. o. c., 280-281.

⁴⁰ Recuérdese el profundo sentimiento de reverencia ante la figura del ser humano que muestran en todo momento los pensadores existenciales (Karl Jaspers, Gabriel Marcel y Martin Heidegger), los dialógicos y personalistas (además de los ya citados, S. Kierkegaard, E. Mounier, J. Lacroix, M. Nédoncelle, N. Berdiaeff...)

sobriedad intelectual y se consagra a debelar vanas ilusiones y demoler ídolos de todo orden. «Se os ha dicho -proclama enfáticamente- que el hombre es una realidad grandiosa, abierta a horizontes infinitos. Yo os diré la verdad: *El hombre es un amasijo de pasiones inconfesables, de pulsiones instintivas que pulverizan todas las barreras que quiera ponerles el espíritu*. Se asegura que el arte es la expresión más lograda del anhelo de belleza que late en el espíritu humano. No te dejes engañar: *El arte es la mera sublimación de instintos pasionales*».

El reduccionismo baja al hombre a niveles de casi nula elevación espiritual, cuando no de positiva negación de lo espiritual, mediante la ruptura de formas y el cultivo de lo informe en las artes plásticas, la anatematización de la armonía y la melodía en la música, el rechazo de toda forma de *ob-ligación* en la ética, la exaltación del desarraigo en la vida religiosa.

Al empobrecer la realidad humana y cuanto la rodea, se amengua la capacidad por parte del hombre de crear formas de unidad valiosas, realizar experiencias reversibles y crear modos diversos de encuentro, a través de los cuales se desarrolla la persona y gana auténtica libertad y firmeza. Esta disminución de la creatividad deja al hombre cerrado en sí y desvalido, en buena medida, frente a los afanosos de poder. Hoy día se fomentan las distintas formas de vértigo – embriaguez, violencia, poder y dominio, erotismo posesivo, juegos de azar, droga...-. Tal fomento supone una *inversión de la escala de valores* y constituye un tipo de *revolución solapada*, mucho más grave que las conmociones violentas porque mina las bases de la creatividad del hombre y de su correlativa madurez y felicidad sin que lo adviertan la mayoría de las gentes⁴¹.

Bajo pretexto de sobriedad intelectual, el reduccionismo ataca de raíz la tendencia europea a conceder al hombre su plenitud de dimensiones y su cabal dignidad. Por eso suele ir aliado con el «nihilismo» la pretensión de amenguar el sentido de la vida humana y reducir el alcance y la energía vital del espíritu europeo⁴².

2. La unilateralidad. Para dominar una realidad, el afanoso de poder suele simplificarla, reducirla a uno de sus aspectos más vulnerables.

- Si uno reduce a una persona a la condición de «enemigo», queda en franquía para atacarla sin cuartel. Por eso procura no tener en cuenta ciertos aspectos de su

⁴¹ Cf. mi obra *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid 1998.

⁴² El término "Nihilismo", inventado por F.H. Jacobi (1799), indica en general la opinión de que todo viene a ser una "pura nada" (*nihil*, en latín), por lo cual carece de valor y sentido. En una acepción más concreta, se utiliza dicho vocablo para denominar la pretensión -por parte de ciertos países- de destruir la civilización occidental de inspiración cristiana mediante una alteración radical de la *escala de valores*.

personalidad que podrían inhibir su agresividad. Así, los boxeadores rehuyen, antes del combate, oír datos personales de sus contrincantes.

- Al ver una realidad sólo en su aspecto *cuantificable*, se la puede someter al método científico de conocimiento, que nos permite tener sobre ella un alto grado de *dominio*.

Estimar que sólo son auténticas las formas de conocimiento que nos otorgan dominio sobre algún aspecto de la realidad es una forma de pensamiento *unilateral, parcial, insuficiente*. Si una realidad es compleja, el único modo de conocimiento adecuado es el que hace justicia a tal complejidad. Por ejemplo, en el acto de conocer aparece un sujeto y un objeto; yo, como sujeto, estoy aquí y mi objeto de conocimiento está ahí, fuera de mí. Lo que está fuera de mí es distinto, distante y externo. Pero ¿lo será siempre? Hay filósofos que lo dan por supuesto⁴³. Esta forma precipitada de proceder es *unilateral*, no prevé todas las posibilidades que pueden darse, porque un *objeto de conocimiento* que no sea un *mero objeto*, sino que tenga capacidad de iniciativa y ofrezca posibilidades a un *sujeto de conocimiento*, puede establecer con éste -y viceversa- una relación de trato en la cual deja de ser externo y distante para tornarse *íntimo*. Tener esto en cuenta complica el discurso pero lo enriquece, y otorga a la vida humana una amplia serie de posibilidades en orden a crear modos elevados de unidad con las realidades circundantes.

Las experiencias morales y religiosas son realizadas por personas conscientes y libres. Como las personas son *sujetos* de conocimiento y de acción, se afirma que tales experiencias tienen carácter «subjetivo». En este sentido es justa la afirmación. Pero lo «subjetivo» se contrapone a lo «objetivo», lo propio de los objetos, y éstos son el *objeto propio del conocimiento científico*. El que sólo considere como auténtico este tipo de conocimiento, afirmará que el conocimiento moral y religioso es puramente "subjetivo", realizado arbitrariamente por un sujeto, sin el control propio del método científico. Carece, por tanto, de carácter estrictamente "racional"; pertenece al área de lo "irracional". Obviamente, esta forma de razonar –denominada «cientificista»– es *unilateral*, no hace justicia a la realidad. Y la

⁴³ "... Por el pronto -escribe Ortega y Gasset-, dos vidas son incommunicantes. No se puede saltar de la una a la otra: cada una es hermética, cerrada hacia sí. Por ventura o por desgracia, no me puede doler la muela del prójimo ni cabe injertar en mí la delicia que acaso está gozando. Cada cual es el peludo Robinson de su vida desierta. De ahí que, instalado el individuo en su solipsismo vital, tienda a cegarse para las existencias ajenas" (*Obras Completas*, vol. VI (Revista de Occidente, Madrid 1961) 347). «Mi humana vida, que me pone en relación directa con cuanto me rodea –minerales, vegetales, animales, los otros hombres-, es, por esencia, soledad». «Solo en nuestra soledad somos nuestra verdad» (*El hombre y la gente* (Revista de Occidente, Madrid 1957) 24, 73).

realidad acaba siempre vengándose. Su venganza consiste en que el hombre no puede desarrollar debidamente su personalidad.

La vida moral y la religiosa exigen el compromiso de cada persona, su decisión libre y lúcida. Cada decisión moral y cada acto religioso deben brotar de la intimidad personal. Puede decirse, por tanto, que presentan un carácter *privado*; no son *públicos*, como lo es un código de circulación, que afecta a todos los ciudadanos con independencia de su posición personal frente a las normas que contiene. Como, en este aspecto, lo *privado* y lo *público* se hallan en esferas distintas y se contraponen, hay un pretexto para considerarlos como *opuestos* y afirmar precipitadamente, en otro contexto, que la moral y la religión pertenecen al ámbito de lo *privado* y no tienen papel alguno que jugar en el ámbito de lo *público*. Con ello se priva a la comunidad de su impulso hacia los valores más altos, que son el origen por excelencia de la cohesión social. «Amarse -decía Saint- Exupéry- no es mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección»⁴⁴.

Destacar la importancia de la unidad económica y política de Europa está plenamente justificado. Considerar suficiente tal tipo de unidad, sin aludir siquiera a la *unidad de orientación espiritual*, constituye una *reducción ilícita del ángulo visual*, y esta miopía amengua las posibilidades creativas del hombre europeo y su vida comunitaria. Es una forma de *unilateralidad* peligrosa.

3. La manipulación. El manipulador tiene como única meta *vencer a las gentes sin convencerlas*, es decir, sin ofrecerles razones. Para ello simplifica, tergiversa y empobrece la realidad, pone la verdad al servicio del éxito. Es una forma actualizada de la antigua "sofística", corriente que, según advirtió Zubiri, vuelve a anegarnos actualmente, como en tiempo de los griegos⁴⁵.

4. El intrusismo. Cuando se desea dominar, escalar una posición de protagonista, y no se respeta la verdad en toda su complejidad y riqueza, se arroga uno el derecho a hablar en público de temas que desconoce, aun a riesgo de desorientar gravemente a las gentes, sobre todo a las más menesterosas en cuanto a formación. Esta desmesura deja a la sociedad en manos de una red de personas cuyas posibilidades de influir en la opinión pública sobrepasan años luz su bagaje formativo.

5. El sectarismo. El que adopta ante los demás una actitud de dominio y desconoce la complejidad de un tema, pero da por supuesto que toda opinión tiene derecho a ser respetada

⁴⁴ *Terre des hommes* (Gallimard, París 1939) 234-235.

aunque no se base en un estudio responsable del asunto, tiende a *imponer* sus puntos de vista de forma prepotente, poco matizada, nada flexible, incluso a veces agresiva. No considera a los demás como posibles colaboradores en la búsqueda de la verdad, sino como destinatarios de un mensaje que no admite alternativa.

6. El individualismo. Nos impresiona con razón el privilegio que supone el ser un "yo", constituir un centro de iniciativa, poder tomar decisiones, *enfrentarse* a todo cuanto existe, actuar como sujeto de acciones, proyectos, anhelos... Esa emoción suele traducirse en responsabilidad y madurez. Pero, si consideramos que *enfrentarse* significa necesariamente *oponerse*, concluiremos que, para ser un yo auténtico, hemos de desligarnos de cuanto sea distinto y distante de nosotros, y no admitir que la verdad, el bien, la justicia y otras instancias semejantes tengan primacía sobre nuestra capacidad arbitraria de decidir. Esta conclusión está dictada por una falta de rigor intelectual: *pensar que nuestro yo es el centro absoluto de nuestra existencia*. Semejante desconocimiento de nuestra realidad personal ciega en nosotros la posibilidad de vivir creativamente, pues hoy sabemos bien que el hombre vive de esta forma cuando admite que su vida se desarrolla entre *dos centros de iniciativa*: su yo y las realidades del entorno que le ofrecen posibilidades para actuar con sentido.

7. El analfabetismo de segundo grado. Puede uno, en casos, saber leer y adquirir multitud de conocimientos pero no captar el *sentido profundo* de la vida humana, las leyes de nuestro desarrollo personal. Tenemos una idea, más o menos precisa, de lo que significan, por ejemplo, el *egoísmo* y la *tristeza*. Pero ¿sabemos la relación que existe entre lo uno y lo otro? Unamuno, en su *Diario íntimo*, indica que es egoísta y no le queda en la vida más que la tristeza⁴⁵. Si no conocemos el nexo enigmático que media entre ambos fenómenos, padecemos un *analfabetismo de grado superior*: Sabemos unir las letras y descifrar el significado de los vocablos del lenguaje -por ejemplo, *tristeza* y *egoísmo*-, pero somos incapaces de leer el *sentido profundo* de tales vocablos. Todos somos analfabetos en la medida en la que desconocemos el lenguaje de la vida creativa, rigurosamente personal. Lo temible para nosotros y para la vida social es la actitud de desprecio hacia este tipo de conocimientos, porque se consagra como normal, e incluso progresista, la ignorancia acerca de la forma de realizarnos cabalmente como personas. Con ello decae el voltaje espiritual de las personas y los pueblos.

Estas siete actitudes anulan en buena medida la *capacidad integradora* del hombre, ser complejo que necesita, para vivir dignamente, aunar todas sus dimensiones: Es *libre*, pero

⁴⁵ Cf. *Inteligencia sentiente* (Alianza Editorial, Madrid 1980) 15.

⁴⁶ Cf. o. c. (Alianza Editorial, Madrid 1972) 13.

depende de multitud de realidades que le ofrecen posibilidades de acción; es *autónomo* en *vinculación* a entidades e instancias que le vienen dadas de fuera y debe hacerlas íntimas; es *finito*, pero tiene *anhelos indelimitados*; es *menesteroso*, pero digno de respeto *incondicional*.

Para integrar estas condiciones, aparentemente opuestas, se requiere *energía espiritual*, porque tales contradicciones las superamos al relacionarnos *creativamente* con el entorno. Esa energía es anulada al adoptar las siete actitudes antedichas, que reflejan el *cansancio interior* que el gran Husserl consideró como el mayor peligro para Europa⁴⁷. Lo contrario del cansancio es la *energía*, y ésta va unida con el *entusiasmo*. Ambos son fruto del encuentro, que nos hace *entrar en juego* con realidades valiosas. La fatiga espiritual sobreviene cuando el hombre, por *afán desmedido de autonomía*, se repliega sobre sí mismo y acaba perdiéndose en la marea arrolladora del *totalitarismo*. Entonces, el hombre consume sus fuerzas luchando con las consecuencias de su voluntad de poder e independencia.

Europa posee actualmente recursos suficientes para romper el bloqueo espiritual del individualismo, provocado por la anemia intelectual de ciertas corrientes de pensamiento, y volver a configurar una vida humana plena, dotada de la riqueza y la envergadura que le compete. Para movilizar tales recursos, necesitamos consagrar la vida a un ideal capaz de generar una *energía interior* que nos capacite para dar un giro a nuestra mentalidad, al estilo de pensar y la actitud ante la vida. *Ese ideal no puede ser otro que el de la solidaridad y la unidad*.

Europa está hoy libre de la opresión derivada de las ideologías nazi y soviética. La actitud defensiva frente a éstas otorgó cierto sentido durante un tiempo a nuestra existencia de europeos occidentales. Caído el muro, nos quedamos a solas con la necesidad de plantear nuestra vida desde unos fundamentos espirituales sólidos. *Una ingente tarea de clarificación intelectual se abre ante nosotros si queremos asegurar un futuro luminoso para Europa*.

⁴⁷ «La crisis de la existencia europea –escribe Husserl– tiene solamente dos salidas: o la decadencia de Europa debido a su distanciamiento respecto a su propio sentido racional de la vida, lo que implica la caída en una actitud de hostilidad al espíritu y de barbarie, o el renacimiento de Europa merced a la fuerza del espíritu de la filosofía mediante un esfuerzo heroico de la razón que venza definitivamente al naturalismo. El mayor peligro de Europa es el cansancio. Luchemos contra este peligro de los peligros como “buenos europeos”, con esa valentía que ni siquiera se arredra ante una lucha infinita; entonces, de la brasa destructora de la incredulidad, del fuego lento de la desesperación sobre la misión de Occidente respecto a la humanidad, de las cenizas del gran cansancio, resurgirá el Fénix de una nueva vida interior y de una espiritualización nueva, garantía de un futuro grande y remoto para la humanidad: porque sólo el espíritu es inmortal». Cf. «La crisis de la humanidad europea y la filosofía», en Edmund Husserl: *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (Editorial Crítica, Barcelona 1990) 17. Versión original: «Die Krisis des europäischen Menschentums und die Philosophie», en *Die Krisis des europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie* (M. Nijhoff, La Haya 1954) 348.

La configuración de la Europa del futuro

La compleja tarea de configurar la vida europea podemos articularla en los puntos siguientes:

1. Nuestra opción fundamental ha de consistir en enriquecer la vida humana en todos los órdenes, orientando sus energías hacia su auténtico ideal. El ideal es la clave de bóveda de la que pende todo el edificio de nuestra personalidad. El ideal no es una mera *idea*; es una *idea motriz* que expresa el valor que ensambla y corona todos los demás y les da sentido. Los hombres podemos descubrir valores y percibir su distinto rango. A lo largo de la vida advertimos que cierto valor los corona a todos, y lo elegimos como la meta de nuestra existencia.

Ese ideal puede ser auténtico o inauténtico, según responda o no a nuestra vocación y misión como hombres. ¿A qué nos sentimos enviados y llamados los seres humanos? ¿A la escisión o a la unidad? ¿Al odio o al amor? ¿A la destrucción o a la construcción? La mejor investigación relativa al hombre afirma en la actualidad que éste vive como persona y se desarrolla y perfecciona en cuanto tal creando toda suerte de encuentros. El encuentro, bien entendido, es una forma eminente de unidad. Podemos, pues, concluir que el valor por excelencia de la vida humana, su *ideal*, consiste en instaurar las formas de unidad más valiosas con las realidades del entorno.

Esta instauración sólo es posible cuando se ven tales realidades no como meros objetos dominables y poseibles sino como realidades dotadas de iniciativa, capaces de ofrecer ciertas posibilidades y recibir las que les son ofrecidas. Estas *realidades abiertas*, que suelo denominar «ámbitos», exigen un trato respetuoso y colaborador. El nuevo ideal es el del encuentro, el servicio y la solidaridad. Con profundo sentido de la historia y del presente, Romano Guardini –al recibir en Bruselas, en 1962, el premio al mejor humanista europeo– indicó que la gran tarea de Europa es actualmente crear una «cultura del servicio», frente a la «cultura de la dominación y el poder» que asombró al mundo en el pasado⁴⁸. Cambiar el *ideal del dominio* por el *ideal de la colaboración* pondrá sin duda a Europa en el camino de su realización cabal, que no consiste sólo en unirse las naciones en el aspecto monetario, económico y político, sino en crear un gran *espacio de comunión de los espíritus*. La unión estrecha de las personas y los grupos sociales marca la cima del desarrollo humano.

⁴⁸ Cf. *Europa, realidad y tarea*, en *Obras de Romano Guardini*, I, (Cristiandad, Madrid 1981) 24-27.

2. Tal forma de unión sólo podemos lograrla si superamos de raíz el *relativismo* y el *subjetivismo* mediante una forma de *pensamiento relacional*. El miedo al relativismo frenó la investigación de lo que es e implica el pensamiento relacional. Pero hoy estamos liberados de dicho temor. Yo soy *libre* al *vincularme* a realidades e instancias que me ofrecen posibilidades valiosas, que puedo asumir como propias. Dispongo de *potencias* naturales –inteligencia, voluntad, capacidad creativa...–, pero necesito las *posibilidades* que me facilita mi entorno. Tengo poder para desarrollarme como persona, pero ese desarrollo se lleva a cabo realizando *experiencias reversibles*, en las que colaboro con las realidades circundantes. Soy centro de iniciativa, pero opero en vinculación a otro centro, que es el constituido por tales realidades.
3. Este pensamiento relacional exige apertura, flexibilidad, sencillez, espíritu acogedor, afanoso más de colaborar que de dominar. Adoptar el estilo de pensar relacional supone una *conversión*, el cambio de una actitud prepotente por una actitud humilde.
4. Este giro espiritual lo realizamos cuando nos percatamos de que a solas no podemos llegar a pleno desarrollo. Los seres humanos tenemos el privilegio de poder asumir las riendas de nuestro crecimiento espiritual, pero este crecimiento hemos de hacerlo *en colaboración*, creando formas solidarias de comunidad. "El hombre es un ser de encuentro", nos enseña hoy la Biología. La vida comunitaria se constituye a través de encuentros de todo tipo, y el encuentro plantea diversas exigencias, que denominamos *virtudes*. El ejercicio de las virtudes -la generosidad, la veracidad, la fidelidad, la cordialidad...- es la base ineludible de una vida personal sólida y fecunda.
5. Para vivir con entusiasmo el encuentro en todas las vertientes de la vida, debemos conocer de cerca las diversas formas de crear unidad con el entorno. La forma de unidad y, por tanto, de encuentro más elevada es la que se realiza con el Ser Supremo. En ese encuentro logra el hombre su máxima realización como persona.
6. Para ver esto claramente, debemos tener *confianza en nuestra capacidad intelectual*, en nuestra inteligencia y nuestra razón. Diversas corrientes intelectuales se aventuraron en la peligrosa tarea de convencer a las gentes de que somos incapaces de clarificar las cuestiones últimas de la vida. ¿De verdad somos incapaces, por ejemplo, de pensar que el respeto *incondicional* a una persona, por humilde y desventurada que sea, debe anclarse en una realidad capaz de dignificarla por ser *quien* es, no por ser *lo que* es? Si lo fuéramos, nuestra vida quedaría en vacío, ignoraríamos nuestra razón de ser, el sentido de nuestra existencia. Pues bien, esa capacidad de penetrar en lo hondo de

nuestra vida se llama, de antiguo, *Metafísica*. Querer anular la Metafísica, arrumbarla como un residuo anacrónico de un pasado obsoleto, significa privar al hombre de su dignidad⁴⁹.

7. Para pensar de esa forma profunda, debemos acoger activamente las mejores posibilidades que nos ofrece el pasado. Esa forma de *acogimiento activo* de posibilidades es la quintaesencia de la *creatividad*. Sólo podemos configurar un futuro prometedor *si vivimos históricamente*, acogiendo el pasado, asumiendo las posibilidades que nos han transmitido las generaciones anteriores y legando nuevas posibilidades a las generaciones venideras⁵⁰.
8. De esta forma, daremos a nuestro lenguaje la debida densidad de sentido. Si hablamos de respeto a los demás, de libertad interior, amor personal, verdad, justicia, orden, progreso..., sabremos dar a estos términos todo su alcance, y no tergiversaremos su significado con afán manipulador.

Estos ocho puntos exponen en qué consiste *dar el salto a la vida auténtica* que nos recomendaron enérgicamente los pensadores existenciales (Heidegger, Jaspers, Marcel). Cuando te encuentres en una "situación-límite" (un fracaso económico o amoroso, una angustia existencial, un callejón sin salida) y te parezca que la vida carece de sentido, no tomes esta apariencia como realidad; *elévate* a un nivel superior, el nivel de la vida *auténtica*, la vida *creativa*. La vida del hombre es auténtica cuando crea relaciones de encuentro con los demás (Marcel), aprende a *habitar*, en el sentido transitivo de crear vínculos (Heidegger), vive en *comunicación* (Jaspers). Saint-Exupéry, llevado de su singular intuición para las cuestiones espirituales, sintió en 1939 el escalofrío de ver a su patria humillada por el invasor y escindida internamente. Encarnó su figura demudada en la imagen del piloto que sufre una avería y cae en el desierto. La imagen del «desierto» significa aquí el *grado cero de creatividad*. En ese momento de prueba suprema surge lo mejor de sí mismo, el «principito» que lleva dentro, y le dice: «¡Dibújame un cordero!», es decir: asciende al nivel de la creatividad, porque en ese nivel vas a poder encontrarte de veras con otras personas y recobrar el sentido de la vida. Es todo un

⁴⁹ Por esta profunda razón nos insta Juan Pablo II a cultivar el pensamiento *metafísico*. (Véase la encíclica *Fides et ratio*, núms. 80, 81, 100, 102, 105, 106).

⁵⁰ Cf. X. Zubiri: «La dimensión histórica del ser humano», en *Realitas I* (Seminario Xavier Zubiri, Madrid 1974) 11-69.

programa de acción regenerativa el que nos propone el novelista en esta breve narración, escrita en el exilio para levantar el ánimo de sus compatriotas, humillados por la derrota de 1939⁵¹.

Realizar esa actividad renovadora es la gran tarea que debe abordar Europa, a fin de aunar energías y crear una trama de vida floreciente. «El día en que vuelva a imperar en Europa –escribe Ortega– una auténtica filosofía –única cosa que puede salvarla– se volverá a caer en la cuenta de que el hombre es, tenga de ello ganas o no, un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior. Si logra por sí mismo encontrarla es que es un hombre excelente; si no, es que es un hombre–masa y necesita recibirla de aquél»⁵².

La búsqueda esforzada de esa «instancia superior» dará a Europa luz y energía suficiente para neutralizar la «revolución oculta»⁵³ que intenta subvertir los valores. Dicha «instancia»es, sin duda alguna, el *ideal de la unidad*. Consagrarse a su logro ha de ser el gran empeño de Europa en este momento. Si no se entrega a ella, perderá su hora. Esto significaría que su unificación quedaría en buena medida truncada, al no conseguir una unión profunda de las personas y los grupos sociales, de modo que se constituya no sólo una gran *sociedad* sino una verdadera *comunidad*.

Una forma nueva de patriotismo

Al ampliar los límites del propio país y compartir con otros pueblos tareas e intereses comunes, parece surgir el riesgo de que se diluya el concepto de patria y no sintamos su calor hogareño. Un continente tan rico en contrastes como Europa ¿puede constituir para nosotros un hogar espiritual, un «ámbito de fidelidad», un polo que atraiga nuestro afecto y haga vibrar las cuerdas más sensibles de nuestro ser?

Las formas de vibración, de sensibilidad, intimidad y fidelidad son correlativas a las realidades que tratamos. Hay realidades que afectan a muy diversas personas y pueblos y deciden el sentido de cada vida individual. La música gregoriana y la polifónica, por ejemplo, no son obra de un pueblo aislado sino de un esfuerzo conjunto y lento. Cuando oigo una melodía gregoriana, una obra de Victoria, Palestrina o Bach, no estoy admirando sólo la genialidad de unas personas y unos pueblos determinados, sino el fruto del afán colectivo de

⁵¹ Una amplia exposición de *El principito* y su valor formativo puede verse en mi obra *Cómo formarse en ética a través de la literatura* (Rialp, Madrid 32008)197-229.

⁵² Cf. *Obras Completas* (Revista de Occidente, Madrid 1947) 222.

desarrollar ciertas intuiciones fecundas surgidas en algunos lugares de Europa. El estilo gótico nació propiamente en Francia, en la abadía parisina de Saint Denis, pero no fue debido sólo a la genialidad del abad Suger, pues éste se inspiró en la metafísica platónica de la luz, transmitida por Plotino y el Pseudoareopagita. Una vez configurado este estilo, fue asumido y perfeccionado por constructores alemanes, españoles, ingleses... Un leonés que se emocione al vivir un acto litúrgico en el ámbito de luz transfigurada de su espléndida catedral siente el calor de su patria chica, y se adentra al mismo tiempo en un hogar más amplio y no por ello menos denso: el clima cultural que se fue creando en Europa a lo largo de siglos.

Algo semejante podríamos decir de los frutos del pensamiento científico, filosófico y teológico... y de todas las manifestaciones del genio europeo. A partir de ahora, las naciones insertas en la Unión Europea se verán a sí mismas como formas de vida que tienen un modo peculiar de configuración y un espíritu propio, pero tal espíritu y configuración responden en buena medida a corrientes internacionales sumamente fecundas que es un honor asumir y potenciar. Los grandes coros de las *Pasiones* del alemán Juan Sebastián Bach no hubieran sido posibles sin el talento de los hermanos Gabrielli, que deslumbraron a los músicos centroeuropeos con sus agrupaciones corales en la veneciana catedral de San Marcos. Recordemos la influencia decisiva que ejercieron los viajes a Italia y Grecia sobre los artistas y escritores del Norte de Europa: Hölderlin, Goethe, Haendel, Mozart...

Al unirnos los pueblos europeos, no sólo ganamos cada uno en amplitud, en facilidad de comunicación y en número de usuarios de una misma moneda...; incrementamos la *calidad* de nuestra vida espiritual, pues adquirimos una perspectiva nueva para juzgar y ponderar nuestros mismos valores. Seremos, por tanto, europeos españoles, europeos belgas, europeos suizos..., como ahora somos españoles gallegos, españoles andaluces... Lo cual no implica que descuidemos el cultivo de los valores autóctonos, sino que les demos todo su alcance. Al convertir Europa en una «patria común» no nos transformamos en seres cosmopolitas desarraigados, espiritualmente apátridas, desconectados de todo lugar concreto. Al contrario, purificamos el concepto de patria. Esta equivale a *hogar espiritual*, y *hogar* viene del latín *focus*, lugar donde arde el fuego de la unión mutua. Europa será una auténtica patria para cada uno de los pueblos que la integren si sabemos «habitarla» en sentido transitivo, es decir, crear vínculos fuertes y valiosos entre las personas y grupos. ¿Cómo no me voy a *sentir en casa* («at home», «zu Hause», «chez moi») al participar del mundo espiritual de Monteverdi, Beethoven,

⁵³ Véase mi obra *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid 1998.

Bach, Miguel Angel, Velázquez, Durero y Shakespeare...? El concepto de patria no se difumina y pierde al participar de este legado común; adquiere diversos sentidos, que se enriquecen mutuamente al abrirnos a esos gigantes de la cultura.

Conseguir la «Europa del corazón»

El P. Pire, premio Nobel de la Paz, destacó en Oslo hasta qué punto es difícil conseguir la "Europa del corazón", es decir: aunar no sólo las economías sino los espíritus. Esto, a mi ver, sólo se puede lograr mediante la consagración de todos a una gran idea, convertida en *ideal*. Y este ideal no puede ser otro que el valor cristiano por excelencia, la *unidad*, entendida radicalmente como *unidad trinitaria*. El dogma de la Trinidad no es para los cristianos únicamente una forma de ver la vida íntima de Dios que debe ser aceptada en fe por el entendimiento y la voluntad. Es un *modelo de vida*; más todavía: es el impulso primario a vivir de forma *abierto y fecunda en virtud del amor*. Al ver las ruinas de Europa en 1945, Gabriel Marcel advirtió que hay heridas que no restañan nunca. Esto es cierto si uno sólo se mira a sí mismo, a su dolor y su resentimiento. Pero no lo es cuando tenemos libertad interior para mirar juntos hacia algo que nos supera infinitamente en valor. Lo valioso nos da entusiasmo suficiente para renacer a una vida nueva.

No está lejano el día en que incluso pueblos de continentes distintos establezcamos modos de relación tan íntimos que formemos una *patria espiritual*. Hace poco nos sorprendió en Europa una interpretación bellísima de las cantatas de Bach a cargo de un coro y una orquesta japoneses. El amor a esta música excelsa puede unirnos entrañablemente a personas de origen y cultura dispares. Si, además, colaboramos en tareas tan importantes como el progreso científico y técnico, la erradicación de enfermedades graves, la estabilización de la economía mundial..., iremos tejiendo una red de vínculos y afectos que supongan un auténtico «habitar», una forma de «hogar espiritual»".

En un futuro relativamente próximo, no hablaremos de la unidad de Europa sino de la unión de ésta con otros continentes. La Humanidad necesita mentes poderosas que configuren estructuras intercontinentales nuevas, ajustadas al bien de los diferentes pueblos. Nuestra vida se halla cada día más interconectada. No hay forma de solucionar los problemas nacionales sin pensar a escala continental. Pero los continentes, a su vez, necesitan abrirse a los otros. Los más dotados en medios humanos habrán de patrocinar modos de unión supracontinentales que creen modos nuevos de vida, con horizontes de auténtica esperanza. Indudablemente, la alta política

del inmediato futuro deberá estar presidida por *el ideal de la unidad*, que no es una *mera utopía* sino un *principio de vida auténtica*, asentada en la verdad del hombre, visto en su condición relacional.

Los europeos no podemos perder esta ocasión de conseguir lo que ansiaron en vano nuestros antepasados más lúcidos. Será peligroso dejarnos llevar del egoísmo y no emprender este camino de generosidad, porque, como muy bien decía Ortega, «podemos perfectamente desertar de nuestro destino más auténtico, pero es para caer prisioneros en los pisos inferiores de nuestro destino»⁵⁴.

Hoy Europa está libre de la amenaza oriental. Pero tiene un riesgo interior no menos temible: la subversión de valores que opera a modo de "revolución oculta". No causa horror, como sucede con una conmoción bélica; más bien halaga, como suelen hacer los manipuladores, pero mina arteramente las bases de la vida auténtica porque enseguida para los grandes valores. Seríamos ciegos si no viéramos que incrementar la vida espiritual es, en este momento, una medida urgente, por ser condición indispensable para conseguir una unidad sólida, firme, duradera, capaz de superar las escisiones que provoca la falsificación de los valores.

El cultivo decidido de la *vida espiritual* –con cuanto implica de pensamiento riguroso, estima de los grandes valores, creación de vínculos– hará posible la configuración de una época que colme el vacío dejado por la Edad Moderna. Una nueva época supone un nuevo estilo de pensar, sentir y querer, de orientar la vida creativa y relacionarse con el entorno –personas, instituciones, naturaleza, tradición, valores, Ser Supremo...-. Una nueva época exige un *hombre nuevo*, que asuma los mejores logros del pasado, supere sus fallos y cree nuevas posibilidades que ofrecer a las generaciones siguientes. La *Nueva Europa* que ansiamos debe ir unida con la nueva época, el hombre nuevo, el estilo nuevo de pensar y de vivir.

Los españoles y la unidad europea

En esta comunidad podemos y debemos participar los españoles de modo entusiasta. En los siglos XV, XVI y XVII estuvimos ensamblados brillantemente en la vida europea más cualificada. La música de Francisco Guerrero, Tomás Luis de Victoria y Cristóbal Morales se oía con admiración en Madrid, Nápoles y Flandes. Victoria pertenece a la Escuela polifónica romana, con el genial Palestrina a su lado. En Literatura contamos con genios universales como

⁵⁴ *Obras Completas IV*, Revista de Occidente, Madrid 1961, p. 211.

Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca y Miguel de Cervantes. En filosofía influimos en los grandes pensadores europeos a través de Francisco Suárez. La Escuela de Salamanca abrió rutas decisivas al *Derecho de gentes*...

La colonización de América y las guerras de religión en Europa dispersaron nuestras mejores fuerzas y nos escindieron de los pueblos centroeuropeos. Ahora volvemos de nuevo a sentirnos vinculados en un proyecto común, que abre a las nuevas generaciones de españoles un horizonte de posibilidades inéditas. No se trata sólo de ampliar *cuantitativamente* nuestra capacidad de movimiento. Es, además, una cuestión de *calidad espiritual*. Nos encontramos de golpe ante un nivel de vida exigente y rico de posibilidades. Nuestro cometido es alzarnos a ese nivel mediante un recurso sencillo y contundente: *mostrar una alta calidad*. Ello nos situará en el gran foro cultural de Europa por derecho propio, con lo que ello significa de reconocimiento general. No hay tiempo que perder en discutir el llamado «problema español». Ya estamos insertos en las instituciones europeas. Ahora debemos procurar nuestra plena incorporación *cultural*. Podemos y debemos hacerlo. A este respecto, me complace recordar la siguiente anécdota, muy significativa: Hacia 1955, uno de los directivos del colegio español de Munich era un joven sacerdote español. Su conocimiento de diversas lenguas antiguas y modernas le había permitido escribir un libro notable sobre los evangelios apócrifos, pero en ese centro desempeñaba un cargo humilde. Un buen día llamó a la puerta un emisario de una prestigiosa universidad alemana que venía a hacerle un excelente contrato como colaborador. Su alta calidad lo adentró de lleno en el corazón de la cultura europea.

El espíritu español fue siempre *realista e integrador*, integrador de cuerpo y espíritu, del yo y el tú, de un pueblo y otro, de una cultura y otra, del hombre y el Ser Supremo. Lo confirman numerosos extranjeros que agradecen a España haberles enseñado un nuevo *arte de vivir*, de relacionarse con espontaneidad, de sentir el gozo de la vida cotidiana aun en condiciones muy humildes.

En la tarea integradora de esta nueva Europa podemos los españoles ofrecer una contribución muy notable con nuestro estilo de vida y nuestra investigación.

Necesidad de estudiar a fondo la vida espiritual

Al final de una carrera de éxitos espectaculares en diversos frentes –ciencia, técnica, expansión territorial...–, Europa se desangró en dos guerras fratricidas que provocaron una pérdida inmensa de bienes, vidas humanas y mentes preclaras que debieron exiliarse. Merced

a la ayuda norteamericana, Europa llevó a cabo una restauración increíblemente rápida y eficaz. Ahora quiere dar un paso histórico hacia la unificación, a fin de tener voz propia en el concierto mundial. Acierta en buscar nuevas fuentes de energía en el aspecto económico y político, pero no debe olvidar que su fuerza provino en primer lugar del *cultivo de la vida en el espíritu*. Qué significa esta vida, cuáles son sus exigencias, qué frutos reporta a las personas particulares y a la sociedad son temas que exigen en este momento un estudio urgente y profundo. De él pende en buena medida el éxito de las grandes operaciones internacionales que se están realizando en Europa.

Para llevar a cabo dicho estudio y transmitir sus resultados a las gentes hacen falta verdaderos *educadores*, personas que superen toda rutina en la enseñanza y se esfuercen por ofrecer *claves de orientación certeras*. «Probablemente —escribe Gabriel Marcel— de lo que el mundo actual tiene mayor necesidad es de educadores. Desde mi punto de vista, ese problema de los educadores es el más importante, y aquí es donde la reflexión filosófica debe ser puesta a disposición. Se trata de saber dónde encontrarán esos mismos educadores los alimentos sin los cuales todo entusiasmo resultaría completamente vano»⁵⁵.

Capítulo 2

Qué es la vida humana y cómo se desarrolla

Queremos lograr una Europa *unida*, y este logro han de conseguirlo las personas y los grupos que la pueblan. Nos urge, pues, averiguar qué papel juega la unidad en el proceso del desarrollo humano. Podría ser que, al procurar los europeos nuestro crecimiento normal como personas, pongamos las bases para una unidad auténtica y fecunda de nuestros pueblos. Al descubrir las leyes de nuestro desarrollo personal, hallaremos los *fundamentos espirituales* sobre los cuales hemos de edificar la vida de la *nueva* Europa, la Europa *unida*. Pues no se trata sólo de una Europa cuyas naciones renuncien a parte de su autonomía para establecer una forma de unidad supranacional de carácter monetario y comercial. Hemos de configurar una vida europea *cualitativamente* renovada, dotada de un *estilo de pensar y vivir* más adecuado al ser de

⁵⁵ *Dos discursos y un prólogo autobiográfico* (Herder, Barcelona 1967) 71-72.

la persona, más conforme al gran *ideal de la unidad y solidaridad*. Para ello debemos promover nuestra capacidad de fundar unidad entre los espíritus.

Esta tarea requiere que nos liberemos de ciertos prejuicios que escinden al hombre de la realidad en torno. Tal escisión sólo podemos superarla si ejercitamos un estilo de pensar bien articulado y sutil, que distinga cuidadosamente cuándo una relación entre dos realidades es *dilemática* y cuándo es *contrastada*. Los contrastes se complementan y enriquecen; los dilemas se oponen y desgarran la realidad. No conseguiremos crear una auténtica unidad en Europa si pensamos que la relación entre la *libertad* del hombre y la *verdad* de la realidad en que se halla inserto activamente constituye un *dilema*. Y lo mismo cabe decir de la relación entre autonomía y heteronomía, independencia y solidaridad, vida personal y vida comunitaria... Con una metodología tosca es imposible comprender la lógica peculiar que rige la vida de las personas y los grupos humanos⁵⁶.

En la actualidad no basta que las naciones se unan para lograr ciertas ventajas prácticas. Deben cultivar la unión profunda de sus personas y sus pueblos. Y esta unidad requiere una labor paciente y generosa de *perfeccionamiento espiritual*. La madurez de espíritu no puede alcanzarla Europa por el hecho de que se haya derrumbado el imperio soviético y superado la tensión de la guerra fría. La mera falta de tensión agresiva no funda verdadera unidad. Esta ha de ser creada de manera positiva, cumpliendo las exigencias que ella plantea. Durante la guerra fría entre el bloque occidental y el oriental se enfrentaban dos posiciones opuestas, dos modos diversos de concebir la vida. Pero es de temer que la postura básica ante la existencia haya respondido en ambos lados a una misma actitud egoísta, centrada en el sujeto, afanosa de dominio y disfrute individual. Esta postura conduce a la "abolición del hombre" (C.S. Lewis) por vías distintas, pero ambas siniestras. Hemos de superar ese planteamiento falso si queremos salvaguardar la libertad y la dignidad personales. *Éstas sólo están aseguradas cuando configuramos la vida del modo exigido por nuestra misma realidad*.

Aunque los regímenes staliniano y hitleriano desaparecieron hace tiempo, hemos de pensar si no llevamos en nosotros el germen espiritual que les dio origen. Max Picard escribió sobre ello un libro inquietante: *Hitler en nosotros mismos*⁵⁷. Podemos atacar duramente lo que significó en la historia una figura política y reproducir en nuestra conducta su mismo estilo de pensar y conducirse. Es buen ejercicio a este respecto analizar el discurso de Charles Chaplin al

⁵⁶ Lo vio perspicazmente Romano Guardini en su obra *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente concreto*, BAC, Madrid 1996.

final de la película *El gran dictador* debido al énfasis que pone en la necesidad de cambiar las actitudes básicas de las gentes, no sólo la estructura de un régimen opresor. Lo radicalmente peligroso en Hitler y Stalin se halló en sus ideas: la orientación del poder hacia el dominio de las gentes, la falta de respeto hacia las personas, la reducción del pueblo a mero objeto de dominio, la decisión de someter el destino presente de personas y grupos a los cantos de sirena de utopías falsas.

Una vez superados los grandes conflictos bélicos, Europa se dispone ahora a crear una forma de unidad supranacional. Bien haremos en no dar por hecho que tal modo de unión se limita a la economía y la política. Todas las formas de comunicación entre los hombres hunden sus raíces en lo más profundo de la naturaleza humana. Los sentimientos más hondos, las ideas más arraigadas, los ideales más acariciados... hacen sentir su influencia a la hora de salir cada uno de sí y entablar relaciones o rehuirlas. Debemos cuidar en extremo la formación de tales ideales, ideas y sentimientos si queremos tejer una vida de convivencia auténtica con los más allegados y los más lejanos. La trágica erupción del nacionalismo balcánico acaba de invitarnos a no olvidar algo decisivo en la configuración de la vida: que *la unidad entre los hombres debe ser conquistada en cada instante, frente al afán egoísta de imponer los propios intereses*.

Esa conquista sólo es posible si cada uno de nosotros y nuestros pueblos llevamos a cabo una verdadera *conversión* y orientamos la vida no hacia el *ideal del dominio* sino hacia el *ideal del respeto y la solidaridad*. La necesidad de este cambio arranca de nuestra misma realidad personal. Lo veremos en pormenor seguidamente.

1. Las leyes del desarrollo humano. Importancia de la unidad

Es ley natural que todo ser vivo debe crecer. El vegetal y el animal crecen de modo automático, a impulsos de un principio interno que rige las condiciones de su desarrollo. También el hombre, en el aspecto biológico, crece de esta forma autoregulada. Pero, en el plano personal, su crecimiento es fruto de un proyecto libre. Cada uno de nosotros debe trazar una figura de lo que quiere ser y esforzarse por realizarla a través de la vida. Ese "pro-yecto" o anticipo de lo que desea dar de sí lo realizamos voluntariamente, pero dentro de los cauces prefijados por nuestra condición humana. Nos sentimos «llamados» a conducirnos de una manera determinada, a desempeñar tal o cual función, a perseguir este o aquel ideal. Y, una vez

⁵⁷ Cf. *Hitler in uns selbst*, E. Rentsch, Zurich ³1946.

en camino hacia el cumplimiento de tal «vocación» o «llamada» tenemos que cumplir las exigencias que la misma nos plantea.

Debemos afinar el oído espiritual para percibir nuestra voz interior más profunda. ¿Me siento llamado al amor o al odio; a la unidad o a la discordia? ¿Me siento acorde con mi ser más íntimo cuando actúo solidariamente o cuando convierto mi interés en la meta de mi vida? Nuestra misma realidad personal nos lleva a plantearnos la cuestión del *sentido* de nuestra existencia, y, por tanto, del bien, la verdad, la justicia, la belleza... Por nuestra forma de ser, si queremos vivir plenamente como personas, necesitamos ocuparnos de cuestiones que superan el quehacer cotidiano. Esas cuestiones no se nos imponen de modo coactivo; se hace valer de forma respetuosa.

– En un momento determinado me apetece hacer algo, tengo posibilidades para hacerlo, nada concreto parece oponerse a ello, pero pienso en mi interior: "No *debo* hacerlo; el *bien* me lo impide; no está *bien* realizarlo; debo ser *responsable* y renunciar a ello". El "bien" es una instancia que parece abstracta; no ofrece rostro, como lo hace una persona que me ordena algo, o una ley que me prohíbe tal actividad, o un juez que me juzga. Pero no podemos decir que no tenga ningún tipo de *autoridad* sobre mí. Cuando desoigo su voz y satisfago mi deseo, siento remordimiento. Algo dentro de mí no encaja, y no tengo paz hasta que ajusto mi conducta a esa voz que me *llama* y *respondo* positivamente a su exigencia. ¿Qué tipo de realidad tiene el *bien* para imponerse a mi voluntad de esa forma suave pero enérgica? Si soy libre y puedo tomar opción frente a todo lo que existe, ¿por qué me veo *ob-ligado* a seguir los dictados de una instancia que parece no tener una figura concreta, ni poder de mando, ni capacidad coercitiva?

– En la vida diaria debo tratar a los demás con *justicia*, *ajustarme* a su realidad, tal como se *manifiesta* cuando acierto a verla sin prejuicios y reduccionismos. Esa manifestación plena es su *verdad*. ¿Por qué he de atenerme a la *verdad*, que es algo distinto de mí, y no limitarme a seguir mi impulso interior a comportarme de una u otra manera? ¿Qué es *la verdad*, *la justicia*, *el bien*? ¿Por qué, siendo algo *distinto* de mí, se me *imponen* de esa forma? ¿No estaré perdiendo, con ello, mi autonomía, mi capacidad de iniciativa libre? Si sospechara que debo responder positivamente a estas inquietantes preguntas, tendería a sentir *resentimiento* frente al bien, la justicia y la verdad. Desearía que no existieran esas instancias rectoras de mi vida. La *autoridad* que tienen sobre mí, sobre mi poder de configurar libremente mi vida, se me antojaría perturbadora, pues vendría a *des-centrarme* literalmente, al sugerirme que yo no soy el único *centro* mi vida, sino que sólo estoy de verdad *centrado*, ordenado, ajustado a mi ser cuando admito que todas las realidades de mi entorno que pueden encontrarse conmigo forman

parte ineludible de mi ser personal. Este modo abierto, dialógico y ambital de mi condición de persona queda patente al afirmar que soy un ser *ambital*, *ambitalizable* y *ambitalizador*.

– Más que un *objeto perfectamente delimitable*, soy un ser *ambital*, un ser que abarca cierto campo, ya que desde antes de nacer me hallo inserto en una trama de relaciones de todo orden, creo vínculos con otras realidades, poseo capacidad de iniciativa, puedo ofrecer posibilidades y recibir activamente las posibilidades que me son ofrecidas; asumo las posibilidades creativas que me transmiten las generaciones anteriores y entrego otras nuevas a las generaciones más jóvenes... Todo ser ambital está abierto activamente hacia el pasado y hacia el futuro, hacia otros seres ambitales ya existentes, hacia seres objetivos que pueden ser convertidos en ámbitos, hacia su ser perfeccionado por la relación con otros ámbitos.

– Al ser ambital, me desarrollo relacionándome con realidades que me ofrecen posibilidades con mayor o menor capacidad de iniciativa. A medida que asumo tales posibilidades activamente -creativamente-, amplío mi campo de realidad -no sólo mi campo de acción-, ensancho mi *ámbito*, el campo de juego que yo soy en mi vida; me *ambitalizo*.

– En cuanto ofrezco a otras realidades ambitales ciertas posibilidades que enriquecen su campo de juego, les otorgo mayor capacidad de iniciativa, de ampliar su radio de influencia, y, con ello, las *ambitalizo*.

Empezamos a intuir que nuestra realidad personal viene del encuentro y está llamada al encuentro; tiene su origen en la unión amorosa y se ve llamada a crear las formas más elevadas de unidad con las realidades circundantes. Si atendemos a las condiciones en las que la vida humana florece y se mantiene, veremos que *la unidad amorosa y solidaria es la meta a la que nos llama nuestra misma realidad personal*. Pero ¿de qué forma podemos alcanzar esa cima? La sabiduría de siglos y una penetrante investigación realizada en los últimos decenios nos da luz suficiente para responder a esta pregunta de forma atinada y fecunda.

2. Distintas formas de unidad entre el hombre y su entorno

La Biología actual más cualificada nos enseña que somos «seres de encuentro», vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales creando toda suerte de encuentros. Nacemos prematuramente para acabar de troquelar nuestro ser fisiológico y psicológico *en relación al entorno*, sobre todo a la madre. Entre los familiares y el bebé debe fundarse una "urdimbre afectiva" si el hijo ha de desarrollarse normalmente. *Vivir en unidad* en el seno de la familia vista como «focus», «lugar donde arde el fuego del amor», es la base primordial de una vida humana sana, auténtica.

Si la unidad tiene este poder *constitutivo* de la vida personal, hemos de tener suma claridad acerca de los distintos modos de unidad que podemos fundar con las realidades de nuestro entorno.

– Por intensa que sea, la unión que puedo establecer con un objeto es siempre pobre en el aspecto creativo. Me uno a una tabla con la fuerza de un náufrago. Parece que estoy unido estrechamente a ella, pero levanto las manos y no queda nada; no he creado nada con ese tipo de unión.

– Este tipo de unidad lo fundo con un piano cuando lo tomo *como un mero mueble* –un objeto– y toco y palpo su material desde el exterior. Pero supongamos que soy pianista, levanto la consola, pongo mis dedos sobre el teclado e interpreto una obra. El tipo de tacto que ejerzo sobre el piano es semejante al anterior. Las yemas de mis dedos sienten la cercanía del material, sus condiciones de tersura o aspereza, calor o frío. Pero la forma de unidad que establezco con el piano *como instrumento* es muy superior en calidad al modo de unidad que antes establecí con él como mero objeto.

– Para volver a crear sobre el teclado las formas de una obra, tengo que adivinarlas en la fronda de notas que constituye la partitura. En un aspecto, ésta es un fajo de papel que tiene un determinado peso y unas dimensiones precisas. Me siento cerca de él, puedo agarrarlo con la mano, situarlo en un lugar u otro, incluso encender con él una hoguera. Lo trato como un *objeto*. Pero, en otro nivel, lo considero como una *partitura de música*, es decir, como un objeto que alberga posibilidades expresivas y tiene cierto poder de iniciativa, al menos la iniciativa de ofrecérmelas para revelarme el secreto de una obra. Al comenzar a estudiarla, su partitura, en cuanto objeto, está cerca de mí, como una realidad disponible. En cuanto *partitura*, se halla cerca y lejos a la vez, porque me revela en alguna medida la obra pero no me ofrece ésta de golpe, totalmente. Me invita a recorrer un camino y adentrarme en su secreto. Intento dar vida en el teclado a las formas que adivino en ella, y, cuando lo consigo, esa realidad expresiva, en principio externa a mí, se me trueca en algo *íntimo*, sin dejar de ser *distinta*; se convierte en mi voz interior.

– La unidad que creo con la obra al convertirla en una voz interior, una fuente de creatividad que es distinta de mí e íntima a la vez, me resulta entrañable porque nada hay más íntimo a uno que lo que constituye en un determinado momento el impulso para actuar. Es tan estrecha la unión con la obra que la siento como mía, aun siendo distinta de mí, y tiendo a darle la configuración que me dicta mi sensibilidad: cambio el ritmo, el fraseo, la intensidad de tal o cual pasaje, hasta que la obra misma me indica que estoy expresando a perfección su verdadero

sentido. Con frecuencia, grandes intérpretes nos ofrecen versiones diferentes de una misma obra, y todas son legítimas y enriquecedoras.

– Hay realidades en nuestro entorno que no presentan un rostro concreto, como una obra de arte, y parece que se difuminan en el reino de lo abstracto, lo universal indefinido. ¿Qué es, por ejemplo, *la música*? Podría alguien pensar que lo único real son las obras musicales concretas y sus creadores e intérpretes. La música parece ser un concepto universal, abstraído de los seres concretos antedichos. Corre riesgo, por ello, de ser considerado como algo *irreal*. Tanto más precavidos debemos estar. Si le preguntáramos a un genio como Mozart si existe «la música», nos miraría con honda pena, pues la mera pregunta indicaría que no tenemos experiencia personal de lo que es esa fuerza creadora de belleza y estructuras formales que da origen a tantas obras eximias. Ese universal aparentemente abstracto, vago y diluido, que llamamos «la música» es una fuente de realidad, no algo irreal extraído de seres reales concretos. Cuando Sócrates preguntaba al sofista Hippias qué es «la belleza» sabía que buscaba algo mucho más real y eficiente que una bella joven, una bella yegua, una bella ánfora... Se movía en el plano metafísico⁵⁸.

A este tipo de realidades podemos vincularnos con ese modo de unidad superior, excelente, que llamamos «ob-ligación». Por ejemplo, yo me siento obligado al bien en mi conciencia, con independencia de las realidades que me rodean y las situaciones concretas en que me hallo. Es una vinculación radical e incondicional. Según propio testimonio, Mozart escribía, a menudo, en las partituras ciertos acordes que sentía como necesarios en ese lugar, pero no sabía dar razón plena de ello. Se veía llevado a ello, *obligado* a hacerlo, y su sentido musical no le fallaba. Era sincero y perfecto al mismo tiempo. Por eso no admitía la menor alteración en sus composiciones. De modo semejante, el que tiene sentido moral sigue el dictado del bien de forma rotunda, pues sabe que no se equivoca cuando decide actuar de modo perfecto. «Así debe ser; así lo hago», viene a decirse. Este comportamiento no se basa en una abstracción, en un universal difuminado, sino en una fuente de realidad, la convicción básica de que «el bien debe ser realizado y el mal ha de ser evitado». Tal convicción está configurada merced a la luz que irradia nuestra misma realidad personal, esa voz interior que actúa a modo de «ley natural». Si creemos que ésta se reduce a un mero concepto, falto de concreción y eficiencia reales, viviremos sobre el vacío y nuestra vida quedará sin norte, radicalmente desconcertada.

⁵⁸ Cf.. Platón: *Hippias mayor*, 287e.

La forma de unidad que podemos y debemos alcanzar con este tipo de realidades es semejante a la que tenemos con un valor que nos llama a asumir las posibilidades de vida que nos ofrece. La frase «Debes hacer esto» significa, vista en plan positivo, lo siguiente: «Asume como propias estas posibilidades de vida que te ofrezco, y ganarás madurez y plenitud como persona». Entre esa instancia que te habla así y tu intimidad personal se establece una forma de unidad tan estrecha que se traduce en firmeza para decidirse y tenacidad para mantener fielmente la decisión.

– En el plano religioso se dan modos de unidad todavía más altos. Si ves al Creador como un Ser Supremo infinitamente distante de ti en calidad, puedes pensar que esta distancia se traduce en un alejamiento correlativo. Sería la posición "deísta". Dios creó el mundo pero lo dejó a su suerte, y permanece ajeno e indiferente respecto a él. Pero intenta pensar que crear el mundo significa infundirle energía para existir, y contéplate dinamizado interiormente por Dios. Entonces verás que Él es tu principio y tu fin, tu *ideal*, pues es el *valor supremo* en la creación. Pronto advertirás que el Creador te es «más íntimo que tu propia intimidad» (San Agustín). Para sentirlo vivamente, sólo necesitas abrirte a esa presencia comprometedora. Como se abrió San Pablo cuando descubrió el misterio de Jesús y llegó a decir: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí»⁵⁹. No indica con ello, de una forma vagamente poética, que está identificado con el sentir del Maestro. Expresa, de modo realista, el tipo de unidad altísimo que se había instaurado entre él y el Señor. Tal unidad no se reduce a la *fusión* de dos realidades distintas. La fusión es un tipo de unidad intensa pero pobre en el nivel de las realidades personales. Estamos aquí ante un modo de unidad de *integración*, semejante –en un nivel superior– a la que se da entre el poema y el declamador, la obra musical y el intérprete. Ambos son distintos, pero no distantes, ni externos o extraños, sino íntimos. Cuando me percaté de que puedo ser distinto de una realidad e íntimo al mismo tiempo, doy un paso decisivo hacia la madurez porque descubro que puedo lograr modos de unidad insospechadamente ricos con las realidades del entorno. *Este es un punto decisivo en nuestra formación, pues marca el comienzo del verdadero progreso espiritual.*

3. Experiencias reversibles, participación y tolerancia

Este tipo de *unidad de integración* da lugar a las diversas formas de *experiencias reversibles*:

- El lenguaje nutre el espíritu del poeta; el poeta troquela el lenguaje.
- El intérprete configura la obra musical en cuanto se deja configurar por ella.
- El metafísico analiza la realidad porque se halla desde siempre inmerso en ella, recibiendo activamente las posibilidades que le otorga.

Cuando vivimos a fondo diversas experiencias reversibles, descubrimos la riqueza que implica el *participar*. Cuando participamos varias personas de un bien material –por ejemplo, una tarta–, éste se amengua en proporción directa al número de los participantes. La participación en este nivel de realidad consume aquello en que se participa. Pero incrementa la unión entre los participantes si la actuación de éstos responde a un afán de solidaridad. La comida en común es desde antiguo símbolo de *comunión de espíritus* cuando se realiza con actitud de generosidad. Esa actitud la ponen especialmente de relieve los comensales que dan gracias al Creador por los dones que van a recibir. Si los alimentos son un don, debemos repartirlos y compartirlos.

Cuando dos o más personas participan en un acontecimiento *creativo* –por ejemplo, una interpretación musical, teatral o coreográfica–, no amenguan la realidad interpretada; al contrario, incrementan su valor. Nunca se interpretó tanto -y tan bien- a Mozart como en los últimos decenios. Hoy su valoración supera años luz la usual en el siglo XIX, en el que apenas se cultivó la música mozartiana. En el plano de la actividad *creativa* –relaciones humanas, vida cultural, práctica religiosa...–, la experiencia de participación supone el enriquecimiento mutuo de las realidades que entran en juego. Participo en algo o en la vida de alguien cuando asumo activamente las posibilidades que me ofrecen para dar origen a algo nuevo valioso. *Asumir activamente* unas posibilidades es la raíz de la *creatividad*. Las realidades que son para el hombre fuente de posibilidades creadoras suelo denominarlas "*ámbitos*". Consiguientemente, sólo podemos *participar* –en sentido riguroso– de realidades que sean ámbitos, no meros objetos. Participo de un poema cuando lo asumo como una fuente de posibilidades creadoras. Esa forma de acogimiento implica una actitud de respeto y estima por el modo de ser del poema, que no se reduce a objeto, antes constituye un ámbito.

Este profundo *reconocimiento* del valor de las realidades que son capaces de ofrecernos posibilidades y recibir las que nosotros les otorgamos está en la base de la *solidaridad*. Ser solidario no se reduce a tener voluntad de ayuda a los menesterosos. Si les ayudo de forma *lineal*, sin darles ocasión de tomar alguna iniciativa respecto a mí, aunque sólo sea una sencilla muestra de agradecimiento, puedo aliviar en alguna medida su necesidad pero no incremento su

⁵⁹ Gal 2,20

autoestima; tal vez la amengüe; no les ayudo a crecer, quizás aumento su invalidez y su complejo de inferioridad. La auténtica ayuda procede de forma *reversible*; no toma sólo al necesitado como un desvalido que necesita apoyo, sino como una persona dotada de cualidades que pueden enriquecer a quien le socorre. La auténtica solidaridad hace más fuertes a todos, al que da y al que recibe.

Este tipo de *solidaridad reversible* da origen a la verdadera *tolerancia*, entendida como una actitud creativa. Ser tolerante no se limita a ser condescendiente, permisivo. Dejar hacer a los demás lo que deseen puede muy bien significar *indiferencia* respecto a su crecimiento personal. Y la indiferencia supone *alejamiento*, falta de participación en la vida del otro. La tolerancia implica positivamente colaboración, *búsqueda en común de la verdad*. En una conversación, por ejemplo, es tolerante con los demás el que no rechaza sus opiniones al observar que contradicen sus puntos de vista, sino que les deja proseguir su discurso y les presta atención en la esperanza de que hayan descubierto algún aspecto de la verdad. Yo puedo estar convencido de que es verdadero lo que afirmo porque se ajusta a la realidad, pero me hago cargo de que tal vez no conozca la verdad toda, y parte de esa verdad puede haber sido descubierta por mi contrincante. Debo, pues, estar abierto a la sorpresa de que éste corrija mi punto de vista o, al menos, lo complemente. Y viceversa. Esta búsqueda solidaria de la verdad que nos nutre espiritualmente a todos constituye la quintaesencia de la tolerancia, como veremos de cerca más adelante.

4. Las exigencias del encuentro

La relación de encuentro es tan fecunda como exigente. Veamos, primero, las exigencias, a fin de descubrir el sentido profundo de las *virtudes* y los *vicios*.

La generosidad

Para encontrarse de veras con una realidad, debemos adoptar una actitud *generosa*, pues el encuentro implica un tipo de colaboración que no otorga ninguna forma de *dominio* o *posesión*. El término *generosidad* procede del latín «generare», engendrar. Es generoso el que crea vida, la otorga y la incrementa. Fundar relaciones personales significa crear amistad, establecer un campo de juego, de intercambio de afecto y ayuda entre dos o más personas. Participar en tal campo de juego no incrementa las posesiones, pero ensancha el propio *ámbito*

de vida, «ambitaliza» a quienes se relacionan. «El que dice *tú* a otro (es decir, le trata como persona) no tiene ninguna cosa, no tiene nada, pero está en relación»⁶⁰.

Para crear la nueva época que ha de sustituir ventajosamente a la Edad Moderna, hemos de aprender a valorar muy alto las relaciones desinteresadas, generosas, capaces de generar formas elevadas de convivencia. Hemos de movernos en un nivel superior; no en el nivel en el que se *manejan* las personas como si fueran meros objetos, sino en el que se las *respetan*, se las considera capaces de realizar experiencias reversibles y encontrarse. Al manejar a una persona como si fuera un mero objeto, por ej., un utensilio, te aprovechas de las posibilidades que puede ofrecerte y, con ello, la elevas en alguna medida a condición de "ámbito". Pero ámbito significa aquí una mera *fente de posibilidades* carente de *capacidad de iniciativa personal*. Esa forma de relación egoísta no enriquece a la persona utilizada, porque no le permite crear un campo de juego contigo. Cuando utilizas un bolígrafo en un proceso creativo, como es el escribir una carta, lo elevas de rango. Si «utilizas» a una persona como a un útil, la rebajas de condición. Las personas son «ambitales» porque están llamadas a relacionarse activamente con otros «ámbitos» —o realidades abiertas— y establecer con ellos toda suerte de encuentros. Al hacerlo, incrementan su condición ambital porque quedan insertas en los ámbitos de superior envergadura a que dan lugar. Un hombre y una mujer se aman y crean un hogar. En el seno de éste perfeccionan su ser personal y adquieren un rango superior al que tenían: se convierten en «marido» y «mujer» y tal vez posteriormente en «padre» y «madre».

El respeto

El que es generoso y quiere engendrar relaciones fecundas con otra persona evita por igual *fusionarse* con ella y *alejarse* de ella. Si me alejo con actitud de indiferencia, carezco de la cercanía necesaria para establecer el *campo de juego* que implica el encuentro. Si me fusiono, pierdo mi identidad personal, y, con ella, la capacidad de actuar por propia iniciativa. Manuel Machado proclama en un poema su deseo de licuarse y verterse en las venas de la amada. De hacerlo, no la amaría más intensamente; dejaría de amarla en absoluto.

Para ganar una relación de presencia con un cuadro y contemplarlo, debo *entrar en juego* con él, lo que significa estar *cerca a cierta distancia*, y ganar, así, la debida *perspectiva*. Mantener esa posición equilibrada entre la excesiva cercanía de la fusión o empastamiento y la excesiva distancia del alejamiento se denomina *respeto*. Respetar significa *estimar*, aceptar la

⁶⁰ M. Buber: *Yo y tú* (Caparrós, Madrid 21995) 8; *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip* (Schneider, Heidelberg 1954) 8. El paréntesis es mío.

condición que tiene el cuadro de ser un *conjunto expresivo* que me invita a recibir activamente sus valores y responder a tal invitación movilizandome mi sensibilidad artística.

Encontrarse supone estar *presente* a algo o a alguien, y esto implica mucho más que estar *cerca*; entraña *crear vínculos*, entreverando el propio ámbito de vida con el de la realidad que uno desea encontrar. Lo expresa Heidegger con su estilo peculiar al comienzo de su conferencia sobre «La cosa»:

«El apresurado anular las distancias no trae cercanía, pues la cercanía no consiste en una pequeña medida de distancia. Pequeña distancia no es todavía lejanía. ¿Qué es la cercanía si, no obstante la reducción al mínimo de las mayores distancias, permanece ausente? ¿Cómo puede ser que con el desplazamiento de las mayores distancias todo siga igual de lejano y de cercano?»⁶¹.

Mantener el equilibrio de hallarse *cerca* de una realidad pero *a cierta distancia* sólo es posible si uno desea colaborar con tal realidad y renuncia a la voluntad de *dominarla* o de *perderse en ella*. El que quiere perderse románticamente en una realidad se fusiona o empasta con ella, se une sin distancia, lo que produce un efecto de *embriaguez* que parece unir intensamente pero, en realidad, no hace sino eliminar la propia identidad personal. Si deseo dominar algo, me alejo para tenerlo bajo control. En cambio, cuando deseo colaborar o hacer juego con alguien, me acerco a él lo suficiente para establecer una relación pero guardo la distancia necesaria para crear entre ambos un espacio de intercambio libre de posibilidades. Es el espacio espiritual que abre la actitud de *respeto*, que, según Goethe, nadie trae consigo al nacer y es necesaria para ser plenamente hombre⁶².

Integrar el nivel objetivo y el ambital

Para encontrarnos con una realidad, debemos respetar todos los modos de realidad que la constituyen y le dan su fisonomía propia. Una obra de arte bien lograda presenta siete niveles o modos de realidad. Si quiero encontrarme con ella en una experiencia estética auténtica, debo atender por igual y al mismo tiempo a dichos niveles. En el caso de una obra musical, he de captar el sentido estético de los sonidos aislados, los sonidos entreverados, los sonidos configurando formas, las formas expresando los ámbitos que en ellas se expresan, estos ámbitos encarnando un «mundo» peculiar, la emotividad singular que suscita este mundo, el entorno vital para el que fue compuesta la obra.

⁶¹ *Vorträge und Aufsätze* (Neske, Pfullingen 1959) 163.

⁶² Cf. *Wilhelm Meisters Wanderjahre*, libro II, cap 1.

De modo análogo, cuando te saludo para encontrarme contigo, soy *todo yo* el que me dirijo a *todo tu ser* al darte la mano. No es mi mano la que saluda a la tuya y se encuentra con ella. Las manos se estrechan, pero no se encuentran. Quienes se encuentran son las personas. Si al apretar tu mano, fijo exclusivamente la atención en las condiciones físicas de la misma – presión, calor, suavidad, humedad...–, dejo de encontrarme contigo. Te reduzco a *objeto de observación*. Te sentirás, por ello, rebajado de nivel y te alejarás de mí todavía más de lo que estabas antes de haber entrado en relación de vecindad.

El *reduccionismo* anula la posibilidad de encontrarse. El que adopta en la vida una actitud egoísta tiende a *reducir* las realidades del entorno a *medios para sus fines*. En el caso de una persona muy atractiva, la toma como un *objeto maravilloso*, adorable, pero objeto al fin. En cuanto objeto, puede dominarla, pero con ello se autocondena a no encontrarse con ella, pues el encuentro interpersonal exige plena reciprocidad, y ésta sólo es posible entre personas que se respetan y tratan como tales. Una persona reducida a objeto se ve envilecida y privada de autonomía; tiende a dejarse manejar, y se mantiene «fuera» de la persona que la manipula. Al estar fuera, no entrecruza su ámbito de realidad con el de ésta; no se encuentra con ella. *Para encontrarnos, debemos relacionarnos con toda la energía de nuestro ser, con su capacidad creadora no amenguada sino incrementada.*

No es ilógico que en muchas obras literarias contemporáneas se niegue la posibilidad del amor personal, de la amistad perenne y valiosa, porque se identifica la unidad de las personas con la vecindad táctil, y se entiende la felicidad como una mera sensación placentera. Al plantear la cuestión del amor en el nivel de las meras sensaciones, se aboca a una forma de soledad asfixiante. Léase a esta luz el siguiente diálogo entre Orfeo y su amada Eurídice:

ORFEO: «... ¡Es intolerable ser dos!». «Estamos solos. ¿No crees que estamos demasiado solos?».

EURÍDICE: «Apriétate fuerte contra mí». «No hables más, no pienses más. Deja que tu mano se pasee sobre mí. Déjala que sea feliz sola. Todo volvería a ser tan sencillo si dejaras que tu mano sola me quisiera. Sin decir nada más».

ORFEO: «¿Crees que esto es a lo que llaman felicidad?»

EURÍDICE: «Sí. Tu mano es feliz en este momento. Tu mano no me pide más que estar ahí, dócil y caliente bajo ella. No me solos pidas nada tú tampoco (...)»⁶³

No es extraño que se sientan aislados quienes plantean la posibilidad de unirse sólo en el plano sensorial. Esta actitud responde al sentimiento de nostalgia que ciertas personas y

grupos sintieron, tras la hecatombe de la primera guerra mundial, hacia el mundo infrahumano, infracreador, infrarresponsable. En el fondo, tal conflicto –según hemos indicado ya– fue posible porque el ser humano tiene el temible poder de superar la fusión animal con la realidad y configurar planes de acción. En consecuencia, se pensó que la única salida para salvar este tipo de riesgos, consiste en vivir ateniéndose en exclusiva a los sentidos y los instintos, que nos vinculan a los seres del entorno de forma automática y nos garantizan, así, un mínimo de unidad. Se olvida que este modo de unión casi fusional no instaura una relación de presencia y encuentro, y, pese a su intensidad, deja a las personas aisladas y solas. Es el drama de las relaciones "eróticas", que ejercitan la sexualidad sin preocuparse de crear verdadera amistad y no alcanzan nunca la intimidad del auténtico amor. Lo que a veces se llama "amor" se reduce a un intento vano de superar la propia soledad.

Ciertamente, la vida del espíritu –con su inteligencia, su voluntad, su capacidad creativa, sus sentimientos...– encierra considerables peligros. Pero es privilegio del hombre poder superarlos mediante la consagración de todo su ser –con sus diferentes vertientes o modos de realidad– al logro del auténtico *ideal de la vida*. Esta orientación de la existencia da energía para integrar las diversas potencias: instintos y valores espirituales, sentidos e inteligencia, cuerpo y alma...

El que no vincula estas potencias entre sí acaba entregándose a las distintas experiencias de *vértigo* o *fascinación* porque toma el atractivo de los sentidos y la saciedad de las pulsiones instintivas como una meta, y elige siempre en función de su interés particular. Este apego a las ganancias inmediatas empobrece al máximo nuestra vida, porque nos priva de la perspectiva necesaria para ver la importancia que encierra el crear relaciones personales valiosas.

Integrar las distintas energías del propio ser implica esfuerzo, tensión creativa, pero procura gozo y amparo interior, porque ayuda al hombre a realizarse plenamente.

Estar disponible para los demás con actitud de simpatía

Estoy *disponible* para alguien cuando me hallo dispuesto a asumir las posibilidades que pueda ofrecerme y a otorgarle las que yo tengo. Esta actividad reversible, colaboradora, no significa una salida de sí *alienante*. El que da y recibe posibilidades no sale propiamente de sí;

⁶³ Jean Anouilh: *Eurydice, suivi de Romeo et Jeannette*. (La Table Ronde, París, 1958) 143-144; *Eurídice* (Losada, Buenos Aires ⁴1968) 280.

supera su ser aislado y ensancha su "ámbito de realidad" al crear con otros seres un *campo de juego o encuentro*, en el cual perfeccionan todos su ser.

Esta actitud de disponibilidad inspira el afán de abrirse al otro con voluntad, no de dominarlo para ponerlo al propio servicio, sino de crear con él un espacio de solidaridad, de participación en un *campo de juego* común en el cual se superan las escisiones expresadas en los esquemas «dentro-fuera», «aquí-ahí», «interior-exterior». Los que están configurando activamente un mismo campo de juego no están «fuera» de los demás en el aspecto *lúdico, creativo*. Sus metas son comunes, así como sus gozos y penas, sus triunfos y sus fracasos.

La decisión de abrirse creativamente al otro se manifiesta en la voluntad de *estar a la escucha y atender*, es decir: poner la mente en *tensión* hacia lo que nos pueda ofrecer de valioso. Saber *escuchar activamente* es un arte exquisito, indispensable para encontrarse y desarrollar de modo cabal la propia personalidad. Recordemos que el encanto de *Momo*, protagonista de la obra homónima de Michael Ende, consiste en su hábito de escuchar a los demás con atención. Esta cualidad le valió la simpatía de todos y le concedió un notable ascendiente, a pesar de su desvalimiento⁶⁴.

El que presta esa atención respetuosa al otro, vibra con su vida y sus avatares, simpatiza con él, es decir, comparte sus dolores y gozos⁶⁵. Persona *simpática*, en este sentido profundo, es la que se acopla amistosamente al modo de ser del otro y atempera su vida a la suya, como es usual en los intérpretes de una obra musical o teatral. Son plenamente independientes, pero, en cuanto empiezan a crear el campo de juego que es la obra, vibran unos con otros, acompañan su ritmo, atemperan su voz, con el fin de lograr una bella armonía y configurar una estructura expresiva.

Confianza y veracidad

La apertura simpática al otro sólo es posible cuando va inspirada por un sentimiento de *confianza*. Abrirse implica en cierta medida una *entrega*, y ésta entraña siempre cierta dosis de riesgo. Si me confío a ti y tú te repliegas, me siento en vacío, como el que alarga la mano para saludar a alguien y ve que éste se queda inmóvil. Me veo burlado y frustrado.

Para suscitar confianza en ti, debo manifestarme tal como soy, con sinceridad, franqueza y transparencia. Con ello muestro que estoy dispuesto a compartir contigo mi ámbito

⁶⁴ Cf. o. c., Alfaguara, Madrid 1985.

⁶⁵ Recuérdese que *simpatía* procede del griego *sympatheia*, padecer con.

de realidad sin reserva alguna. Al ofrecerme a ti de modo *confiado* y, por ello, vulnerable, te inspiro *confianza* en mí. Al considerarnos mutuamente *fiabiles* y tener el uno *fe* en el otro, nos hacemos *confidencias* y creamos una relación de *intimidad personal*, de *encuentro*. El encuentro es una forma de intercambio de posibilidades que ensancha sobremanera nuestro ámbito personal, la envergadura de nuestra personalidad. He aquí cómo mi crecimiento personal no se realiza a costa del tuyo. Si nos abrimos sincera y generosamente a la colaboración, nos enriquecemos mutuamente, y este crecimiento en autonomía personal aumenta nuestras posibilidades de encontrarnos más fecundamente.

Actitud de agradecimiento

Toda experiencia reversible inspira actitudes de *agradecimiento*, no de *resentimiento*, que es su antónimo. El hombre resentido lamenta que existan los valores que le superan y cuya mera existencia le humilla. El hombre agradecido acoge gozoso cuanto le enriquece. Ante algo muy elevado no se ve rebajado de condición; al contrario, se siente llamado a superarse. Lo sublime no suscita en él despecho; le inspira afán de emulación.

Cuando uno es agradecido, el *asombro ante lo valioso* le lleva al encuentro. Mostrar agradecimiento ante un obsequio significa manifestar que uno está a la recíproca en cuanto a creatividad. Tú has creado conmigo una relación de bondad, de obsequiosidad; ten por seguro que estoy en la misma disposición para contigo.

Cuando me percaté de que toda mi vida es una *trama de ámbitos*, que he ido tejiendo en relación activa con otros seres, descubro que «lo más profundo que hay en mí no procede de mí» (G. Marcel) y, por tanto, la vida es un gran don que hemos recibido y estamos recibiendo en cada instante. El agradecimiento que suscita en nosotros este don incesante ha de mostrarse, sobre todo, en la aceptación activa de nosotros mismos, de nuestro ser en todo su alcance y con su natural tendencia a crecer y madurar. Crecer plenamente mediante el cumplimiento de las leyes del propio desarrollo es la forma óptima de mostrar nuestro agradecimiento al Creador y a nuestros progenitores.

La fidelidad y la paciencia

Con frecuencia se interpretan estas dos actitudes en un nivel inferior al de la creatividad y se las reduce injustamente de valor. Se las considera equivalentes al mero *aguante*, y se soslaya su condición *creativa*.

Ser paciente significa *ajustarse a los ritmos naturales*, al *tempo* propio de los distintos procesos. Todos los procesos de desarrollo vital siguen un ritmo lento de maduración. La intimidad personal, por ejemplo, requiere cierto tiempo para llegar a madurez. Si se cultiva la intimidad corpórea -que es su expresión natural- como simple medio para obtener gratificaciones sensibles, sin tener todavía verdadera intimidad espiritual, se fuerzan los ritmos naturales y se pierde la armonía interior que se deriva de la integración de las diversas energías -las instintivas y las espirituales-. Esa falta de armonía deja a la intimidad corpórea desgarrada del conjunto de la vida personal y la priva, por lo mismo, de sentido. Resulta *insensata e injusta*, por no estar *ajustada* a nuestro verdadero ser, a nuestra *verdad* de hombres.

Es fácil prever el papel decisivo que juega la actitud de paciencia, así entendida, en la configuración de una teoría equilibrada del amor humano.

La *fidelidad* nos lleva a *crear* en cada momento lo que hemos prometido crear en un determinado momento. Con soberanía de espíritu, sobrevolando cada uno de los instantes de tu vida, prometes el día de tu boda fundar un hogar con una persona. Serle fiel en lo sucesivo significa crear minuto a minuto esa vida de comunidad hogareña, que no queda "hecha" de una vez por todas al hacer la promesa, sino que debe ser configurada siempre de nuevo.

Debido a su carácter creador, la fidelidad inspira actitudes de *flexibilidad espiritual*, no de *terquedad*. Por eso va unida con la auténtica *tolerancia* y se distingue años luz del *fanatismo*.

La participación en grandes valores

Lo que nos une a otras personas de forma más entrañable y duradera no es tanto la complacencia que podemos sentir al mirarnos mutuamente cuanto el estar unido cada uno a valores elevados. Contemplad un buen coro interpretando una obra musical. Los intérpretes miran hacia el director, que encarna con sus gestos su forma de entender la obra. Ninguno mira a los compañeros; todos parecen prescindir de los demás. De hecho, sin embargo, están profunda y fecundamente unidos en cuanto colaboran solidariamente a la gran tarea común. La

vinculación de esa total independencia y esa plena vibración da lugar a una obra artísticamente lograda, armónica, bella de factura.

Cuando compartimos una ocupación poco valiosa, nos unimos de modo superficial. Si nos consagramos a una tarea relevante, nuestra unión adquiere una calidad muy alta. *Lo que más une en la vida es perseguir conjuntamente altos ideales: hacer el bien en común, crear obras bellas, colaborar en tareas valiosas.*

5. El descubrimiento de los valores, el ideal, la creatividad, las virtudes y los vicios

1. Los valores. Para unirnos a los demás de modo personal, debemos estar previamente aunados en nuestro propio ser mediante el ensamblamiento armónico de nuestras diversas energías. Si, al tratarte, actúo como un mero cuerpo y te tomo como un mero objeto, un medio para mis fines, no puedo *encontrarme* contigo en sentido estricto. La fuerza interior para vincular tales energías me viene de la atracción que ejercen sobre mí los valores –el bien, la belleza, el amor, la actividad solidaria...–. ¿Cómo descubrimos los valores?

Desde bebés, estamos inmersos en tramas de ámbitos: los padres y hermanos, el hogar, el lenguaje, las obras culturales, las realidades religiosas que nos son sugeridas a través de oraciones... Tenemos que crear con los familiares, sobre todo con la madre, una «urdimbre afectiva», una trama de amor y tutela. Lo que contribuya a ello y promueva nuestro desarrollo personal completo se nos muestra como un *valor*. Nada hay más valioso en esta edad que unas manos que cuidan tiernamente, unos pechos que amamantan y acogen, unos hermanos que ofrecen compañía... Estos valores son «imponentes» por lo mucho que significan para nosotros, pero no se nos *imponen*; nos dan posibilidades de juego creador de distintas formas de encuentro. A medida que el niño va asumiendo tales posibilidades de manera consciente y activa, descubre que los valores sólo se revelan plenamente a quien se les abre de modo confiado, con ánimo de asumirlos en su vida y comprometerse con ellos. Si los familiares se ayudan mutuamente, el niño intuye lo que significa el valor de la *piEDAD*. Cuando alguien le inste a ser «piadoso» con los menesterosos, sabrá por dentro a qué alude con ese vocablo. Si responde positivamente a tal apelación, ahondará en el sentido de tal valor y cobrará un aprecio mayor del mismo.

Ello le permitirá descubrir algo decisivo: *que los valores no se manifiestan a una mirada incomprometida, indiferente, sino a quienes escuchan su apelación y les abren un crédito de confianza*. Parece un círculo vicioso: Si no conozco los valores y me entusiasmo con

ellos, no veo razón alguna para acoger su invitación a realizarlos en mi vida. Pero, si no los escucho atentamente con ánimo de darles acogida, ¿cómo voy a conocerlos? Este círculo vicioso se convierte en *círculo virtuoso*, extremadamente fecundo, si tenemos la suerte de crecer en un entorno que nos facilita testimonios de que el valor *vale*, existe de verdad y constituye una fuente de posibilidades inagotables para nuestra vida personal. *El buen ejemplo nos atrae hacia el área de irradiación de los valores*. Esta es la gran tarea de los maestros. El resto lo hace el valor mismo, que no sólo existe sino que *se hace valer*, pide ser admirado y acogido. Una vez realizado, da testimonio de su valía y su eficacia para otorgar a la vida del hombre color y calor, elevación y hondura, capacidad de enriquecerse indefinidamente y colmarse de sentido.

Ahora vemos claramente que los valores se nos revelan y juegan un gran papel en nuestra existencia cuando, en vez de consagrar nuestras energías a poseer objetos e imponernos a cuanto nos rodea, nos abrimos confiados a los seres que nos ofrecen posibilidades para asumirlos de modo activo y desprendido. *Este tipo de acogimiento es la raíz de la creatividad*. Para descubrir los valores, debemos renunciar a la actitud posesiva y dominadora, y cultivar la actitud creativa. El que quiere sólo poseer se mueve en un nivel de objetos, no de valores; nivel donde impera la manipulación lineal, coactiva, no la actividad reversible, respetuosa y colaboradora.

Los valores dependen del hombre, en cuanto sólo pueden revelarse cuando son debidamente acogidos, pero ello no indica que el hombre sea dueño de los valores. Los valores resplandecen cuando el hombre se relaciona de modo creativo con las realidades del entorno. En este sentido, son *relacionales*, se muestran a quien participa en ellos. Participar es una actividad respetuosa, dialógica, colaboradora, y, como tal, se da en las diversas formas de encuentro. El que participa en una realidad –un poema, una obra musical, la vida de una persona, una institución...– sabe que su valor es algo *distinto* de él e *íntimo* a la vez. Esa realidad se convierte en el impulso último de su actividad, en cierto sentido se identifica con ella, pero ella le desborda, es distinta de él. Por eso siente ante ella un profundo respeto y sobrecogimiento.

Los valores serían *relativos* al hombre si éste tuviera el poder de crearlos y determinar arbitrariamente que lo deseado por él es por ello valioso. Si soy egoísta, tiendo a pensar que todo depende de mí, pues lo reduzco a medio para mis fines. ¿Cuál es el criterio para discernir en cada momento que lo apetecido por nosotros es de verdad «deseable» por encarnar un valor?

2. El ideal. Aquí surge ante nosotros, con su inmensa fecundidad, el concepto de *ideal*. El ideal de nuestra vida no es una mera *idea*; es una *idea dinamizadora*, pues encarna el valor que más deseamos lograr. Por eso impulsa nuestra actividad. Dicho valor, cuando constituye la

meta a la que nos llama nuestra vocación de hombres, da pleno sentido a toda nuestra actividad humana. Lo que en un instante determinado deseamos es en verdad *deseable* cuando nos permite orientarnos hacia el verdadero ideal. Al hacer la experiencia del encuentro y descubrir sus frutos, cobramos conciencia clara y firme de que *el valor supremo de la vida, el que corona todos los demás y los ensambla, como una clave de bóveda, es el valor de la unidad*. El encuentro nos hace entrar en el juego de la vida comunitaria, nos infunde energía, nos desarrolla personalmente, y, en consecuencia, nos produce alegría, entusiasmo y felicidad, con los sentimientos correlativos de paz, amparo interior y júbilo festivo. Hay fiesta cuando hay encuentro. Hay júbilo cuando la vida triunfa⁶⁶. No existe mayor triunfo que el de *crear* modos elevados de unidad con todas las realidades, sobre todo las personales.

3. La creatividad. Por *actividad creativa* podemos entender, básicamente, el hecho de asumir activamente diversas posibilidades que nos ofrece el entorno y dar lugar con ellas a algo nuevo y valioso. Esta *asunción activa* tiene lugar en el seno de las experiencias reversibles, particularmente en las que dan lugar a un encuentro en sentido riguroso. A solas no podemos ser creativos. El mejor intérprete necesita un instrumento y una partitura si quiere volver a crear una obra musical. La relación con el instrumento y, sobre todo, con la partitura y el autor de la misma no es lineal, sino reversible: ambos se ofrecen mutuamente posibilidades. Un escritor ha de encontrarse con diversas realidades, y la luz que brota en ese encuentro le ilumina el camino a seguir en la configuración de sus obras. Cada obra es un lugar de *encuentro* del autor con la vertiente de la realidad expresada en la misma.

4. Las virtudes. Como hemos visto, para crear relaciones de encuentro, debemos cumplir ciertas exigencias: generosidad, fidelidad, paciencia... Al comportarse una vez y otra de manera generosa, fiel, paciente..., y convertir estos actos en *hábitos*, vamos configurando un *modo de ser*, una especie de *segunda naturaleza*, que en griego se denominaba *êthos* (con e larga), de donde se deriva *Ética*. Hombre éticamente valioso es el que modela de tal forma su modo de ser y de comportarse que tiene la *capacidad* de crear sin esfuerzo relaciones de encuentro. Las condiciones del encuentro son las fuentes de tal capacidad. Por eso se las denomina *virtudes*, ya que en latín *capacidad* se decía *virtus*. Todavía hoy denominamos *virtuoso* de un instrumento musical a quien tiene la capacidad de crear en él *estructuras musicales* de gran valor, que suponen otras tantas tramas de interrelaciones sumamente

⁶⁶ "... La alegría anuncia siempre que la vida ha triunfado, que ha ganado terreno, que ha reportado una victoria: toda gran alegría tiene un acento triunfal" (H. Bergson: *L'énergie spirituelle* (PUF, París ³²1944) 23)

expresivas. La práctica de las virtudes es tarea de todo ser humano, pues es ley de vida *crecer*, dar a la propia personalidad el alcance debido.

5. Los vicios. Consideramos como *vicios* los modos de conducta que configuran nuestro modo de ser en tal forma que se bloquea toda posibilidad de auténtico encuentro. Son los modos de actuar contrarios a las exigencias del encuentro.

Este descubrimiento del sentido cabal de los vicios, las virtudes, la creatividad y el ideal nos permite adquirir un conocimiento penetrante de lo que es la vida humana y cómo se articulan entre sí sus distintas vertientes. Quedará de manifiesto en el próximo capítulo.

Capítulo 3

Todo en la vida pende del ideal

No resulta extraño que desde la primera guerra mundial se nos inste a cambiar el ideal. Si *el ideal de la posesión, el dominio y el disfrute egoísta* provocó la catástrofe, es evidente que debemos sustituirlo por *el ideal de la generosidad, la colaboración y el servicio desinteresado*⁶⁷. Al realizar este giro, polarizamos nuestra existencia entera en torno al valor más alto, y, en consecuencia, integramos nuestras diversas energías y ganamos un dinamismo tal que somos capaces de resolver nuestros conflictos interiores y poner la vida a la sola carta de la realización de unidad.

Un conflicto viene dado por la incoherencia de saber que somos "seres de encuentro", nos desarrollamos creando con las demás personas experiencias reversibles, y no cumplir la primera exigencia del encuentro que es ser generosos y respetar al otro en su condición de persona, no rebajarlo de nivel para manipularlo como si fuera un objeto, antes colaborar con él para que pueda desarrollarse plenamente. El que toma como meta crear modos relevantes de unidad evita toda actitud y toda acción que amenje su capacidad de crear encuentros. Por eso no se dirige al otro con altanería sino con sencillez, no con prepotencia sino con afán colaborador, y no se cierra en la soledad de su egoísmo alicorto; se abre con generosidad, desinterés y confianza.

El valor del sacrificio

Esta actitud nos libera del miedo al *sacrificio*, que consiste en renunciar a un valor inferior para conseguir un valor superior. Si renuncio a un valor, por ejemplo el que encierra una experiencia *agradable*, y me quedo en vacío, me veo frenado en mi desarrollo personal. Esa renuncia puedo sentirla como una *represión*, como la mera repulsa de una apetencia. Pero, si prescindo de ese valor para lograr uno más alto, no pienso que sufro una pérdida y bloqueo mi crecimiento personal, sino que enriquezco mi vida. Me hago, con ello, verdaderamente *responsable*, porque sé *responder* positivamente a la llamada de los valores de mayor rango. Figurémonos que me comprometo con un grupo de jóvenes a darles una conferencia. Poco después, alguien me ofrece una entrada para un concierto de categoría extraordinaria. Tengo que optar entre cumplir la palabra dada a los jóvenes y vivir una experiencia musical de altísima calidad. ¿Qué criterio he de seguir para elegir rectamente? *Jerarquizar ambos valores y escoger el más elevado*. Ambas tareas debo realizarlas en función no de mis apetencias particulares, sino del ideal de la unidad. El concierto me presentaba tres valores notables: es *agradable*, e incluso es *creativo* y *formativo*. Una interpretación excelente es una actividad creativa— pues vuelve a crear la obra como por primera vez— y *formativa*, ya que permite asistir a un proceso de configuración de una serie de estructuras vivas y expresivas. Acudir al encuentro con los jóvenes, colaborar con ellos y no dejarlos solos encierra, en este caso, un valor todavía más alto, el supremo: *crear formas elevadas, generosas de unidad*. La fuerza que irradia este valor me insta a ser *responsable*, cumplir mi palabra y acudir al encuentro. El que responde positivamente a la apelación de los valores más altos y se siente responsable de las consecuencias de esa respuesta supera la actitud indolente, incomprometida, pasiva, y se vuelve emprendedor, afanoso de tomar iniciativas en favor de la realización de tales valores.

No olvidemos que nuestra voluntad a solas es más bien débil, pero gana una energía ilimitada cuando asume un gran ideal como propio. Se subraya mucho en los últimos tiempos que la verdadera energía le viene al hombre de sus pulsiones irracionales, que tienen un gran poder de *arrastre*. Se olvida que en el nivel espiritual hay una fuente de gran energía para quienes tienen sensibilidad para lo valioso y estiman más lo que *atrae discretamente* y *enriquece* que lo que *arrastra violentamente* y *empobrece*.

⁶⁷ Cf. Romano Guardini: *Europa, realidad y tarea*, en *Obras de Romano Guardini*, I (Cristiandad, Madrid 1981) 24-27; *Europa. Wirklichkeit und Aufgabe*, en *Sorge um den Menschen (Werkbund; Würzburg 1962)* 266-270.

Cuando uno afina su sensibilidad para el encuentro y se percata de que éste se halla vinculado con el verdadero ideal de la vida humana, da suma importancia a algo tan sutil y aparentemente poco importante como es la *relación*. Si veo una persona desvalida, no me siento *arrastrado* por ella en ningún aspecto pues carece de poder para ello. Pero el valor de la *piEDAD* me hace oír su voz, me invita a ayudarlo y crear con ella una relación personal de encuentro. Al responder positivamente a esa apelación, no adquiero bienes materiales, no aumento mi poderío sobre cosas y personas, pero *estoy en relación*⁶⁸. ¿Supone esto un enriquecimiento insospechado de nuestras personas, la mía y la del destinatario de mi ayuda? El que conteste afirmativamente muestra que ha asumido en su vida el ideal de la unidad y valora como es debido lo que constituye la base del encuentro.

El pensamiento relacional agudiza nuestra capacidad de visión

Esta fina percepción del valor de la relación nos lleva a cultivar el *pensamiento relacional*, que nos permite ver las realidades del entorno de una forma mucho más profunda y llena de sentido. El pan y el vino juegan en muchas culturas, sobre todo las mediterráneas, un papel *simbólico* que los eleva muy por encima de lo que significan como alimento. Este enriquecimiento de sentido se debe al modo *relacional* de contemplarlos. Pongo en la mano un trozo de pan. Parece un simple objeto, perfectamente delimitable, situable aquí o allí, pesable, manejable, canjeable... Pero analicémoslo cuidadosamente. El pan es el *producto* de un proceso fabril, de una actividad humana *lineal*: el hombre lo produce mediante una técnica determinada, y, al hacerlo, no se ve influido a su vez por el pan, a diferencia de lo que sucede con el intérprete y la obra interpretada. Pero el pan es elaborado a base de *frutos* de la tierra, por ejemplo el trigo. El trigo no es *producido* por el agricultor, como lo es el pan; es *fruto* de una confluencia múltiple de elementos: el campesino que aprende de sus mayores el arte de trabajar la tierra y recibe de ellos unas semillas, que deposita en la madre tierra confiadamente; la tierra que acoge las semillas y les ofrece sustancias nutritivas; el océano que evapora agua; el viento que arrastra el vapor de agua; el sol que dora la mies... Cuando un cabeza de familia invita a un amigo a una comida de hermandad, y toma el pan, lo parte, reparte y comparte, el pan compartido simboliza

⁶⁸ Cf. M. Buber: *Yo y tú* (Caparrós, Madrid ²1995) 8; *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip* (L. Schneider, Heidelberg 1954) 8.

la amistad porque él ya es de por sí *fruto de una colaboración armónica que prefigura en buena medida lo que significa el encuentro humano*. Algo semejante podemos decir del vino⁶⁹.

Flexibilicemos nuestra mente y veamos los seres de nuestro entorno como fruto de una confluencia de relaciones, y nos asombrará advertir en qué grado se enriquece nuestra visión de la realidad y nuestra capacidad de crear modos diversos de encuentro. Gabriel Marcel, el eminente escritor y filósofo francés, confiesa que en su juventud tendía a ver cada persona como un caso del universal «ser humano». Pero, al tratar durante la primera guerra mundial a los familiares de los fallecidos, fue descubriendo que cada hombre, aunque sea muy humilde la función social que ejerce, es algo único, incanjeable, insustituible, por ser el fruto de un nudo de relaciones, por venir de un encuentro y estar llamado a crear toda suerte de encuentros. De hecho, está inserto activamente en una trama de relaciones estrechas y comprometidas: es hijo de unos seres concretos que vibran con él, es hermano, amigo, tal vez padre o madre, tiene determinados proyectos y deseos, cuenta con un pasado propio y se abre a un futuro que debe configurar...

Al ver las distintas realidades que componen nuestro mundo peculiar como algo *cualitativamente único*, complejo, abierto a nuevos desarrollos mediante la creación de relaciones, cobramos un inmenso respeto hacia todos los seres y aprendemos a valorar muy alto nuestra vida cotidiana, aunque sea difícil y aparentemente anodina. Ese respeto nos impide tratar a las personas como *medios para nuestros fines* y entender la relación amorosa como mera *f fuente de gratificaciones egoístas* para nosotros. Cada persona es un *fin en sí misma*, como bien explicó el genial filósofo Manuel Kant: algo cualitativamente nuevo, irrepetible, origen de proyectos y anhelos, sujeto de deberes y derechos.

La tendencia a la unidad revaloriza la vida

Esta alta valoración de la persona se incrementa todavía más cuando superamos el ideal egoísta del dominio, optamos por el ideal de la unidad y nos percatamos de que sólo con este tipo de realidades dotadas de cierta autonomía y poder de iniciativa podemos vivir experiencias *reversibles*, entre las cuales descuellan las experiencias de *encuentro*. Si el gran Beethoven hubiese adoptado en su vida una actitud egoísta, se hubiera desesperado al verse privado, en la

⁶⁹ Sobre el pensamiento relacional y su fecundidad pueden verse mis obras *Cinco grandes tareas de la filosofía actual* (Publicaciones Universidad Francisco de vitoria, Madrid ²2015) 43-80; *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores* (BAC, Madrid ⁴2003) 255-301.

madurez de sus cincuenta años, de todos los recursos que posibilitan una vida placentera. Su sordera total, su ceguera progresiva, su salud quebrantada, la penuria económica... le impedían en gran medida crear los vínculos sociales que siempre había anhelado. Pero su meta fue siempre la creación solidaria de vínculos con los demás. Según propio testimonio, la razón de su vida era transmitir a los hombres algún reflejo del mundo de sobrecogedora belleza en el que se le había concedido vivir. Eso explica que, aun alejado del paraíso perdido de la sonoridad, siguió dando al mundo un legado de belleza sobrecogedora, y, en el momento más desconsolador de su vida, se retiró a una aldea austríaca para «rendir un homenaje de agradecimiento y alabanza al Supremo Hacedor». El fruto de tal retiro fue una obra cumbre –la *Missa solemnis*–, que expresa de forma impresionante la vinculación rendida de la humanidad al Creador. En la misma línea de apertura generosa a los demás, en la *Novena Sinfonía* nos hace sentir la inmensa alegría que suscita la actitud de solidaridad de los hombres entre sí y con «el Padre amoroso que habita por encima de la carpa de las estrellas», como proclama Schiller en su *Oda a la alegría*. Ya en su Testamento de Heiligenstadt, había recomendado Beethoven a sus hermanos que educasen a sus hijos en la virtud, pues «ella fue la que a mí me levantó de la miseria; a ella, además de a mi arte, tengo que agradecerle no haber acabado con mi vida a través del suicidio»⁷⁰.

El ideal de la unidad nos lleva a adoptar una actitud *justa* frente a la realidad, a respetarla y colaborar con ella, establecer una escala de valores *ajustada* al rango de cada uno, valorar debidamente la vida y sus acontecimientos con independencia de los avatares del momento. El ideal que adoptamos en la vida actúa en nuestro espíritu como una clave musical que decide el sentido de todas las notas de la partitura. Así, las actitudes que adoptamos en la vida cobran valor positivo o valor negativo según sea el ideal propuesto. Por ejemplo, si el ideal de la unidad constituye la meta de mi vida, considero la *fidelidad* como un *valor*, porque me ofrece posibilidades para lograr ese fin, y como una *virtud*, pues contribuye a formar mi personalidad de tal modo que me resulta fácil establecer relaciones de encuentro. En cuanto abandone el ideal de la unidad y me oriente hacia *el ideal egoísta de servirme a mí mismo*, acumulando poder y dominio para saciar mi afán de complacencias, tomaré la *fidelidad* como un *antivalor* y un *vicio*, ya que me impide realizar los cambios que me prometen gratificaciones nuevas e incesantes. En este caso, lo que tendría valor para mí sería la *volubilidad arbitraria*.

Con razón, el pedagogo alemán Josef Kentenich centró la tarea formativa en torno al

⁷⁰ Una traducción directa del original alemán de este Testamento puede verse en mi obra *Poder formativo de la música. Estética musical* (Rivera editores, Valencia ²2010) 301-303.

logro del «ideal personal» y el «ideal comunitario». «Como psicólogo –escribe– puedo subrayar en principio que el secreto de la maduración de los jóvenes radica en el desarrollo del ideal personal»⁷¹. «El verdadero educador es hombre de un solo pensamiento». «Hay que educar hasta conseguir que el ideal se convierta en algo operativo, casi fascinante»⁷².

Elegir en virtud del ideal de la unidad otorga libertad interior y nos hace tolerantes

Actualmente, el concepto de *libertad* se halla empobrecido de forma alarmante tanto en los países occidentales como en los orientales⁷³. Suele entenderse por libertad la mera *falta de trabas*, la desvinculación de toda instancia rectora y normativa. Esta forma de libertad nos pone en franquía para permitirnos toda suerte de iniciativas sin la menor limitación. Con ello nos parece adquirir una forma de *autonomía integral, absoluta*, opuesta a todo tipo de vinculación a algo o alguien que tenga poder de configurar nuestra vida en algún aspecto.

Este concepto de libertad y autonomía se adapta perfectamente a la voluntad del hombre moderno de autoabastecerse, valerse por sí mismo, regir su vida y conducta desde dentro de sí mismo, sin necesidad de recurrir a seres que, por ser distintos de él, parecen serle distantes, externos, extraños y ajenos. Este ajuste a la pretensión de *autonomía sin límites* prestigió de tal manera esa idea de libertad que la convirtió en un "término talismán", un vocablo que apenas nadie osa poner en tela de juicio.

- Podremos estar subyugados por la fuerza de los instintos, la ambición de poseer, la tendencia a entregarnos al halago de los diferentes procesos de "vértigo"... , pero nos consideramos seres libres *si podemos decidir arbitrariamente nuestra conducta*.

⁷¹ Cf. *Ethos und Ideal in der Erziehung* (Schönstatt. Vallendar 1972) 186-7. Cf. asimismo, J. Kentenich: *Pedagogía para educadores católicos* (Nuevo Schönstatt, Buenos Aires 1995) 149-167.

⁷² Cf. o. c., 197. El término "fascinante" ha de ser entendido aquí en el sentido positivo de "entusiasmante". Lo que *entusiasma* eleva el ánimo, clarifica la inteligencia y promueve la libertad interior. Lo que *fascina* -extendido en sentido riguroso- arrastra, insta a no pensar, anula la capacidad de iniciativa.

⁷³ Los países europeos privados de libertad política y personal durante la dictadura comunista se sienten ahora defraudados ante la concepción de la libertad que les ofrece Occidente. "¿Cuál es la causa de nuestra decepción? –escribe el Cardenal F. Macharski, arzobispo de Cracovia–. Nos unimos a los países libres, los países de Europa occidental, y vemos una civilización sometida a la divisa: "*Vivamos como si Dios no existiera*". Y se nos anima a aceptar ese estilo de vida como pasaporte para Europa. Además, observamos los mismos síntomas y opiniones en nuestra tierra, en nuestras sociedades». Cf. Paul Poupard: *El horizonte de la libertad* (Ciudad Nueva, Madrid, 1994) 31. Véase, asimismo, R. Buttiglione y otros: *Cristianismo y cultura en Europa*, Rialp, Madrid 1992.

- Careceremos de libertad interior, de la capacidad de configurar nuestra vida conforme a las exigencias más íntimas de nuestra realidad personal, pero seguiremos proclamándonos libres *con tal de poder actuar sin la menor cortapisa externa o interna*.

Con ello el concepto de libertad queda privado de un contenido *positivo*. Debemos recuperar la energía constructiva de la libertad, su poder de crear espacios de desarrollo personal. Hemos de apresurarnos a concebir la libertad como el poder de unirnos fecundamente a lo valioso trascendente, lo que trasciende el área de nuestro yo solitario, no de aislarnos de cuanto pueda encauzar nuestra acción.

Para ello debemos aprender a pensar de modo *relacional* y vernos como seres que adquieren toda su *solidez* de personas cuando se *abren* a realidades de su entorno que les ofrecen posibilidades de juego creador. El origen de todas las posibilidades que pueden ofrecerse al hombre es el Creador, que, al *llamarnos* a la existencia e instarnos a *responder positivamente*, abre el *ámbito de la libertad*, el espacio de la relación *yo-tú*, en el cual vivimos como personas y adquirimos madurez. Por eso el hombre no se entiende a sí mismo, no comprende el sentido de su existencia sino en relación con el Ser Supremo. Con razón afirmó Sören Kierkegaard, como hemos visto, que "el hombre es una relación que se relaciona consigo misma y con el Poder que la sostiene"⁷⁴. En esa línea escribió Guardini el opúsculo que marca la dirección y el sentido de toda su producción: *Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre*⁷⁵.

Puede decirse con todo rigor que Dios es la fuente de la verdadera libertad humana, *vista de forma positiva, creadora de los vínculos que tejen la trama de la personalidad del hombre*. Cuando, por un concepto empobrecido de libertad, el ser humano rompe amarras con el Ser Infinito y se entrega al *anarquismo moral*, provoca una "catástrofe antropológica" (Card. Macharski)⁷⁶. El ejercicio de una libertad vacía y desnutrida, por cuanto se alimenta del mero afán de desvincularse y promover modos de vida desarraigada, deja al hombre desvalido, entregado a todas las potencias de la ambición de poder.

Nuestra libertad se nutre y hace adulta, fuerte y poderosa cuando nos lleva hacia el bien, nos entusiasma con él, lo asume como una voz interior y un principio de acción. El bien, como la belleza y la bondad, no nos arrastra o coacciona; nos atrae, nos ofrece una vida de plenitud. Escuchar su apelación y ajustar la vida a ella supone que uno dispone de *libertad interior*. Es

⁷⁴ Cf. *De la enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado* (Guadarrama, Madrid 1969) 61.

⁷⁵ Cf. *Quien sabe de Dios conoce al hombre*, PPC, Madrid 1995. Versión original: *Den Menschen erkennt nur wer von Gott weiss*, M. Grünwald, Maguncia ²1965.

una forma de libertad *responsable*, capaz de *responder* gustosamente a la llamada de lo valioso, lo que ofrece posibilidades de vida creativa, plenamente personal.

La gran tarea actual de Europa es defender y vivir la libertad como un poder de "obligarse" a todo lo grande, lo valioso, lo incondicionalmente válido. Lo más válido en la vida humana es *el ideal de la unidad*. Cuando llegamos a la convicción íntima de que el valor supremo de la vida, la fuente más elevada de posibilidades creativas, consiste en *fundar los modos más valiosos de unidad con cuanto nos rodea*, damos un paso de gigante hacia nuestra realización como personas. No empezamos a ser libres de verdad cuando optamos por una acción sencillamente porque nos agrada, sino cuando tomamos distancia de nuestras apetencias y elegimos en virtud del ideal de la unidad. El ideal verdadero de nuestra existencia humana se nos *impone* en cuanto es *imponente*, admirable por su valor, desbordante de posibilidades en orden a nuestro desarrollo personal. Es el *bien* del hombre por excelencia. El hombre se *humaniza*, logra su plenitud de posibilidades como tal, cuando se vincula operativamente al bien, se «ob-liga» a él, lo toma como el principio y la meta de su obrar.

Al hacerlo, el hombre se siente esponjado, libre –en sentido de abierto a la propia realización–, y desbordante de luz y alegría. La sumisión al bien es el comienzo de la verdadera independencia. Por eso tiene pleno sentido recomendar a los hombres, como San Pablo, que *no se cansen de hacer el bien*" (2 Tes 3,14).

Esa entrega al bien, al ideal de la unidad, nos da elevación de miras, independencia de criterio respecto a nuestras ideas y las de los demás, firmeza interior, estabilidad emocional, tenacidad en la configuración perfecta de nuestra personalidad. Por eso *nos libera de la reclusión infecunda en el subjetivismo y el relativismo*.

Debemos celebrar que exista el bien, el ideal, el Ser Supremo que fijó el *ordo rerum* y nos marca la vía de la perfección a través de la llamada *ley natural*, que es la conciencia de lo recto, lo adecuado a la realidad. El subjetivismo parece enaltecer al hombre porque le concede una apariencia de autarquía autosuficiente. Pero, en realidad, achica su campo de acción, el campo de las relaciones que lo nutren, y le quita relieve, densidad, capacidad de vivir en plenitud⁷⁷.

⁷⁶ Cf. P. Poupard: *El horizonte de la libertad*, o. c., 33.

⁷⁷ Acerca del bien, la conciencia y la superación del subjetivismo relativista, escribió Romano Guardini páginas memorables. Véase, por ejemplo, *Das Gute, das Gewissen und die Sammlung*, Grünewald, Maguncia ⁵1962; *El bien, la conciencia y el recogimiento*, en *La fe en nuestro tiempo* (Cristiandad, Madrid 1965) 116 ss.

Cuando dejamos de lado nuestra *verdad de hombres*, seres finitos, contingentes, extremadamente limitados pero religados a toda suerte de seres que nos trascienden –cosas, personas, instituciones, valores de todo orden, el Ser Supremo–, devaluamos nuestra realidad personal, perdemos la libertad interior, la independencia respecto a las cosas, las personas, los planos inferiores de nuestro ser, las ideas empobrecidas, y nos convertimos fácilmente en esclavos de tendencias destructivas, malentendidos perturbadores, afanes inmoderados de poder.

Capítulo 5

La libertad humana y la vinculación a lo valioso

"No busques una liberación que te lleve lejos de la casa del libertador" (San Agustín)

Los análisis realizados en los capítulos anteriores nos permiten abordar ahora con la debida lucidez y transparencia uno de los temas que deciden la marcha de la vida humana: *la relación entre la libertad y la verdad*. Es decisivo para la formación de las personas que acierten a *ver por sí mismas* la razón profunda por la que se afirma que *la verdad nos hace libres*. Sólo esa capacidad de ir a la raíz de tal afirmación les permitirá dar a su libertad personal todo su alcance y su fecundidad⁷⁸.

Al reflexionar sobre nuestra vida, advertimos que tenemos la *independencia* propia de un «yo», pero nos vemos al mismo tiempo *vinculados* a normas, preceptos, leyes, personas, instituciones, la tradición histórica, valores de todo orden... Esta relación vinculante pertenece a

⁷⁸ Con su gran sentido para atender a lo esencial, Juan Pablo II consagró una densa encíclica –*Veritatis splendor*– a subrayar la vinculación ineludible entre *libertad y verdad*, *libertad y ley* y a poner de manifiesto que, para discernir el bien del mal y descubrir lo que debemos hacer, hemos de abrirnos «al esplendor de la verdad que brilla en lo más íntimo del espíritu humano» (o. c., n. 2 a, 4 b). En el pensamiento antiguo y medieval se definía la belleza como «splendor veritatis», «splendor ordinis», «splendor formae» (el resplandor peculiar que irradia la verdad, el orden, la forma). El que está familiarizado con la riqueza sorprendente de tales formulaciones capta fácilmente el largo alcance del pensamiento expuesto por el Papa en este escrito. Es de temer, sin embargo, que la sociedad actual –tan alejada, lamentablemente, de los autores clásicos– sea incapaz de vibrar ante su mensaje de fidelidad a lo real. Este tipo de pensamiento tan profundo como decisivo para la vida humana, reclama hoy, indudablemente, una nueva forma de expresión. En el presente capítulo quiero contribuir un tanto a configurarla, y ayudar así a la comprensión viva de buen número de escritos eclesiásticos.

la realidad plena del hombre, tal como se nos *manifiesta* inequívocamente a lo largo de la vida. Esa *manifestación clara* de nuestra realidad constituye nuestra *verdad* de hombres. ¿Puede coordinarse la vinculación y la independencia, la libertad y la verdad?

Es ésta una cuestión decisiva en nuestra formación como personas. Si damos por supuesto, como es frecuente, que entre libertad y verdad existe una relación *dilemática*, de modo que debemos escoger entre la una o la otra, no podemos desarrollar normalmente nuestra vida personal. Tal malentendido nos impide crear una relación fecunda con la realidad y fundar la serie de encuentros que nos hubieran permitido vivir como personas, desarrollarnos y madurar como tales. Pero ¿basta formular estas ideas de la forma que acabo de hacer para que las gentes las comprendan interiormente y les sirvan de *clave de orientación* en su vida? Es de temer que no.

Para llenar de contenido estas formulaciones, debemos ver en pormenor

1. qué significa ser libre y qué formas de libertad han de considerarse como auténticas;
2. a qué se alude exactamente con la palabra «verdad» y con el término «esplendor» cuando se habla del «esplendor de la verdad».
3. qué tipos de unión pueden establecerse entre el ser humano y las realidades de su entorno;
4. cómo pueden vincularse fecundamente la libertad y la verdad, la libertad y la ley.

La libertad humana y sus formas

El hombre actual estima profundamente la libertad y suele dar por consabido que posee el derecho inalienable a ser libre *de forma absoluta e incondicionada*. El término «libertad» presenta actualmente la condición de «talismán» ya que está rodeado de un prestigio tal que parece identificarse con la dignidad humana y apenas hay quien ose pensar –y menos afirmar– que pueda ser sometido a algún tipo de limitación⁷⁹. Se interpreta *ser libre* como *estar liberado de toda suerte de trabas: físicas, psicológicas, sociales y espirituales*.

Esta suposición vuelve a las gentes hipersensibles en cuanto a la defensa del carácter *ilimitado* de su libertad. Al oír que *la libertad debe estar vinculada a la verdad*, temen que tal vinculación restrinja en alguna forma su capacidad de actuar libremente. Y esta restricción la rechazan por principio, sin detenerse a examinar si algún tipo de libertad puede coordinarse

⁷⁹ El significado de los conceptos "talismán" es expuesto en mi obra *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid 1998.

provechosamente con alguna forma legítima de entender la verdad. Hace algún tiempo, varios periodistas muy cualificados sintieron agredida su *libertad de expresión* por el hecho de que en el estudio radiofónico donde celebraban una tertulia figurara un recuadro con la frase evangélica: «La verdad os hará libres» (Jn 8,32). Sin duda pensaban que su libertad es un don innato que no *depende* de nada ni de nadie. Malentendidos de este género nos impiden descubrir la forma de ser libres plenamente y desarrollar nuestra personalidad del modo debido.

A menudo se toman los vocablos «verdad» y «libertad» de forma superficial, poco matizada, y se los enfrenta entre sí de modo dilemático. Este error inicial cierra toda posibilidad de constatar por uno mismo el enriquecimiento insospechado que experimenta la *libertad* humana cuando entra en relación viva con la *verdad*, rectamente entendida como el modo de ser del hombre visto en su plenitud de implicaciones.

Cada persona es un «yo». Poder decir «yo pienso así, yo decido esto, yo actúo de tal y tal forma...» supone una increíble soberanía; significa que puedo situarme *en-frente* de todo cuanto existe, incluso mi realidad misma, mis progenitores, el Creador que dio origen al universo entero. Puedo tomar partido ante todo ello a favor o en contra. Soy capaz de tomar distancia frente a los seres más queridos y decidir unirme entrañablemente a ellos o alejarme. Este poder de «distanciamiento» frente a cualquier estímulo y cualquier realidad implica una capacidad de iniciativa libre. La grandeza de esta potencia natural lleva a muchas personas a pensar que su libertad es absoluta, *ab-soluta*, desligada de toda realidad.

Para superar este error, que tergiversa de raíz lo que somos y lo que estamos llamados a ser, hemos de considerar que, si tenemos conciencia de ser un *yo*, también sabemos que venimos de un *acto amoroso* de nuestros padres, que nos han incluido en su proyecto de vida matrimonial y nos han *llamado* a la existencia. De ahí que nuestra vida consista en *responder activamente* a tal llamada, creando nuevas formas de encuentro. Nuestro ser de personas es, pues, *relacional*, tiene *relieve*, es más un *ámbito de vida* que un ser *aislado*, *individual*. Por estar insertos, desde antes de nacer, en una trama de relaciones de todo orden, *somos locuentes*, podemos oír una llamada y darle respuesta. Según algunos teólogos contemporáneos, Dios creó las realidades inanimadas, las vegetales y animales, *mandándoles* existir: "Hágase la luz, y se hizo la luz". Pero al ser humano lo creó *llamándole por su nombre*⁸⁰.

Si tenemos en cuenta esta forma de ser relacional, "verbal", locuente, del hombre, descubriremos que la grandeza de ser un "yo" no debe llevarnos a adoptar actitudes prepotentes,

⁸⁰ Véase, por ejemplo, R. Guardini: *Welt und Person* (Werkbund, Würzburg 1950) 113. Versión española: *Mundo y persona* (Cristiandad, Madrid ²1967) 212.

como si el poder de tomar cierta distancia frente a cuanto existe y en-frentarse a ello implicara autosuficiencia, libertad para poseerlo todo y dominarlo. Al contrario, esa distancia y esa libertad significan la capacidad de *unirnos profundamente* a nuestra realidad y a todas las realidades de nuestro entorno. Sólo el ser libre puede entrañarse en las realidades circundantes, y tanto más cuanto más elevadas sean éstas cualitativamente. Nuestra lucidez de seres espirituales -y, por tanto, inteligentes- ha de servirnos, no para emanciparnos de toda relación con las realidades a las que estamos radicalmente vinculados, sino para sentirnos consciente y libremente enraizados en ellas, «ob-ligados» nutriciamente a ellas⁸¹. Al aceptar gustosamente *este tipo de obligación*, damos a nuestra vida un giro extraordinariamente benéfico. Aquí se juega el sentido de nuestra existencia como personas.

Una persona se siente libre en lo más profundo de su ser cuando descubre y asume activamente la trama de relaciones y ámbitos de todo orden en la que está inserto y que constituye su «mundo», podríamos decir su «yo total», su «yo relacional». Tú y yo vivimos como personas libres cuando

- nos sentimos vitalmente religados a tales relaciones y ámbitos y colaboramos a mantenerlos y fundar otros nuevos;
- experimentamos por propia cuenta que la vida personal se desarrolla creando ámbitos de vida comunitaria;
- nos hacemos cargo de que hallarse inserto en una trama de relaciones condiciona nuestra acción, y este condicionamiento limita nuestra capacidad de actuar a nuestro antojo pero a la vez encauza nuestra actividad y nos da seguridad y confianza;
- asumimos ese cauce interiormente como una fuente de posibilidades de actuación y lo consideramos como un principio impulsor sumamente fecundo;
- estimamos como un bien para nosotros estar atentos a cauces, normas y preceptos que nos marcan la vía para nuestro pleno desarrollo.

Esta libertad vinculada, *ob-ligada*, ahormada en un cauce fecundo es una libertad *plena*, porque nos lleva a *pleno logro como personas*. La libertad que considera toda clase de *vínculos* como una *traba* y procura deshacerse de ellos por principio es una libertad *vacía*. «¿Y qué voy a hacer yo con toda esta libertad?», exclamó Matthieu, protagonista de *El aplazamiento* (de J.P. Sartre), cuando desertó del ejército y se vio desambulando solo por una ciudad polarizada en

⁸¹ Recuérdese que el prefijo *ob* refuerza en latín la significación del verbo. En este caso indica que se trata de una vinculación profunda, comprometida radicalmente.

torno a la defensa de la patria invadida⁸². La libertad verdadera es la que nos *libera* de la reclusión egoísta en nosotros mismos y nos liga (*ob-liga*) a realidades exteriores que pueden hacérsenos íntimas.

La verdad del hombre

Al descubrir que estamos entramados en un tejido de relaciones que constituye nuestro "ámbito de vida", nuestro peculiar mundo personal, se nos patentiza nuestra forma *relacional* de ser. Tal *patentización luminosa* constituye –según ya indicamos– nuestra *verdad personal*. Considerada *en abstracto*, la verdad del hombre parece algo lejano a nuestro ser. Vista *en concreto*, adquiere rostro, se nos revela como una serie de realidades entreveradas que nos ofrecen un sinfín de posibilidades de vida. Nuestros padres, la familia en que hemos nacido, la sociedad a que ésta pertenece, el lenguaje materno, las obras culturales de nuestra tradición, los valores éticos, estéticos y religiosos que forman el tejido de nuestra vida espiritual... son realidades que nos invitan a recibir activamente las distintas posibilidades que nos ofrecen. Esa forma de *recepción activa* constituye la quintaesencia de la *actividad creadora*.

Ser libre consiste en tener *capacidad de iniciativa* para tomar como propias las posibilidades que nos otorga una realidad distinta de nosotros y en principio distante, externa, extraña y ajena. Al hacerlo, tal realidad se nos vuelve *íntima* sin dejar de ser *distinta*. Esa intimidad fructífera constituye un modo de *participación*. Hay modos de participación que no engendran intimidad alguna. Varias personas comparten una tarta, participan de ella. Al tomarla, la tarta desaparece, no se une con quienes la comen para formar un *campo de juego* común. La tarta es distinta de ellos y no se vuelve nunca íntima. Sencillamente, es asimilada como un alimento y pierde así su identidad, desaparece como realidad independiente. No sucede esto cuando varios músicos interpretan una obra. Esta es, en principio, distinta y externa a ellos. Pero, en cuanto la asumen como propia y la vuelven a crear, participan de ella, crean con ella un campo de juego renovado, en el cual enriquecen ellos su condición de artistas y la obra cobra un modo renovado de existencia.

De este modo, las realidades que constituyen el "mundo" propio de cada persona, su «verdad», dejan de serle externas y extrañas para hacérsele *íntimas*, aun siendo distintas de ella. Esa persona es libre plenamente cuando gana esa *intimidad* y amplía con ello su «ámbito de

⁸² *Los caminos de la libertad. II. El aplazamiento* (Losada, Buenos Aires ⁵1967) 327. «Todas las amarras estaban cortadas, nada en el mundo podía retenerlo: eso era la horrible, horrible libertad» (o.c., 328).

vida», su trama de interrelaciones fecundas. Si alguien se *aleja* de esas realidades y pierde la multitud de posibilidades que le ofrecen en todo momento, se incapacita para realizar actividades que lo desarrollen como persona, y en la misma medida se siente inerte, desvalido, falto de toda iniciativa creadora. No es capaz de *responder* a la invitación que le hacen las realidades circundantes y se queda cerrado en sí, aislado, achicado en sí mismo, como el asmático que está rodeado de aire por todas partes pero no puede aspirarlo. Ese cerco anula toda auténtica *libertad interior*. El asmático no es *libre para respirar*. El hombre recluido en sí mismo no es *libre para ser creativo*, asumiendo activamente las posibilidades que le vienen ofrecidas *desde fuera* y que se convertirían en *íntimas* si las tomara como principio eficaz de su acción.

El hombre verdaderamente libre *depende* de las posibilidades que recibe, pero este tipo de *dependencia* no limita su capacidad creativa, la hace posible; no frena su desarrollo personal, lo incentiva; no lo recluye en una soledad asfixiante, le permite crear campos de juego y despliegue personal.

Cómo vivir personalmente la vinculación de verdad y libertad

Para fundamentar la vida ética es decisivo que cada persona vea por dentro y tempranamente cómo es posible que la *dependencia* de ciertas realidades sea para él una fuente inagotable de verdadera *libertad interior*, *libertad creativa*. Para ello, la única vía es realizar experiencias *reversibles* –de doble dirección–, en las cuales una realidad distinta y en principio distante, externa y ajena a nosotros se nos torna íntima sin dejar de ser distinta.

1. La experiencia reversible de interpretación de un poema

Aprende un poema de memoria, recógete y declámalo con intención de poner al descubierto todas sus riquezas. Recuerda, por ejemplo, las famosas estrofas de las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique:

*"... Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir;
allí van los señoríos,
derechos a se acabar
y consumir (...)*

Cambia el ritmo de la declamación, marca debidamente los acentos, subraya las aliteraciones (el susurro de las s, la fluencia de las r ...). A medida que vayas esforzándote en dar al poema su expresión perfecta, observarás que es él quien te ilumina en esa tarea y te impulsa a seguirla; tú *movilizas una gran energía* al tiempo que *te sientes llevado*; te mueves con *libertad* y sigues el *cauce* trazado por la obra; eres *autónomo* en las decisiones que tomas y tienes conciencia de ser absolutamente *fiel* a la obra.

Al cabo de poco tiempo, sentirás que el poema -en principio, distinto de ti y distante, externo y extraño- se va convirtiendo en íntimo, sin dejar de ser distinto. Lo asumes como una voz interior, como el principio mismo de tu obrar. Y, dado que no hay nada más íntimo que lo que nos impulsa y da sentido, entre ti y el poema se genera un tipo de unidad entrañable. Has entrado en juego con el poema y ya no estás *fuera* de él, ni él de ti. Ambos habéis creado un *campo de juego* común. En éste no se da ni fusión ni alejamiento entre quienes lo instauran. Al re-crear el poema como si fuera tuyo y modelarlo con libertad y fidelidad a la vez, te ves muy *unido* a él pero no *perdido embriagadoramente* en su trama expresiva. No estás *fusionado con él*, sino *integrado*. Esta integración fecunda os enriquece a ambos, a ti y al poema: éste gana una existencia plena, existe de nuevo realmente, no sólo virtualmente, como sucede cuando se halla sólo expresado en el libro; tú te conviertes en un ser creador de formas poéticas.

La *fidelidad* al poema la vives interiormente como una fuente de realización *libre* de tu personalidad. Al consagrarte a dar vida a una realidad en principio distinta de ti y externa, no te enajenas o alienas, porque no sirves a un objeto que será siempre distante y ajeno a ti, sino a una instancia que te ofrece posibilidades de realización personal y se convierte en íntima cuando la asumes activamente.

El poema surge como tal a la vida literaria en el acto de ser asumido por alguien capaz de poner en juego los recursos que albergan sus versos. El declamador tiene el poder de infundir vida al poema. Pero esa facultad creadora la recibe en buena medida de él. Se trata de una *acción reversible*, que nos adentra en un mundo de relaciones desconocidas en el plano de las acciones *lineales*, las que van de un sujeto a un objeto que sufre el efecto de las mismas pero no reacciona activamente ante ellas. Si empujo un bolígrafo, realizo una acción que va de mí, como sujeto, al bolígrafo, como objeto, y se queda en éste. Es una acción elemental, que apenas presenta riqueza alguna de interrelaciones. Pero, si configuro una obra musical o un poema, éstos me configuran en buena medida a mí. Se trata de una interrelación compleja y fecunda. El que pertenece a una organización y participa de su vida interior influye sobre ella, pero él es

influido a su vez por su dinamismo peculiar. Son experiencias reversibles, en las cuales no se *manejan objetos*; se *vuelven a crear obras dotadas de iniciativa*, es decir, *ámbitos*⁸³.

2. La experiencia reversible de interpretación musical

Una experiencia semejante a la del poema puede hacerse con una canción. Al oírla por primera vez, sientes que es una realidad distinta de ti, externa y ajena. Basta que la aprendas, la asumas como propia, la vuelvas a crear una y otra vez para que se te vuelva íntima, hasta el punto de que te acompañará interiormente como algo muy propio. Ese modo de *participar* en algo distinto que te ofrece posibilidades creativas que puedes agregar a las que ya posees implica *compromiso personal, voluntad de colaboración, estima de lo que presenta un valor, valor que se revela* en las posibilidades de realización personal que otorga.

Esta experiencia reversible, extraordinariamente fecunda por ser creativa, se vive todavía con mayor intensidad y provecho pedagógico cuando se interpreta una obra musical de mayor complejidad y riqueza. En el proceso de aprendizaje de una obra se dan una serie de interrelaciones sumamente expresivas que, bien analizadas, arrojan luz para comprender a fondo la *clave de la vida ética*: cómo vincular la libertad a la verdad. Oigamos a un coro cantar una obra polifónica, por ejemplo la conocida *Ave María* de nuestro inmortal Tomás Luis de Victoria. Cada una de las cuatro voces es independiente de las otras, canta su melodía de forma autónoma, sin que nadie pueda condicionar su andadura. Pero, cuando una de ellas rompe a cantar, lo hace con la seguridad que le otorga saber que se adentra en un campo de juego que la impulsa y da sentido. Intuye que no actúa sola; canta con independencia, pero vibra con las otras voces, las apoya y es apoyada por ellas con el fin de fundar espacios sonoros de gran belleza y expresividad. Las distintas voces gozan de una individualidad bien definida, y la afirman y despliegan a lo largo del canto, pero a cada instante descubren gozosamente que esa identidad propia sólo tiene valor dentro de un campo expresivo común. Este campo de juego artístico las acoge una a una, les ofrece un espacio de *libre despliegue* al tiempo que es configurado por ellas. Un cantor es *libre creativamente* cuando se *responsabiliza* de su melodía y lo hace con

⁸³ Es muy interesante notar que las experiencias *reversibles* son experiencias de *juego creador*. Comprender bien lo que implica el juego, entendido, no como mera diversión, sino como una actividad que asume las posibilidades abiertas por el reglamento mismo, es decisivo para aprender el arte de pensar con rigor. Lo expuse ampliamente en la *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura* (Rialp, Madrid ³1998) 40-183.

absoluta *fidelidad* a la obra interpretada. La libertad de actuar a capricho no contribuiría a *re-crear* la obra; más bien la destruiría. No sería una forma de *libertad creativa*.

Resulta sobremanera sugestivo pensar que las voces van instaurando un campo de juego musical a medida que avanzan en su canto merced al impulso y al sentido que les concede el campo expresivo que ellas fundan. He aquí un ejemplo modélico de *experiencia reversible* que nos abre a un tipo de realidades de una flexibilidad, una solidez y una riqueza sorprendentes. Insistamos algo más en su conocimiento.

Las diferentes voces entran y salen en el campo de juego musical que van configurando con libertad y soltura, como quien se mueve en un hogar confiado. Ellas tejen la composición, la estructuran, le dan cuerpo sensible. Pero el poder para hacerlo les viene de la obra misma que están configurando. Por eso cada cantor se siente libre al entonar su melodía dentro del cauce que le marca la obra conjunta. De ahí su profunda vinculación a las demás voces y a la obra que entre todas interpretan. Esta *vinculación* entraña una forma de *obligación*. Cada voz se siente *obligada* a las demás y a la obra, *ligada* radicalmente, de raíz, como la planta a la tierra nutricia. Este modo de *obligación* no implica *sumisión coaccionante*, sino *unión a las fuentes de la propia vida*. Esta idea de la obligación abre perspectivas luminosas para orientar debidamente la vida⁸⁴.

3. La experiencia reversible de interpretación artística

Una pequeña escultura del gran Auguste Rodin nos presenta dos manos grabadas en bronce. Las dos son manos derechas, una de varón y otra de mujer. Están prontas a ensamblarse y formar un *espacio de acogimiento*. El autor tituló esta obra "La catedral". Para entender genéticamente este título, debemos revivir, con imaginación creadora, el proceso de acercamiento de los ámbitos de vida que simbolizan las dos manos y el proceso de construcción de un templo catedralicio.

Pensemos, por ejemplo, en una catedral gótica. En ella, diversas columnas se alzan desde lugares diferentes, ascienden a lo alto, y, al ganar cierta altura, se bifurcan para entretrejerse en la bóveda y formar una trama de nervaduras, que contrarrestan las cargas del techo y las derivan hacia las columnas y los arbotantes. Al realizar esta función estructuradora,

⁸⁴ Un análisis pormenorizado de la experiencia de interpretación musical puede verse en mi obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, o. c., 105-111.

estos elementos -columnas, nervios, bóveda...- fundan un *espacio físico unitario*, acogedor y bello. Al reunirse en él y crear un *campo de juego espiritual*, los creyentes transforman el *espacio físico* en *espacio lúdico*, en campo de encuentro religioso, en "ámbito".

En una obra denominada *La catedral*, dos manos que se dirigen hacia lo alto y se acercan la una a la otra acogedoramente van buscando la clave de bóveda del gran edificio que es el *hogar*. La catedral es el lugar por excelencia del encuentro espiritual de los creyentes. Considerar como una catedral la unión de un hombre y una mujer, simbolizados por su mano derecha, supone una idea muy alta del amor conyugal, sentimiento que acerca al hombre a las fuentes de la vida, y lo hace partícipe del poder creador del Ser Supremo.

Vista la obra de Rodin, no como un *objeto estático*, bello pero carente de iniciativa, sino como un *ámbito de realidad* que nos ofrece diversas posibilidades de interpretación de la vida humana, la asumimos activamente como propia, la re-creamos en su génesis, la convertimos en algo *íntimo* sin dejar de sernos *distinta*. La verdad de lo que es el hombre como *ser de encuentro* resplandece en esta joya artística y es convertida en un *principio interno de luz* que nos guía en la configuración libre de nuestra vida⁸⁵.

4. La experiencia reversible de interpretación arquitectónica

Entro en el claustro de un monasterio. Tras admirar los capiteles de sus columnas y la elegante estructura de sus bóvedas, me pongo a recorrerlo pausadamente, con el ritmo que me marcan discretamente las columnas y los arcos. Al hacerlo, *asumo activamente* –creadoramente– la esencia de este logro arquitectónico. Los claustros son el corazón de los monasterios, pues todos sus caminos pasan por ellos. Para comprenderlos e interiorizar su *mensaje formativo*, no basta verlos y analizarlos intelectualmente; hay que vivir el *ámbito de paz* que se crea al andar con sosiego en un espacio debidamente ordenado mediante las leyes del arte.

Vivido de esta forma, el claustro agrega a su condición física una condición *lúdica*, y se convierte en un *ámbito*, con el que podemos entreverar nuestro ámbito personal. Este

⁸⁵ Sobre la estructura de la experiencia artística y su capacidad educativa, puede verse mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*, o.c.

⁸⁵ Sobre la estructura de la experiencia artística y su capacidad educativa, puede verse mi obra *La experiencia estética y su poder formativo*, o.c.

entreveramiento da lugar a un *encuentro*, y, en éste, el claustro y nosotros dejamos de ser externos y ajenos para hacernos *íntimos*⁸⁶.

5. La experiencia reversible de apertura a la naturaleza

Huelo el perfume de una flor y no me empasto con él; no me entrego embriagadoramente a su encanto, sino que, al tiempo que disfruto del agrado que me produce, tomo cierta distancia de él y lo veo como la forma típica de *expresarse* la flor, y ésta la considero como el *pleno logro* de la planta, a la que contemplo *enraizada* en la tierra, *abierta* por todos sus poros a la energía solar y al poder vivificante del agua, *relacionada* con otras plantas, con los insectos transmisores del polen, con las leyes que rigen la ecología del universo... En principio, el perfume me viene *de fuera*, pero, en cuanto percibo cuanto implica, me veo llevado a vibrar con todo el universo, en el que me hallo instalado activamente por cuanto soy un "ser-en-el-mundo". Esa vibración constituye una forma de *unidad* muy elevada, que supera la escisión que había entre mí, como sujeto contemplativo, y la naturaleza, como realidad contemplada.

6. La experiencia reversible de una amistad personal

Cuando conocemos a una persona por primera vez, ésta es para nosotros una realidad distinta y distante, externa, extraña y ajena. Si entramos en relación de trato con ella y *creamos* relaciones cordiales, podemos en cierto tiempo llegar a ser *amigos íntimos*, sin dejar de ser *distintos*. Toda persona, si es vista como *ámbito* o *fuentes de posibilidades*, puede fundar con nosotros una relación reversible de encuentro, es decir, un *campo de juego*, y en éste deja de sernos externa, extraña, ajena.

No tiene sentido decir que un jugador de un equipo deportivo o un miembro de un coro se hallan *fuera* de los demás, les son *extraños* y *ajenos*. Físicamente, se hallan los unos *fuera* de los otros, por ser cuerpos opacos, pero lúdicamente están *ensamblados en la misma tarea*, de modo que los triunfos y los fracasos son compartidos, aunque no se deban por igual a todos.

⁸⁶ Conviene sobremanera reparar en el carácter *relacional* de los ámbitos que creamos en la vida cotidiana, tales como hoteles, patios, claustros y plazas, calles y tiendas, castillos y paradores... Cf. *Estética de la creatividad*, o. c., 233-257.

Cuando un joven se percata de esta transformación del sentido de los términos "fuera", "distante", "externo", "ajeno"..., da un salto hacia su madurez como persona, porque descubre de golpe que puede unirse de modo entrañable con realidades que le son distintas y al principio externas y extrañas. Esa unión se realiza a través de la *creatividad*, es decir, de la *asunción activa* de las posibilidades que le ofrecen las realidades circundantes. Al asumir activamente tales posibilidades, entramos en relación de *presencia* con ellas. Cuanto más alto es el rango de las realidades con las que nos relacionamos de esta forma, más alto grado de unidad podemos alcanzar y más dosis de creatividad se nos exige⁸⁷.

Esta forma de unión estrecha con las realidades que nos rodean crea a nuestro alrededor un campo de juego estable, un ámbito de vida, un «mundo propio» que nos confiere un modo de ser peculiar, una personalidad característica. Al desvincularse de ese ámbito de despliegue, el ser humano se siente desenraizado y pierde en buena medida su capacidad creadora. De ahí la impresión de desmoronamiento que han experimentado en todo tiempo los desterrados y exiliados, como resalta en el análisis del "hombre de la barraca" realizado por Gabriel Marcel⁸⁸.

La realización de las experiencias anteriores nos dispone la mente para vivir otras experiencias que tienen una estructura en cierto modo afín: la del *valor*, el *bien* y la *verdad*.

La experiencia reversible de un valor

Si alguien recomienda a un niño que sea *piadoso* con los ancianos y enfermos, lo acerca al área de irradiación del valor de la *piEDAD*. Al oír tal recomendación por primera vez, e el niño considera ese valor como algo distinto y distante, externo y extraño. Pero puede ser que el pequeño se sienta atraído por las posibilidades que la piedad le ofrece de configurar su vida de modo enriquecedor y las asuma de forma activa. No tardará en sentir que dicho valor se le va convirtiendo en una *voz interior*, y procurará ser piadoso con los menesterosos no porque alguien se lo impone *desde fuera* sino porque se ve impulsado *interiormente* hacia la piedad.

Al actuar conforme a impulsos espirituales que brotan en su interior, el ser humano se mueve con libertad creativa y acrecienta su *identidad personal auténtica*, la que consiste en

⁸⁷ Esta concepción *ambital* de la experiencia reversible del encuentro nos permite comprender la intensidad expresiva que quiere dar el Papa a pensamientos como el siguiente: "El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo (...) debe (...) acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe 'apropiarse' y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo" (Cf. *Veritatis splendor*, 8b).

⁸⁸ Cf. *L'homme problématique* (Aubier, Paris 1955) 11-14. Versión española: *El hombre problemático*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1956.

tener un *yo* consciente de su poderío y abierto a todas las realidades que le ofrecen posibilidades de desarrollo pleno.

La experiencia reversible del bien

Las experiencias anteriores nos dan luz y nos disponen el ánimo para comprender por dentro otro tipo de experiencias más sutiles y decisivas en nuestra vida personal. Entre ellas destaca la experiencia del *bien*.

En una línea de pensamiento netamente agustiniana⁸⁹, Fichte enseña que el bien se presenta a la conciencia moral no como un *mero ser* sino como un *deber ser* que pide *ser realizado* debido al valor que encierra. Y la realización de un valor debe llevarse a cabo por vía de *respuesta libre*. El sujeto moral se siente llamado a *ob-ligarse* con un tipo de *libertad vinculada*, libertad que se mueve dentro del espacio abierto por la relación del hombre con la realidad *obligante*. Este tipo de *obligación* o *vinculación en libertad* no es paradójico, pues la realidad a la que el hombre se entrega y vincula no es una instancia que lo ob-ligue *desde fuera*, coactivamente, sino una instancia que se hace valer porque abre a quien la asume amplias posibilidades de realización.

Tal aceptación del bien, por tratarse de un valor, responde a las exigencias más íntimas del sujeto apelado por el mismo, y adquiere, consiguientemente, el carácter de *voz interior*. El bien asumido y realizado por nosotros se convierte en *nuestro bien*, porque responde a lo que adivinamos que es nuestra plenitud existencial. Por eso el bien, como valor, nos apela y manda *por vía de sobrecogimiento*, ya que nos instala en la situación de plenitud que nos corresponde como personas.

Este modo de *captar el bien al ser uno captado por él* y ser situado con ello en vías de pleno cumplimiento de las exigencias más íntimas produce un *sentimiento de plenitud y seguridad total*, pues no se trata de conocer una realidad distinta y ajena, sino de *ob-ligar* todo el ser propio a una realidad que nos constituye en lo más profundo de nosotros mismos. Todo valor, cuando lo asumimos vitalmente, nos pertenece en alguna manera, se hace valer en nuestra interioridad y otorga a nuestra vida su plenitud de sentido.

⁸⁹ Recuérdese el emotivo comienzo de las *Confesiones* de San Agustín con su dramática serie de preguntas, o la doctrina sobre la verdad expuesta por el mismo autor en el *De Magistro*. Cf. R. Guardini: *Anfang. Eine Auslegung der ersten fünf Kapitel von Augustins Bekenntnissen*, Kösel, Munich ³1953. Versión Española: *Principio. Una interpretación de San Agustín*, Sur, Buenos Aires 1963.

Toda realización de valores implica una religación a la realidad *inquebrantablemente segura* porque en tal acontecimiento el sujeto moral toca de algún modo el fondo de lo real y del espíritu, el misterio creador que los vincula a ambos. Nunca como en tal suceso creador está el hombre *más afirmado en sí mismo y más rendidamente unido a la realidad*. El esquema orteguiano "ensimismamiento-alteración" -entendido como *dilema*- es aquí felizmente superado. Posiblemente, nunca alcanza el hombre una forma de interioridad más perfecta que cuando se vincula en plena libertad e impulso creador a una realidad que le ofrece posibilidades para desarrollarse plenamente y promociona así su libertad. El hombre logra la plenitud de presencia respecto a la realidad cuando se encuentra con ésta en un nivel de profundidad tal que se siente a la par *desbordado y llevado a la plenitud de sí mismo*. En esta religación, la entrega es total e implica todas las facultades del hombre.

La experiencia reversible de la verdad y la ley natural

La *verdad* hemos de verla de forma concreta, como *la patentización de la realidad que hace posible nuestro ser personal, con toda su gama de implicaciones*. Según hemos visto, estamos en la existencia debido a una *llamada* de Dios y de nuestros padres. Nuestra vida debe consistir en *responder positivamente* a esa llamada. Venimos de un encuentro amoroso y estamos llamados a crear encuentros de todo orden. Dios nos llamó a la existencia para que lúcida y libremente cerremos el círculo de la creación fundando modos de unidad valiosos. El gran privilegio del hombre consiste no sólo en *vivir en unidad*, como sucede con el universo, sino en *crear modos nuevos de unidad* con un espíritu de *amor*.

Nuestra *verdad* de personas radica en el amor. Venimos del amor y estamos llamados a la realización de una vida de amor oblativo. Los mandamientos son vías hacia el amor, hacia la plena realización de nuestro ser. El amor nos hace crecer, pues somos "seres de encuentro". ¿Cómo vamos a rechazar la *verdad*, que es también *la verdad de nuestro ser*, si de ella pende nuestra plenitud? Nuestra verdad no es una instancia abstracta, lejana; es la *patentización de nuestra realidad plena*, de la que procede el impulso que nos lleva a nuestro logro personal. Tenemos que *vivirla*, al modo como vivimos un poema, una obra musical, el perfume de una flor..., y convertirla en algo *íntimo*. Al hacerlo, sentimos interiormente que alcanzamos nuestra verdadera libertad creativa.

Ser libre como persona es tener la capacidad de adentrarse activamente en el proceso de realización del universo, que fue creado por amor y debe ser concluido mediante la fundación

amorosa de modos relevantes de unidad. Soy de verdad libre cuando actúo conforme a las exigencias más hondas de mi misma realidad creada. Esas exigencias las intuyo interiormente merced a la luz que el Creador hace surgir en mí, por haber sido creado a su imagen y semejanza. Dicha luz recibe el nombre de *ley natural*.

La ley natural nos indica lo que somos: de dónde venimos y a dónde estamos llamados a llegar. Al descubrirnos todo el alcance de lo que *somos*, nos revela las leyes de nuestro *desarrollo personal* y nos marca las pautas a seguir en nuestra *conducta*. La primera ley es la del amor, porque venimos de un encuentro amoroso y estamos destinados a crear auténticas relaciones de amor en uno u otro orden. De ahí que *la ley, el amor y el pleno logro del hombre se conecten de raíz* en tal forma que «amar es cumplir la ley entera».

La ley natural es algo *dinámico*: la conciencia viva de que somos seres relacionales, pues nuestra existencia es fruto de una llamada *generosa* y debemos responder de forma *agradecida*. Este deber está articulado en los Mandamientos, normas de vida que nos señalan el camino recto que conduce a nuestra plena realización como personas engarzadas en el círculo de amor que implica la historia del universo.

Por esta profunda razón, hemos de asumir y acatar las normas e incluso amarlas, porque nos permiten ver *tempranamente* nuestra verdadera situación en el conjunto de la realidad y descubrir nuestro origen y nuestra vocación. El que conoce de modo integral el sentido de su condición de persona comprende que su vida debe configurarse de modo adecuado a esa alta dignidad. Mientras esa forma perfecta de conocimiento no se logra, las normas nos señalan la ruta a seguir. «Tú no sabes todavía –parecen decirnos las normas– cuál es el modo de proceder que corresponde a tu modo de realidad. Es un tipo de conocimiento que exige gran madurez, capacidad de sobrevolar la vida, verla a cierta distancia para tener la perspectiva adecuada. Yo me adelanto a decirte escuetamente cuál es la forma de actuar que corresponde a tu forma de ser. Adóptala, y verás cómo te ayuda a descubrir el verdadero alcance de tu condición de persona».

Cuando escuchamos esta voz y la interiorizamos, nos encaminamos por la vía que nos realiza plenamente. Por eso nos sentimos libres para configurar nuestra personalidad de modo cabal; gozamos de *libertad creativa*, y nos sentimos bien, porque nos desarrollamos conforme a nuestra *vocación*, a la *llamada* que nos hace nuestro mismo ser. Por nuestra condición de personas, abarcamos cierto campo, somos «ámbitos de realidad» más que meros objetos. De ahí

que seamos libres creativamente cuando nos «ambitalizamos» de forma integral, siguiendo las directrices de la ley natural que nos invita a aceptarnos en todo nuestro alcance⁹⁰.

Si respondemos a esta *invitación*, nos adherimos al movimiento de amor que creó el universo, y tal adhesión nos otorga el dinamismo justo y la orientación adecuada para realizar nuestra vocación y misión. Entonces nos encaminamos decididamente hacia el Bien por excelencia, que es nuestro Creador, y hacia el bien, que es nuestra plenitud.

Según lo antedicho, las fases de una vida humana lograda son las siguientes:

1ª. Los seres humanos recibimos la vida de Dios por amor; quedamos, con ello "ambitalizados" en Dios, que se define como Amor (1ª Jn 4, 7). Tener conciencia de hallarnos situados dinámicamente en ese ámbito vital significa reconocer a Dios como nuestro origen y nuestra norma primaria de actuación, que es *vivir en actitud de entrega*.

2ª. Esa *estructura relacional* nos confiere energía para volver a Dios, nuestro Origen, mediante la atención cordial a unos Mandamientos que se reducen a dos: amar a Dios y al prójimo⁹¹.

Hay una correlación fecunda entre el don de nuestra realidad, que Dios nos hizo por amor, y nuestro cumplimiento fiel de los Mandamientos. Si creo que soy un ser en vías hacia el amor pleno, que corona la tendencia a la unidad y la relación que resplandece en todo el universo –en lo infinitamente grande y en lo infinitamente pequeño–, consagraré mi vida de "ser ambital", ser de encuentro, a crear relaciones de convivencia, a fundar los modos de unidad más relevantes. El modelo supremo de esta vida orientada hacia un Dios-Amor es Jesús, cuya meta fue cumplir constantemente la voluntad del Padre⁹². Si tomamos las palabras clave del Evangelio («que todos sean uno», «amaos unos a otros como yo os he amado»...) y las asumimos al modo como asumimos un poema, damos un cambio decisivo a nuestra vida, la transfiguramos, le otorgamos una energía transfiguradora insospechada, porque en tales frases está operante la vida de un Dios que es por esencia Amor.

⁹⁰ Cf. R. Guardini: *La aceptación de sí mismo*, Cristiandad, Madrid ²1983; *Die Annahme seiner Selbst*, Werkbund, Würzburg 1953.

⁹¹ Cf. Sobre la importancia del concepto de *relación* puede verse mi obra *Cómo lograr una formación integral* (San Pablo, Madrid ²1997) 163-178.

⁹² R. Guardini destacó con energía la importancia de esta vertiente de la vida del Señor. Véase, por ejemplo, la bella meditación sobre «la voluntad del Padre», en *Jesucristo. Palabras espirituales*, en *Obras de Guardini III*, Cristiandad, Madrid 1981. Versión española: *Jesus Christus. Geistliches Wort*, Werkbund, Würzburg 1957.

Carácter liberador de la experiencia de la verdad

La verdad nos liga y nos libera al mismo tiempo, pues el tipo de "ob-ligación" que tenemos con ella abre un *campo de juego* en el cual nos vemos llenos de posibilidades y nos movemos con agilidad. Es el mismo tipo de *vinculación obligante* que siente un intérprete con una obra musical, por ejemplo una *sonata*. Ésta se halla configurada conforme a una estructura peculiar, con sus dos temas característicos –el masculino y el femenino–, su desarrollo y su posible repetición. El intérprete se ve *sometido al cauce* de esta estructura, que suele ser en el clasicismo bastante rigurosa. Y ese sometimiento da seguridad y sentido a su actuación. A ojos vistas se ve que se mueve *libremente* por las avenidas de la obra. *Libremente* indica aquí que opera de modo contundente, seguro, consciente de que todo tiene sentido, coherencia, expresividad suma. Se trata de la libertad propia de lo *perfecto*.

Hoy sabemos que la *estructura* es, en todos los seres, fuente de *dinamismo* y *levedad*. Una conferencia bien estructurada tiene energía interior, se desliza con fluidez a través de las distintas ideas hacia la conclusión final. Esa fluidez, fruto de la articulación interna, le confiere una especial *levedad* ante el ánimo del oyente. Una conferencia improvisada y no articulada, no sometida a una estructura, suele resultar *pesada*, aunque sea corta en duración, porque lo que hace leve una realidad es la articulación mutua de los elementos que la integran. De modo semejante, la inmensa masa pétreo de una catedral no oprime al espectador si está construida de modo *armónico*, es decir, *proporcionado* y *mesurado*.

Todos los seres del universo están *sometidos* a orden y estructura, a "número", como decían los antiguos. Esa «numeritas» –proporción y medida– se traduce en *belleza* en el ánimo de quien contempla tales seres. Y lo bello esponja el alma, la libera, porque la abre a horizontes de plenitud. El que tiene formación estética ama las formas, las estructuras, las proporciones..., porque las ve como fuente inagotable de belleza y expresividad. El artista se esfuerza hasta la extenuación en ajustar su actividad a las exigencias de la belleza, y en esa búsqueda fiel encuentra su libertad interior.

Es bueno y fecundo para nosotros que nuestra libertad surja cuando somos fieles a nuestra verdad personal, que está íntegra en la verdad de todo cuanto existe, sobre todo su origen y su meta que es el Creador. Sería demasiado arriesgado para nuestra salud como personas que nuestra verdad dependiera de nuestra libertad finita, autónoma, sometida a mil posibles arbitrariedades. Una vez y otra, los adalides de la libertad humana intentan dignificar al hombre proclamando que su libertad tiene primacía sobre la verdad, es capaz de crear los

valores y puede decidir lo que es bueno y lo que es malo. Esta autonomía moral implica la *soberanía absoluta* de la libertad, entendida como *poder de decisión arbitrario* por parte del hombre. *Tal soberanía arbitraria se manifiesta pronto como extrema debilidad y labilidad*. La actividad del hombre se ve falta de la debida solidez, de un anclaje firme en la realidad, y queda expuesta a toda suerte de riesgos, como un velero sin timón en medio de un tornado.

Esta defensa equivocada de la autonomía moral responde al desconocimiento del modo singular que tiene el hombre de ser libre ante las realidades que nutren su espíritu cuando las asume como propias y las convierte en *íntimas*. Esta intimidad no indica una *localización espacial* sino la conversión de tales realidades en *principio impulsor* de la actividad humana.

Vinculación de autonomía y heteronomía, libertad y obediencia

Cuando convertimos una *realidad externa* en *principio interno* de nuestra actividad, empezamos a *participar* de dicha realidad. Ese tipo altísimo de participación nos otorga la *libertad creativa*. Este modo de libertad tiene un carácter *relacional*, no *relativista*; surge por la acción conjugada del hombre y de las realidades que le ofrecen posibilidades de acción fecunda, llena de sentido. Ni el hombre domina la realidad arbitrariamente, ni es dominado servilmente por ella; ni crea los valores por sí mismo, a solas, ni los acepta pasivamente como una instancia que se le impone de modo coactivo desde fuera. Es, más bien, una *relación reversible* la que se da entre hombre y valores, hombre y realidad. Por eso puede decirse que somos *autónomos* al tiempo que somos *heterónomos*⁹³. Un intérprete se rige por normas *internas* cuando asume el cauce que le ofrece la partitura desde fuera y lo torna *íntimo*.

El problema de captar la importancia de la relación del hombre y las realidades que de alguna forma le superan –la verdad, el bien, las obras culturales que recibe de la tradición...– sólo puede resolverse *por vía de elevación*: situándose en el nivel de la creatividad, en el cual los esquemas «dentro-fuera», «interior-exterior» y otros afines dejan de significar escisión para indicar *colaboración dentro de un mismo campo de juego*. Ese campo de juego se crea de modo *relacional*, reversible, no de modo *relativista*, unilateral.

Por eso es decisivo descubrir el carácter *dinámico* de la *ley natural*, que nos revela la condición dialógica, interaccional y creadora del ser humano. Cuando los pensadores

⁹³ No haber visto la posibilidad de vincular fecundamente la autonomía y la heteronomía fue causa de numerosos trastornos en la vida de las personas y las sociedades por la razón profunda de que su escisión empobrece radicalmente la vida humana.

existenciales destacan que el hombre es un "ser-en-el-mundo", no quieren indicar solamente que se halla rodeado de realidades mundanas, sino que está vinculado a ellas *activamente*, de forma *reversible*, *responsable*. El hombre es un ser autónomo de forma *responsable*, es decir, en cuanto *responde activamente* a las apelaciones de su entorno. Es una autonomía *creativa*, receptiva y activa a la par.

Tal autonomía va vinculada de raíz, por tanto, con la *obediencia* a cuanto supone una fuente de posibilidades de vida auténtica, valiosa, llena de sentido. El ser humano, por ser inteligente, tiene el privilegio y la obligación de hacerse cargo de su vida y configurarla de acuerdo a la vocación que lleva innata y que es iluminada por esa voz interior denominada *ley natural*. Crecer es ley de vida. Crece el vegetal y el animal conforme a los dictados de su especie. Debe crecer también el hombre, pero a éste no le viene regulado el crecimiento. Necesita saber que debe crecer, y saber cómo ha de hacerlo, qué configuración debe dar a su vida y a qué metas está llamado a orientarla. Ese conocimiento no puede adquirirlo mirando sólo hacia sí mismo; necesita verse *situado activamente* en la realidad.

La autonomía humana es sin duda un alto privilegio, pero lo es precisamente porque no significa *soledad de desarraigo* sino *vinculación creadora a la realidad*, vista como fuente de posibilidades. Por fortuna, el hombre no es autónomo cuando quiere imponer su criterio respecto a lo que tiene o no tiene valor, lo que es justo o injusto, bueno o malo, sino cuando se esfuerza en descubrir lo que la recta razón –*recta* por ir unida a una voluntad orientada hacia el *bien*, la plenitud personal– piensa que es lo auténtico, lo conforme a la realidad creada por Dios. El hombre, por ser autónomo, *descubre* los valores y las normas; no los *crea*. *Sin su aceptación activa, los valores no se le revelan, pero él no es el dueño de los valores*. Tenemos de nuevo ante la vista la condición *relacional*, no *relativista*, de la autonomía humana.

Ser *autónomo*, es decir, *regirse por leyes propias* significa asumir interiormente la tendencia a la unidad que rige el universo y llevarla a su plenitud mediante la creación libre y lúcida de formas elevadas de unidad. De este modo, el hombre hace *íntima* una ley natural *externa* y se convierte en *portavoz* de todo el universo. Es *heterónimo* en cuanto se rige por leyes en principio externas a él y extrañas, pero es a la vez *autónomo* porque supera tal extrañeza y exterioridad al poner en juego su capacidad de asumir las posibilidades que le vienen ofrecidas y tomarlas como un impulso *propio*, *interior*.

Queda patente, en este momento, el cuidado y la sutileza con que debemos utilizar los términos «interior», «exterior», «dentro», «fuera», «autónomo», «heterónimo» y otros semejantes. Hemos de tener en cuenta el sentido que adquieren cuando son utilizados en un

contexto creativo y en un plano de «ámbitos», no en un plano de objetos y de mera productividad.

Al participar en la realidad, superamos, a la vez, la soledad y la alienación

La libertad del hombre y las normas procedentes de su atención a la realidad creada están llamadas a compenetrarse fecundamente, de modo que la *obediencia al Creador* no sea una *entrega alienante*. La vida moral del hombre obediente no está sometida a la voluntad de un Ser omnipotente externo al hombre y contrario a la afirmación de su voluntad y a la configuración libre de su ser. Las normas divinas no son ajenas al bien del hombre, como la partitura y el poema no lo son al bien del músico y del declamador. El hombre que pliega su vida al cauce determinado por el Creador *participa* de la sabiduría que dio origen al universo, como el declamador y el intérprete *participan* del genio de los poetas y compositores que crearon las obras interpretadas. Ambos obedecen, pero no *desde fuera* sino *desde dentro* de la obra creada, fundando con ella un *campo de juego* sumamente fecundo para todos.

No hay, por tanto, *alienación* o *enajenación*, sino *co-creación*, *creación reversible*, *participación*. El que participa de algo «superobjetivo», «ambital», no es ajeno, ni extraño ni externo a aquello en lo que participa. Pende de ello en cuanto a su desarrollo personal, pero no se pierde en ello y anula así su identidad personal. Al someterse a la voluntad del Creador, a su ley u ordenación creadora, el hombre se desarrolla de modo pleno porque es nutrido espiritualmente por la verdad de la Creación, es decir, por la realidad creada tal como se le patentiza luminosamente al hilo de la vida creativa. Dios le es infinitamente trascendente y, a la par muy cercano. De modo semejante a como el poema se halla operativamente presente en el declamador, y la obra musical en el intérprete. La *presencia* integra una forma de *inmediatez* –no de fusión– y otra de *distancia* –no de alejamiento–. *A mayor distancia cualitativa de un ser respecto al hombre, más íntima es la presencia que puede establecer con él*. Con un objeto apenas podemos crear unidad. Iniciamos la unión al insertarlo en un proyecto vital nuestro y convertirlo en «ámbito». Una forma mayor de unidad podemos procurárnosla con un poema o una canción. Más elevada todavía cabe instaurarla con un amigo. La forma suprema podemos crearla con el Ser del que depende radicalmente nuestra realidad. Si nos encontramos –en sentido riguroso– con Él, llega a sernos «más íntimo que nuestra propia intimidad» (San Agustín), pues no hay nada más íntimo al hombre que lo que constituye en cada momento el

impulso interior de su vida. Le es íntimo el poema y la canción. Lo es el amigo con el que crea un campo de juego común. Lo es por excelencia el Ser absolutamente perfecto.

Por eso la Sagrada Escritura declara dichoso al hombre que se complace en la ley del Señor, que es descanso del alma, sabiduría del sencillo (Sal 1, 1-2). Si el hombre es un "ser de encuentro» y tiene, por ello, una condición *relacional*, ha de crecer creando unidad con los seres del universo, ajustándose al *ordo rerum* –la trama de ámbitos que constituye la realidad en la que se halla activamente instalado–, orientando su vida a la luz de la *ley natural* que brilla en su espíritu de ser creado a imagen y semejanza del Creador. El animal se ajusta a las leyes del universo sin pensarlo y sin quererlo. El hombre debe hacerlo queriendo y colaborando, sabiendo lo que hace y por qué lo hace, dejándose atraer fecundamente por el *ideal de la unidad* al que parecen orientarse todas las realidades del universo⁹⁴.

Poder colaborar lúcidamente a la realización plena del universo creado constituye la quintaesencia de la *libertad interior*, la *libertad creativa*. Si el hombre se deja *arrastrar* por las tendencias instintivas, que no están en él autoreguladas y pueden desviarlo de la orientación hacia la unidad, destruye la libertad interior. Si se deja *atraer* por el ideal de la unidad, que es una «ley escrita en su corazón» (Rom 2,15), sigue la tendencia de los elementos del universo a relacionarse y estructurarse. *Es ley del universo entero que la relación ordenada estructura la realidad, mientras el caos la destruye.*

La *ley natural* no es una normatividad de tipo simplemente *físico* y *biológico*. Es la luz que nos permite ver sinópticamente el orden impuesto por el Creador al universo, en cuya cima figura el ser humano con su capacidad de pensar y configurar libremente su vida, ajustándola al conjunto de la realidad en la que está activamente inserto. Así, el hombre advierte que dispone de unas potencias y unas tendencias que quiere ejercitar y satisfacer. Pero, al mismo tiempo, se percata de que tales tendencias y potencias han de ser asumidas en un proyecto vital que ordene su vida entera a la realización del ideal que le viene propuesto por su vocación. Si tal ideal es crear modos elevados de unidad, debe poner todas sus energías a esa sola carta, aunque ello suponga renuncias y sacrificios. Pero estos sacrificios y esas renuncias a ciertos valores no suponen una *represión*, ya que tienden a conseguir valores más altos. Una potencia biológica no ha de ser tomada como un medio para un fin egoísta, cerrado en sí mismo, como es el obtener gratificaciones sensibles. El que lo hace se *fusiona* con ese halago, se empasta con el afán de

⁹⁴ Esta orientación queda de relieve en forma llamativa en los análisis realizados acerca de las distintas áreas de enseñanza –Física, Ciencias Naturales, Matemáticas, Historia, Geografía, Música...– en mi obra *Cómo lograr una formación integral* (San Pablo, Madrid ²1997) 69-211.

obtener ganancias inmediatas, pierde la capacidad de *distanciarse* de sus apetencias a fin de sobrevolar su vida y dar a cada una de sus opciones un sentido pleno. Con ello queda privado de *libertad interior*.

Ser libres no significa que podamos tratar nuestra realidad corpórea, con las potencias que implica, como *mero material* para el logro de nuestros fines. En tales potencias está indicada ya la orientación que debe seguir el que las moviliza en su vida. Esta movilización debe servir al logro de una vida creativa en diversos órdenes, no al incremento de meras gratificaciones egoístas, centradas exclusivamente en el placer individual. No se olvide que el placer biológico –lo mismo que el dolor» es de por sí individual, incomunicable, aunque en casos sea compartible. Por eso encierra el riesgo de fomentar una actitud *individualista*, en sentido de *egoísta*.

El ideal de la unidad se realiza en el amor auténtico, oblativo. El que ama de verdad cumple a perfección la ley divina, conforme a la cual el mundo está ordenado a la unidad⁹⁵. El hombre puede asumir esta ley porque dispone de razón, y ésta le indica lo que debe hacer, pero se lo indica no porque ella funde la ley arbitrariamente sino porque descubre la ley de Dios inserta en la creación. Dios nos deja iniciativa para dirigir el mundo, transformarlo, orientarlo hacia su culminación, pero todo ello conforme a la ley eterna. Y semejante participación de la ley eterna en la criatura finita se llama ley natural⁹⁶.

Cuando regimos nuestra vida conforme a la ley natural, colaboramos a crear vida comunitaria, pues nos aunamos en una misma dirección. En este sentido, la ley natural es universal, con un tipo de universalidad *intensiva*: actúa en todos y en cada uno, ya que nos dejamos impulsar interiormente por ella, como por un principio interno de actuación y configuración. «El sujeto que actúa asimila personalmente la verdad contenida en la ley; se apropia y hace suya esta verdad de su ser mediante los actos y las correspondientes virtudes»⁹⁷.

⁹⁵ "La persona es un ser para el cual la única dimensión adecuada es el amor" (Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza*, Plaza y Janés, Barcelona 1994, p. 198). En este principio se inspira la "norma personalista" –opuesta a la «norma utilitarista» sobre la que edifica el Papa toda su doctrina acerca del sentido del amor conyugal: «La persona es un bien respecto del cual sólo el amor constituye la actitud apropiada y valedera». Cf. *Amor y responsabilidad* (Razón y fe, Madrid 21978) 38.

⁹⁶ Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologiae*, I-II, q.91, a.2.

⁹⁷ Juan Pablo II: *Veritatis splendor*, 51a. «Esta universalidad (de la ley natural) no prescinde de la singularidad de los seres humanos, ni se opone a la unicidad y la irrepitibilidad de cada persona; al contrario, abarca básicamente cada uno de sus actos libres, que deben demostrar la universalidad del verdadero bien» (51c).

La participación se realiza en la conciencia

En la línea de San Pablo, el papa subraya que «el hombre tiene una ley escrita en su corazón, en cuya obediencia está la dignidad humana y según la cual será juzgado»⁹⁸. Esa ley, grabada en la propia interioridad por el Creador, podemos asumirla activamente como propia, convertirla así en una voz interior y conferirle un carácter *creativo*. La creatividad de un ser *finito* es siempre *receptiva* y *activa*. Una forma de recepción *pasiva* no da lugar a una actividad creativa, sino a mero almacenaje infecundo. Una acción que no tenga una vertiente *receptiva* no es propia de un ser finito. La forma de *creatividad* humana verdaderamente fecunda es la que procede de la energía interior del hombre que se halla vinculado a cuanto vibra en su ser desde su origen hasta su destino.

Si movilizo mi imaginación creadora para proyectar actividades fecundas dentro del marco de actuación que me viene dado por mi realidad personal con cuanto implica, restrinjo en alguna medida mi *capacidad de elección* pero otorgo a mis acciones una inmensa solidez, las encuadro en el marco impresionante de la creación entera. La conciencia nos «obliga», nos determina a seguir las directrices que sigue el proceso de la creación, que viene del amor y quiere abocar al amor. Pero esa obligación no nos viene impuesta *desde fuera*, sino desde lo más profundo de nuestro ser creado. La conciencia nos liga o vincula al poder configurador del Creador, y de esa forma acrecienta su energía y la solidez de su voz. No habla desde ella a solas, sino como «heraldo de Dios» (San Buenaventura), porque es la voz del hombre *como ser relacional*, como «el ser que se relaciona consigo mismo y con el Poder del que procede»⁹⁹.

Sin esa capacidad de escuchar la voz del Creador que resuena en la maravillosa armonía del universo no podríamos distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto. Pero esta distinción no procede de nosotros. Los hombres no *creamos* los valores; los *descubrimos* cuando nos entregamos a la *verdad*, es decir, a la *realidad que se nos patentiza con toda su impresionante riqueza*. «Por tanto –escribe Juan Pablo II–, la autoridad de la Iglesia, que se pronuncia sobre las cuestiones morales, no menoscaba de ningún modo la libertad de conciencia de los cristianos; no sólo porque la libertad de la conciencia no es nunca libertad “con respecto a” la verdad, sino siempre y sólo “en” la verdad, sino también porque el Magisterio no presenta

⁹⁸ Cf. o. c., 54a; San Pablo: *Rom* 2, 14-16.

⁹⁹ S. Kierkegaard: *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado* (Guadarrama, Madrid 1969) 9.

verdades ajenas a la conciencia cristiana, sino que manifiesta las verdades que ya debería poseer, desarrollándolas a partir del acto originario de la fe»¹⁰⁰. La Iglesia no sirve a la conciencia de cada hombre *desde fuera* de ella misma sino *desde dentro*, ayudándole a pensar con lucidez y asumir aquello que la nutre espiritualmente por constituir el bien y la verdad.

Para aceptar esto de buen grado y no entenderlo como una forma edulcorada de expresar una coacción exterior, debemos adoptar en la vida una actitud *creativa*, no *posesiva*. La actitud posesiva nos lleva a considerar la libertad como el poder de disponer a nuestro arbitrio de nosotros mismos y de cuanto nos rodea. En consecuencia, cuanto implique una restricción de la *capacidad de maniobra* lo entenderemos como una coacción que amengua nuestra libertad. La actitud creativa, por el contrario, está abierta a todo lo que enriquezca nuestra realidad y le permita desarrollarse plenamente. No le interesa tanto disponer de una capacidad ilimitada de elección cuanto realizar acciones fecundas.

La *libertad creativa* es la capacidad de *participar en realidades valiosas*, que ofrecen al hombre posibilidades de realización personal. Si te privas de la vinculación con tales realidades, por la pretensión de gozar de una libertad *absoluta*, te despojas de la verdadera libertad; no eres justo contigo mismo. La libertad *ab-soluta* (la que prescinde de las realidades que son para ti fuente de posibilidades creativas) no tenemos derecho a reclamarla, porque nuestra realidad personal es un "ámbito", y todo ámbito sólo puede desarrollarse ofreciendo las posibilidades de que dispone y recibiendo activamente las que le son otorgadas. Ninguna realidad finita –por bien dotada que esté– es plenamente autónoma; depende de multitud de realidades que le son externas pero se le van haciendo íntimas a través del trato creador. El mejor pianista del mundo no puede ser creativo –crear de nuevo una obra musical– si no cuenta con un piano y una partitura. Su libertad está *ligada* a estas realidades que en principio le son *externas y ajenas* pero pueden hacersele *íntimas*. Por eso el intérprete aprecia sobremanera ese tipo de *ob-ligación* que le permite desplegar espléndidamente sus grandes dotes.

Las realidades valiosas nos ofrecen sus posibilidades y nos invitan a asumirlas activamente. Esta respuesta activa implica un modo de participación sumamente enriquecedora. Participar activamente, "responsablemente", en las realidades valiosas es la quintaesencia de la verdadera libertad. A mayor responsabilidad, mayor liberación del egoísmo individualista y

¹⁰⁰ Cf. o. c. 64b. Ya en la Encíclica *Redemptor hominis*, nº 12, había subrayado el Papa que la relación genuina del hombre con la verdad es la «condición de una auténtica libertad», y, en consecuencia, ha de evitarse «cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo». Cf., asimismo, *Fides et ratio* núms. 106-

mayor libertad genuina. «La mayor libertad –escribe el Cardenal J. Ratzinger– debe ser mayor responsabilidad, y eso incluye la aceptación de los vínculos cada vez mayores requeridos por las exigencias de la existencia en común de la humanidad y por la conformidad con la esencia del hombre»¹⁰¹.

La libertad pende de la capacidad humana de crear vínculos fecundos y mantenerlos. *La libertad creativa responde a la voluntad de unidad*. «La responsabilidad –agrega Ratzinger– consistiría entonces en vivir nuestro ser como respuesta a lo que somos en verdad». Hacer el bien *responsablemente* significa ser coherente con la verdad plena de nuestro ser. El Decálogo es la manifestación luminosa de la verdad del hombre en cuanto explicita la conducta que éste ha de adoptar como *ser de encuentro*. Ahora vemos con nitidez que «si no existe una verdad acerca del hombre, éste carece de libertad. Sólo la verdad nos hace libres»¹⁰².

La asunción activa de los valores y el compromiso personal

Para captar los *valores* –es decir, todo cuanto nos ofrece posibilidades para desarrollarnos como personas–, debemos estar dispuestos a escuchar su apelación, su invitación a acogerlos y asumirlos en la vida como un principio interno de acción. No basta abrir los ojos del espíritu para percibir un valor y *estimar*lo como es debido, según parecen indicar algunos tratadistas de Ética¹⁰³. Esa *estima* significa un modo de recepción *activa*, y esta condición activa implica estar orientados hacia cuanto significa nuestro «bien» –nuestra plena realización– y nuestra «verdad», nuestra auténtica realidad. Oír la llamada de los valores exige estar pronto a escucharla activamente, con voluntad de *acogimiento comprometido*.

Parece que estamos aquí ante un «círculo vicioso». Decimos que el bien lo conocemos cuando nos entregamos a la bondad; pero, si no conocemos ya de algún modo el bien, no podemos entregarnos a la bondad. La actividad que necesitamos realizar –*entregarnos a la bondad*» para conseguir una meta –*conocer el bien*– no la podemos llevar a cabo si no estamos ya de algún modo en la meta. En realidad, no es un círculo *vicioso* sino *virtuoso*, en el cual todos los elementos que entran en juego se exigen mutuamente: Para entregarnos a la práctica de la bondad debemos *de alguna forma y en alguna medida* conocer y estimar el bien; pero el

107: «Solamente en este horizonte de la verdad comprenderá (el hombre) la realización plena de su libertad y su llamada al amor y al conocimiento de Dios como realización suprema de sí mismo».

¹⁰¹ *Humanitas*, Santiago de Chile 4(1999)215.

¹⁰² J. Ratzinger: o. c., 222.

¹⁰³ Cf. D. von Hildebrand: *Ética*, Encuentro, Madrid 1983.

bien no lo conocemos *plenamente* si no vivimos bondadosamente. En esto consiste la tarea de *formar la conciencia*: «hacerla objeto de continua conversión hacia la verdad y el bien»¹⁰⁴. Esa conversión implica «transformarse renovando nuestra mente» (Rom 12,2), ajustándola a las exigencias de la creación de unidad y de encuentro.

Tales exigencias son denominadas *virtudes*: capacidades para crear encuentro, que es fuente de sentido y de luz. Cabe decir, pues, que «el que obra la verdad va a la luz» (Jn 3, 21), *ve por dentro*, con claridad *genética*, que su ser de persona se logra al realizar el bien y vivir en la verdad. Lo verdaderamente natural es para él esa forma de vida y de actividad. El bien le resulta, por ello, «connatural»¹⁰⁵. El nexo de los conceptos de *luz*, *bien*, *verdad* y *connaturalidad* resalta en el siguiente texto de San Pablo: «En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. Examinad qué es lo que agrada al Señor, y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien denunciadlas...» (Ef. 5, 6-11; 15-16).

Qué significa «vivir en la verdad y de la verdad»

Por influencia de E. Husserl, fundador de la Fenomenología, la filosofía contemporánea postula a menudo «el retorno a las cosas mismas», «la vuelta al objeto»¹⁰⁶. No nos insta a entregarnos a los «meros objetos» o «cosas» –seres mensurables, asibles, delimitables, situables en el tiempo y espacio–, sino a prestar la debida atención a la realidad en la que estamos *inmersos activamente*. En esa realidad destacan las realidades que el pensamiento existencial (M. Heidegger, K. Jaspers, G. Marcel) denomina «inobjetivas» (*ungegenständiglich, inobjectif*), y que prefiero llamar, positivamente, «superobjetivas» o bien «ambientales». Estas realidades no están delimitadas, como los objetos, ya que abarcan cierto campo de modo difuso. Una persona, por ejemplo, integra en sí diversos campos –el afectivo, el profesional, el estético, el ético, el religioso...–, cuyo alcance no cabe acotar con precisión; puede ofrecer posibilidades a otras personas y recibir las que le son ofrecidas; posee cierto poder de iniciativa, etc. Un poema o una canción, según hemos visto, no son meros objetos; ofrecen diversas posibilidades a quien sea capaz de asumirlos activamente, y crean con él una forma fecunda de unidad. Lo mismo sucede con un instrumento musical y un vehículo –coche, avión, barco...–. Entre ellos y el hombre

¹⁰⁴ Cf. Juan Pablo II: *Veritatis splendor*, 64a.

¹⁰⁵ *Ibid.*

¹⁰⁶ Recuérdese el lema husserliano: «Zurück zu den Sachen selbst» (retorno a las cosas mismas).

adiestrado debidamente se puede establecer una forma de *unión operativa* que no sería posible si fueran meros objetos.

Algo semejante cabe decir de una *institución*. Decimos que un fiel cristiano pertenece a la Iglesia, pero el verbo *pertenecer* no significa que está adscrito a una realidad *distinta* y *distante*, *externa* y *ajena*. La Iglesia es una realidad distinta de los fieles que la integran, pero no debe serles ajena, externa y distante, sino *íntima*. Lo es cuando constituye el principio de la vida espiritual del creyente. Éste no debe sólo *vivir en la Iglesia*; ha de *vivir la Iglesia*, como se vive un poema o una canción. Al hacerlo, la unión que tiene con ella es estrechísima, afín a la que creamos con lo que constituye nuestra razón de ser, el impulso de nuestro obrar, la meta de nuestro existir. El creyente, durante un oficio litúrgico, *está en la iglesia*, en un templo concreto, un ámbito físico consagrado al culto. Pero está activamente en la Iglesia porque, en todo momento, *es Iglesia*, está vivificado por la vida de Jesús que quiere formar con todos los creyentes un solo *cuerpo místico*, un *ámbito de vida espiritual*.

Comprender a fondo la diferencia que existe entre «vivir en la Iglesia» y «vivir la Iglesia», cumplir un mandamiento como una orden recibida de una instancia externa o como una pauta de conducta que asumimos interiormente porque sentimos que nos configura desde dentro como personas y nos permite crecer comunitariamente... significa un paso decisivo hacia la madurez¹⁰⁷.

Una vez realizadas diversas experiencias de este género, se clarifica ante nuestra mente lo que significa «vivir en la verdad y de la verdad». La *verdad* es la *patentización de la realidad*, entre la que se cuenta mi propia realidad; lo mismo que «buscar el bien» y «realizar el bien» implica buscar y realizar *mi* bien, y el bien de los que me rodean y el de quienes constituyen la gran comunidad humana. *No se trata de términos abstractos e irreales, sino tan concretos y reales que significan la fuente de mi energía espiritual*. Si vivo unido estrechamente, con la unión **de entreveramiento que** antes hemos descubierto, a las realidades que forman mi entorno, en sus diferentes niveles, recibo mil y una posibilidades que me permiten ejercer mi creatividad en diversos aspectos y dar lugar a multitud de experiencias reversibles y de encuentro. Mi vocación como persona es vivir ambientalmente. Para ello necesito ambientalizar a otras realidades y dejarme ambientalizar por ellas. Al hacerlo, enriquezco a los objetos que transformo en ámbitos y me enriquezco a mi mismo.

¹⁰⁷ R. Guardini: *Vom Sinn der Kirche*, M. Grünewald, Maguncia 1922, ⁴1955; *Die Kirche des Herrn*, Werkbund, Würzburg 1965.

¹⁰⁸ Cf. Juan Pablo II: o.c. 84b.

Una vez alcanzado el nivel de ambitalidad que me corresponde como persona, me siento plenamente realizado, es decir verdadero, me siento en la verdad. Entonces puedo decir que la vida me nutre, me atañe vitalmente. Entonces siento internamente que la *verdad me nutre*, que la realidad, tal como resplandece en mi vida cuando la vivo creativamente, es *la gran fuente de recursos para vivir y crecer como persona*. Disponer de tales recursos me convierte en un yo ambitalizado y me otorga libertad creativa. He aquí por qué profunda razón *la verdad nos hace libres*, libres con libertad creativa. Y lo mismo el bien, la justicia, la belleza.

El peculiar realismo y la fecundidad de estos conceptos no puede mostrarse con el método científico, ni se capta espontáneamente cuando adoptamos una actitud intelectual "objetivista", es decir, cuando tendemos a pensar que sólo los objetos poseen una auténtica realidad. Los conceptos antedichos parecen ser puras abstracciones, ideas universales cuya existencia no puede ser constatada y demostrada como lo es la de los objetos. ¿Cómo mostrar su importancia para nuestra vida, y en concreto para el ejercicio de nuestra libertad? El convencimiento de que existe «la verdad», «el bien», «la justicia», «la belleza»... ¿es algo meramente subjetivo, no verificable por cualquiera? Si pensamos que dichos conceptos tienen una vigencia real en nuestra vida y encierran, por tanto, un valor, ¿con qué método podemos mostrar que no se trata de una opinión infundada, no transmisible de modo persuasivo? Necesitamos un método que nos permita asegurarnos de que es una convicción sólida. *Sería lamentable basar el sentido de nuestra vida en realidades que no podemos mostrar que existen.*

Para orientar bien esta cuestión, recordemos que en la vida nos movemos en dos niveles distintos: el de la *manipulación de objetos* y el de la *creación de ámbitos*. En el primero actuamos a impulsos de una actitud de dominio, posesión y disfrute. En el segundo nos mueve la voluntad de colaboración creadora. Para dominar, necesitamos disponer de un conocimiento exacto, susceptible de expresión matemática. Colaborar exige, más bien, respeto y estima. Una persona se presenta como una realidad enigmática, no fácilmente cognoscible; pero nos ofrece posibilidades de colaboración en diversos órdenes.

Cuando nos interesa más crear relaciones reversibles fecundas que dominar, intuimos que lo decisivo en la vida no es imponernos a cuanto nos rodea sino responder a la llamada de las realidades que nos ofrecen posibilidades valiosas. Esta respuesta significa acogerlas, aceptarlas en lo que son y valen, atenerse a su "verdad", hacerles "justicia", apreciar su "belleza"... Si procedemos de esta forma, descubrimos algunas de las características básicas de estos conceptos. No son objetos, pero tampoco sujetos; son, más bien, "ámbitos de realidad", fuentes de posibilidades de vida humana plena. El hombre tuvo de antiguo la intuición de que

algo así existía y fecundaba su vida: la orientaba, la regulaba y ordenaba, la embellecía e ilusionaba de múltiples formas. La gran tarea de los filósofos, teólogos y literatos fue, en todo tiempo, dar precisión y concreción a tales intuiciones más o menos vagas, aunque siempre fecundas. Ellos vieron con esfuerzo que se trata de algo real y poderosamente efectivo, pero no tangible como las cosas accesibles a los sentidos. No son "objetos", pero están presentes al hombre con un tipo de presencia exigente, ineludible, promocionante, y se imponen al que piensa, siente, juzga, decide, actúa en cualquier orden de la vida. Son realidades que «valen», que tienen una enigmática «validez» en la existencia humana, y por eso se imponen con *autoridad* aunque no tengan *mando*.

La «vuelta al objeto» implica un compromiso profundo con ese tipo de realidades con las que el hombre puede entreverar su ámbito de vida y lograr modos de unión sorprendentemente fecundos. Tal entreveramiento supone una actitud creativa muy intensa por parte del hombre como *sujeto* de acción. Por eso implica el cultivo de la vida «subjetiva», vista no en oposición al *objeto* -entendido aquí como una realidad distinta del sujeto- sino en colaboración honda con él. La *vuelta al objeto* supone un incremento de la *actividad creativa* del ser humano.

Vemos claramente que la introducción del concepto de "ámbito" para interpretar las realidades superiores a los meros «objetos» o «cosas» nos permite superar el antagonismo entre el «subjetivismo» y el «objetivismo», escisión que desgarró la vida humana e imposibilita de raíz la tarea básica de la vida ética, que es *configurar la vida del hombre de modo conforme a su verdadera vocación y misión*. La *vuelta al objeto* no significa la sumisión a los meros objetos dominables y poseíbles, ni la renuncia a la vida creativa propia del sujeto personal; implica la superación de la tendencia individualista a recluirse en el propio yo y renunciar a la actividad creativa que hacen posible las realidades del entorno humano al ofrecer al hombre posibilidades que él puede asumir activamente.

Contra lo que pudiera parecer a primera vista, la exigencia de «retorno a las cosas mismas» y «vuelta al objeto» no intenta conceder primacía al objeto sobre el sujeto, a las cosas sobre las ideas..., sino *prestar atención a las realidades que permiten al hombre ser plenamente creativo y libre*. La atención a la ley y a la verdad, la aceptación de un tipo de realidades bien ordenado –*ordo rerum*– en el que debemos ensamblarnos no nos entrega a instancias externas y extrañas, con el consiguiente riesgo de *alienación*; quiere ponernos en relación comprometida con ciertas realidades que podemos asumir como propias, a fin de impulsar, mediante las posibilidades que nos ofrecen, nuestra capacidad creativa en diversos órdenes. Esta fecundidad

creativa incrementa al máximo nuestra *identidad personal*. Con razón afirma el Papa que "el bien de la persona consiste en *estar* en la Verdad y en *realizar* la Verdad"¹⁰⁸.

Necesidad de pensar con rigor y vivir creativamente

"Travaillons, donc, à bien penser" (Pascal)

Las consideraciones realizadas anteriormente nos llevan a la convicción de que la unidad europea nos exige poner en forma la capacidad de pensar con sumo rigor. Debemos superar toda vacilación respecto al poder de nuestra inteligencia para conocer lo real y descubrir en qué consiste la verdadera creatividad y cuántas y cuáles son las posibilidades de vida creadora que se nos abren a lo largo de la existencia. Este análisis es ineludible no sólo para neutralizar la influencia de las corrientes filosóficas que amenguan injustamente la capacidad cognoscitiva del hombre, sino para contrarrestar la tendencia de los medios de comunicación a plantear de modo superficial y simplista las cuestiones decisivas de la existencia humana. "Si bien es cierto –escribe el prof. Garret– que la simplificación se debe en gran parte a la naturaleza misma de los medios de comunicación y al nivel de educación que posea el auditorio, los efectos de simplificación y relieve son en estos casos instrumentos de que se sirven ciertos grupos bien organizados, cuyos expertos en relaciones públicas preparan versiones simplificadas para ser transmitidas por los medios de comunicación, en línea con los intereses de aquellos grupos"¹⁰⁹.

Esta proclividad interesada de los medios de comunicación a tratar los problemas con una calidad intelectual inferior a la debida ejerce un influjo sobremano nocivo en los oyentes por cuanto los mismos medios dedican su atención casi en exclusiva al logro de audiencias cada día mayores y dejan de lado la tarea decisiva de incrementar la capacidad intelectual de las gente¹¹⁰.

La cuestión que, según el papa, atormenta hoy a multitud de personas es la de explicar «cómo puede la obediencia a las normas morales universales e inmutables respetar la unicidad e

¹⁰⁸ Cf. Juan Pablo II: o.c. 84b.

¹⁰⁹ Cf. «Manipulación y medios de comunicación social», en *Concilium*, 65 (1971) 223.

¹¹⁰ «Es preciso al mismo tiempo admitir –agrega el prof. Garret– que los medios de comunicación social, como todos los demás sistemas de comunicación, han subestimado sistemáticamente la inteligencia, las aspiraciones y el potencial humano de muchos miembros de su auditorio». Cf. o.c., 225.

irrepetibilidad de la persona y no atentar a su libertad y dignidad»¹¹¹. Al no saber conciliar la libertad personal y la atención a la verdad y la ley, el hombre actual «ya no está convencido de que sólo en la verdad puede encontrar la salvación» y tiende a pensar que «no debiera ya reconocerse el carácter absoluto indestructible de ningún valor moral»¹¹². Esta desconfianza en el poder de la verdad para orientar debidamente la vida humana lleva al hombre a la autodestrucción progresiva, porque cree que no es en la verdad donde encuentra su libertad y realización sino en una forma de *libertad desarraigada, arbitraria*, que acaba poniendo a las gentes en manos del más fuerte.

Lo decisivo a la hora de determinar cuál ha de ser la conducta del hombre y su modo de desarrollarse como persona es la idea que él mismo tiene de sí y de su relación con cuanto le rodea. De ahí la necesidad de clarificar todo lo que implica el hombre, como ser *ambital, ambitalizable y ambitalizador*. El ser humano abarca cierto campo, tiene poder de iniciativa, es capaz de ofrecer posibilidades y recibir otras; constituye, por tanto, un *ámbito*, y, como tal, se desarrolla creando nuevos ámbitos mediante la vinculación a otras realidades que también otorgan posibilidades de acción con sentido. Al ofrecer él posibilidades a otras realidades contribuye a «ambitalizar» a éstas. Al recibir posibilidades de otras realidades, es «ambitalizado» por ellas¹¹³.

«En el fondo de toda moral –escribe X. Zubiri– lo importante no es el sistema de deberes que la sociedad determina; lo que importa es la idea que se tenga del hombre»¹¹⁴.

Esta idea, para ser fecunda, ha de responder a la *verdad* del hombre, a la de cada uno de nosotros. Si nos atenemos a esta verdad, nuestra conducta será desinteresada y recta, se orientará al bien de los demás y no a la satisfacción de nuestras ansias de poder. La moral que se basa en la verdad y, a través de ella, se abre a la auténtica libertad «ofrece un servicio original, insustituible y de enorme valor no sólo para cada persona y para su crecimiento en el bien, sino también para la sociedad y su verdadero desarrollo»¹¹⁵.

Para comprender esta relación fecunda entre libertad y verdad, libertad y ley, es ineludible que adoptemos en la vida una actitud creativa, no posesiva y dominadora, pues esa actitud propicia a la creatividad tiende a considerar las realidades más bien como *ámbitos*

¹¹¹ Cf. o. c., 85b.

¹¹² Cf. o. c., 84c.

¹¹³ Sobre este tema, pueden verse mis obras *El poder del diálogo y del encuentro* (BAC, Madrid 1997) 12-13; *Estética de la creatividad*, o. c., 183 ss.

¹¹⁴ Cf. *Sobre el hombre* (Alianza Editorial, Madrid 1986) 425.

¹¹⁵ Cf. Juan Pablo II: o. ., 101b.

–capaces de establecer una relación reversible– que como *meros objetos* dominables y manipulables. Cuando nuestro ideal en la vida es realizar experiencias creativas, no caemos en el error de reducir la libertad humana a la capacidad de *disponer* arbitrariamente de las realidades a nuestro alcance; la interpretamos como el poder de *participar* en las realidades que nos ofrecen posibilidades para actuar con sentido, y este tipo de *participación* exige, por una parte, la renuncia al deseo de poseer y dominar, y, por otra, la voluntad de crear formas elevadas de encuentro, en las cuales el hombre halla su verdadero *bien*, su pleno logro como persona, y contribuye al bien de los demás, fundando modos auténticos de vida comunitaria. Al hacerlo, el hombre se ajusta a su verdad de hombre, *ser de encuentro* que está llamado a tejer tramas de ámbitos y relaciones.

Esta apertura del ser humano a cuanto le enriquece como persona equivale a su «conversión a la verdad y al bien»¹¹⁶. Ahora empezamos a entender perfectamente el sentido profundo de esta expresión y a descubrir que los esquemas «libertad-verdad» y «libertad-ley» no constituyen un *dilema* sino un *contraste*. Los términos que integran los dilemas se oponen, y hay que escoger el uno y desechar el otro. Los términos que forman los contrastes se complementan y enriquecen¹¹⁷. «La libertad –escribe Karl Jaspers– es la victoria aplicada sobre el arbitrio. Pues la libertad coincide con la necesidad de la verdad. Cuando soy libre, no quiero tal cosa o la otra porque la quiero, sino porque me he persuadido de que es justo. (...) Lo que es decisivo es la libertad interior»¹¹⁸.

Para captar el sentido profundo de estas afirmaciones y otras análogas, debemos movernos en nivel de creatividad y acostumbrarnos a realizar una vez y otra experiencias *reversibles*, en las cuales vamos buscando algo en virtud de la energía que desprende la realidad buscada: el poeta troquela el lenguaje al tiempo que es nutrido por él; el intérprete configura la obra al dejarse configurar por ella; el metafísico estudia la estructura de la realidad mientras vive intensamente su inserción en la realidad analizada... Una vez que acostumbramos la mente a la flexibilidad propia de las experiencias reversibles, comprendemos por dentro lo que significa *volver al objeto y vivir en la verdad y de la verdad*.

La quiebra del ideal dominador que inspiró el «mito del eterno progreso» llevó a muy cualificados pensadores, tras la primera guerra mundial, a pedir un cambio de mentalidad, de

¹¹⁶ Cf. Juan Pablo II: o. c., 64a.

¹¹⁷ Véase a este respecto, la obra de Romano Guardini: *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente concreto*, BAC, Madrid 1996; *Der Gegensatz. Versuch zu einer Philosophie des Lebendigen-Konkreten*, Grünewald, Maguncia ³1985.

¹¹⁸ Cf. *El espíritu europeo* (Guadarrama, Madrid 1957) 291.

estilo de pensar y de ideal. Esta petición sigue teniendo plena vigencia hoy día porque el cambio exigido está lejos de haberse realizado. El *ideal del dominio* debe ser sustituido por el *ideal del servicio*. Para llevar a cabo este indispensable giro intelectual y espiritual, debemos poner en forma un *estilo de pensar* que descubra la importancia de los ámbitos para nuestra vida y nos lleve a establecer relaciones creativas con las realidades del entorno que ya son ámbitos de por sí y con aquellas que pueden ser convertidas en tales al asumirlas en un proyecto vital propio¹¹⁹.

Capítulo 8

Necesidad de otorgar a la inteligencia todo su poder cognoscitivo

Durante los temibles doce años de la opresión dictatorial nazi (1933-1945), Europa occidental fue iluminada con numerosos ejemplos de fortaleza espiritual inaudita. Inspirado en su propia experiencia, Viktor Frankl advirtió –según vimos– que el ser humano es capaz de alcanzar altas cimas de dignidad personal incluso en las situaciones más adversas. En el mismo campo de concentración donde pudo ver el horror en estado límite, más de un interno conmovió al mundo con su heroísmo. Estos modelos de humanidad parecieron redimir a las gentes de la caída en el envilecimiento colectivo.

Pero la hecatombe bélica acabó de minar el prestigio del «mito del eterno progreso» y las gentes se encontraron sumidas en un vacío espiritual más desolador incluso que la contemplación de una ciudad en ruinas. La necesidad de afirmarse frente al amenazante bloque soviético hizo surgir en Europa Occidental nuevas energías y una razón para vivir. La existencia humana todavía podía tener un sentido después de tanto dolor y tanta crueldad. Pero, de forma inopinada, el muro de Berlín fue abatido y el comunismo se derrumbó como por una fuerza

¹¹⁹ Ese estilo de pensar es descrito ampliamente en mi obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid 1999.

interior de disolución. El mundo occidental, sorprendido, creyó encontrarse ante un período de prosperidad sin límite.

La realidad fue bien distinta. El pueblo europeo no mostró la energía interior necesaria para configurar una vida llena de sentido en sí misma, responsable, creativa, abierta a los valores más altos. Al contrario, a medida que crecían sus posibilidades de vida confortable, menguaba su capacidad de asumir activamente las normas morales, su confianza en el poder cognoscitivo de la inteligencia y la razón, su tenacidad espiritual para mantenerse fiel a creencias que se hallan en la base de sus instituciones históricas y su vida personal. Su estilo de pensar se tornó cada día más superficial y proclive a reducir de valor las realidades y acontecimientos de la vida. Esta tendencia *reduccionista* se alió con la pretensión de que no hay una verdad objetiva que sirva de canon a los juicios emitidos por los hombres, sino que la verdad de cada juicio depende de quien lo emite y de su situación. La *verdad en general* no existe –se afirma–; cada uno tiene *su verdad*, porque él sabe, y sólo él, por qué piensa de esa forma y qué sentido profundo encierra lo que dice. Esta posición *relativista*, según la cual toda afirmación tiene una validez parcial, reducida al sujeto que la hace, lleva a sostener que *cualquier opinión es tan digna de respeto como otra*. De ahí la práctica común del *intrusismo*, el permitirse hablar en público de cuestiones que no se conocen con la profundidad debida. Tal libertad de actuación invita a buen número de personas destacadas en los medios de comunicación a sentirse cómodos en su ignorancia, y no tomarse la molestia de adquirir una formación correlativa a la función social que desempeñan.

Estas actitudes y otras afines generan una situación de *desconcierto* preocupante. Necesitamos saber con qué bases espirituales contamos para construir un futuro digno. Después de Auschwitz sabemos bien a qué abismos puede bajar el hombre cuando yerra el ideal y olvida que la meta de su vida es realizar encuentros valiosos con las realidades circundantes. Una vez logrado un cierto nivel de vida democrática, tenemos el riesgo de pensar que estamos vacunados contra los excesos de un régimen político dictatorial. Pero debemos permanecer alerta, porque también en las democracias existen personas y grupos que, por afán de poder a cualquier precio, reducen los pueblos a meras masas desvalidas, con el riesgo consiguiente de que éstas acaben pidiendo un líder que las libere de su postración aun restándoles libertad.

Hoy contamos con recursos suficientes para plantear los problemas debidamente. Todos los países de Europa han recuperado su independencia política, y con ella su capacidad de información abierta y su arraigo en su tradición histórica, sus raíces culturales y espirituales, el

espíritu de sus pueblos, su proyecto vital¹²⁰. Tenemos a disposición los conocimientos científicos y filosóficos necesarios para saber qué exigencias debemos cumplir para crecer de modo adecuado a nuestra realidad personal y tener así cierta garantía de felicidad.

Nuestra meta ha de ser enriquecer la vida humana

Nuestro lema como personas y como miembros de una sociedad ha de ser éste: "Lo mejor, para el mayor número". Los que tengan preparación para ello han de investigar, con seriedad de profesionales, lo que es e implica la vida humana. Lo decisivo en ética no es tanto fijar un elenco de deberes y virtudes cuanto lograr una idea del hombre adecuada a la realidad del mismo. Para conseguir este discernimiento, necesitamos en primer lugar contrarrestar eficazmente la pereza intelectual, de la que se derivan las actitudes menesterosas a que antes aludí -*reduccionismo, intrusismo...*-, y que provocan «la abolición del hombre» (Lewis), por cuanto bloquean su desarrollo normal.

- Frente al *reduccionismo*, hemos de procurar descubrir la grandeza del hombre, sus posibilidades ocultas, las implicaciones últimas de su ser. Ello nos exigirá ampliar nuestra mirada, no reducirla al conocimiento de las realidades cuantificables, expresables en lenguaje matemático.
- A la actitud *intrusista* del que se arroga el derecho a manifestarse en público sin haber adquirido tal libertad al precio de una preparación adecuada debemos oponer un espíritu de *seriedad profesional*, una conciencia clara de que todo el que contribuye a modelar la opinión pública debe fundamentar sólidamente aquello que dice, de modo que contribuya al bien de las gentes y no a su desconcierto.
- La *unilateralidad* o *parcialidad* ha de ser sustituida por un estilo de pensar *integral, relacional*.
- La actitud *sectaria* debe dejar paso a un comportamiento *tolerante*, inspirado en el amor incondicional a la verdad.
- La tendencia al escepticismo o desconfianza respecto al poder cognoscitivo de la inteligencia humana ha de ser superada mediante una decidida entrega al ejercicio del conocer, vinculado al de crear toda suerte de encuentros. Para ello no hay que confundir la *prudencia* con la *medrosidad*, la *cautela* con el *apocamiento*.

¹²⁰ Los países sometidos a la dictadura soviética no sólo recuperaron el espacio *físico* de sus países sino también su propio espacio *histórico*, la vinculación con sus raíces culturales y religiosas.

- El *analfabetismo de segundo grado*, es decir, el desconocimiento de las leyes de la vida personal, ha de ser urgentemente superado mediante la práctica lúcida de experiencias de encuentro, debidamente articuladas. Este conocimiento nos permitirá jerarquizar los valores y superar por elevación toda astuta «subversión de valores», o alteración de la «escala de valores».
- El *subjetivismo* y el *relativismo* han de ser superados radicalmente mediante un conocimiento *relacional* que conceda el debido rango al objeto y al sujeto, al hombre y a las realidades que forman su entorno vital. Entonces, nos percatamos de que la vida humana auténtica se asemeja más a una elipse, con sus dos centros, que a una *circunferencia*, polarizada en torno a un solo centro. El centro de la circunferencia asume todo el poder configurador de ésta. Un hombre que quisiera polarizar toda su vida en torno únicamente a su yo, se descentraría, se desquiciaría literalmente, porque su verdadero centro no se halla en sí mismo, tomado a solas, sino en el espacio abierto por dos centros dinámicamente conectados. La falta de un conocimiento *relacional*, capaz de percibir la energía y la densidad que tienen los seres que son fruto de una confluencia de elementos, da lugar al *relativismo*, actitud intelectual que bloquea al hombre por su incapacidad de ver la importancia de las realidades abiertas.

Urge potenciar la capacidad de la inteligencia

Para superar de raíz las precarias actitudes antedichas, hemos de conceder a la inteligencia sus tres condiciones básicas: *largo alcance*, *amplitud* y *profundidad*.

1. Debemos adivinar en qué medida puede nuestra inteligencia superar las apariencias y captar el sentido de cuanto implica nuestra vida. La *libertad de maniobra* tiene la apariencia de ser una forma de *libertad auténtica* cuando la capacidad maniobrera es *total*. Una inteligencia bien ejercitada y, por tanto, madura percibe aquí un malentendido porque ve más allá de esa apariencia. La libertad de hacer en cada momento lo que uno desea puede no significar una auténtica libertad, sino una sumisión servil a las apetencias que pueden llevarnos a un tipo u otro de vértigo destructor. El que está sometido a fuerzas que lo destruyen no puede considerarse libre, sino esclavo.

Puede parecer a una primera mirada que para ser *independientes* hay que dejar de comportarse de forma *solidaria*, ya que esta conducta nos *vincula* en algún modo a los demás. Estamos tentados a considerar que toda forma de *vinculación* se opone a la

independencia. Si penetramos más allá de la apariencia, veremos que la independencia de un ser finito no significa desvinculación absoluta, ruptura de vínculos. Uno se siente de veras independiente cuando se mueve voluntaria y lúcidamente en un *campo de juego* que le ofrece posibilidades de desarrollo personal. Al interpretar una obra musical, dependo de muchas realidades: partitura, instrumento, estilo del autor, etc. Pero, si conozco bien la obra y dispongo de la técnica necesaria, configuro sus formas con facilidad y agilidad, me muevo con libertad por sus avenidas, me siento independiente, autorrealizado. Lo mismo sucede con el cantor al que sus compañeros de coro conceden autonomía e independencia, pero en el curso del canto atempera su voz a la de ellos, adapta su ritmo, vibra con ellos en todo instante. Es independiente y solidario a la vez. En apariencia, ser independiente se opone a ser solidario. Pero tal concepto de independencia es pobre, abstracto, sin más característica que su oposición a todo tipo de vínculo.

Adviértase que la aparente oposición entre independencia y solidaridad se supera cuando adoptamos una actitud creativa. Con ello lo que parecía un *dilema* se convierte en un *contraste*.

Una de las tareas primarias de la inteligencia consiste en conceder a las palabras el sentido que adquieren en cada circunstancia de la vida humana. El término "independencia" carece de sentido pleno cuando lo consideramos en abstracto, sin el sentido concreto que adquiere en cada situación. ¿Qué significa que un cantor es independiente cuando crea una obra musical conjuntamente con otros músicos? Significa que tiene capacidad suficiente para poder colaborar con ellos en dicha tarea. Si de una persona que se halla comprometida en un campo de juego con otras indicamos que es independiente, no queremos decir que puede actuar de forma individualista, sin tener en cuenta a las demás. Los seres humanos somos *ámbitos de realidad*, y el sentido de nuestra actividad viene dado por la función que ejercemos en el *ámbito global* que constituye nuestro *campo de juego*. Ser independiente es una cualidad *positiva* por cuanto denota capacidad de iniciativa y responsabilidad. Se torna *negativa* en cuanto es interpretada como el poder de comportarse de forma arbitraria e insolidaria.

2. Para descubrir el auténtico sentido de un vocablo debemos verlo en su contexto. Esta forma de *ver conjuntamente* constituye la segunda condición de la inteligencia madura: la *amplitud*. Debemos conceder a cada vocablo el sentido que adquiere en diversos contextos: dentro de una actividad creativa o fuera de ella, en un nivel de objetos o en un plano de ámbitos.

3. En un nivel más elevado todavía, la inteligencia debe conceder a cada término su plenitud de sentido, la densidad de contenido que le corresponde, su verdadero poder expresivo. A menudo nuestro lenguaje parece grandioso, pero de hecho resulta vacío, como si fuera la expresión de una cultura desaparecida. Si afirmo *que la libertad humana sólo es auténtica cuando se atiene a la verdad*, ¿cómo aparecen mis palabras a los oyentes actuales: rebosantes de sentido, o más bien, vacías? Mi inteligencia debe asumir a fondo el mensaje que quiero transmitir y comunicarlo de modo que sea asumible en todo su alcance. La inteligencia madura tiene por cometido revitalizar el lenguaje, que es el vehículo expresivo del encuentro.

Una tarea de la inteligencia: revitalizar el lenguaje

Este empeño resulta indispensable cuando se trata de términos que deciden el sentido de nuestra vida. Entre ellos se cuentan *la verdad, el bien, la justicia, el valor, la libertad, el amor, la unidad, la belleza...* Si afirmo que «la belleza es el esplendor del orden», asumo una de las contribuciones más fecundas de nuestra tradición europea a la Historia de la Estética. Pero es de temer que buena parte de mis contemporáneos no logren percibir tal riqueza. No tendría sentido repetir dicha sentencia mecánicamente. Antes de pronunciarla, sería oportuno hacer ver que, cuando se ordenan las partes de un edificio o escultura de modo bien proporcionado y comedido, se obtiene una sensación de *armonía* y de *belleza*. La obra queda orlada de un peculiar *resplandor*. Orden, armonía, belleza y luz van siempre unidos. Tiene pleno sentido afirmar que «la belleza es el esplendor del orden». Ahora, esta frase cobra su plenitud de sentido y se torna transparente.

El poder más enigmático y fecundo de la inteligencia madura consiste en ahondar en las implicaciones últimas de cada realidad o suceso de la vida humana. Supongamos que estoy perplejo ante una elección. Al fin, opto por un camino y digo: «Haré esto porque *debo* hacerlo. Es *bueno* que lo haga». Aquí, el *deber* va unido al *bien*. Nadie me obliga a tomar esa decisión. Soy yo el que me oriento libremente por esa vía. Nadie me *manda* hacerlo, pero alguien tiene *autoridad* para decidirme a ello. ¿En qué consiste esa sutil autoridad que ejerce el bien sobre mí? Hablar del bien –así en general– parece una expresión abstracta, más bien vaga. No es fácil descubrir por qué tiene sobre mí un poder tan preciso y contundente que me lleva a realizar libremente una acción tal vez costosa y renunciar a alternativas más halagadoras. De hecho, sin embargo, hago a diario la experiencia de tal *autoridad*. El bien tiene autoridad sobre mí porque

me *promueve* como persona a cotas de mayor realización. Pero lo hace en cuanto no realizo el bien *para promoverme*, lo que supondría encerrarme en la soledad de mi egoísmo, sino en cuanto me dejo *atraer* por el valor *en sí* de la bondad. «Es bueno hacerlo; por tanto, lo hago».

Percibir claramente la fuerza propulsora que irradia el bien –fuerza de ningún modo coactiva sino liberadora– es privilegio de una inteligencia madura, capaz de captar realidades que se hallan en un plano superior al de las realidades susceptibles de un conocimiento más inmediato y espontáneo. Es el campo de la experiencia «metafísica» que presenta un modo de realidad peculiar, nuclear. El análisis metafísico –bien entendido– es la tarea más apasionante de nuestra vida.

- Se nos dice que debemos respetar a los demás *incondicionalmente*. Pero tal *incondicionalidad* debe ser fundamentada. Una persona puede ser extremadamente menesterosa en todos los órdenes, incluso en el espiritual, pero como persona, es digna de todo respeto. Obviamente, ello no es debido a méritos propios. ¿En qué se basa ese derecho a un respeto *incondicional*? La inteligencia humana está llamada a profundizar en estas cuestiones límite de la existencia, y a descubrir que ese respeto se debe, en última instancia, a la infinita respetabilidad del Creador, a cuya imagen y semejanza fue moldeada toda persona finita. Sin la referencia a este Ser incondicionado, no se entiende que uno se vea *obligado interiormente*, aunque nadie le coaccione desde el exterior, a tratarla con respeto en toda circunstancia.
- Te hallas en una situación de extrema penuria –física, espiritual, económica...–, y te preguntas si tu vida tiene todavía algún *sentido*. Tu inteligencia se ve instada a sobrevolar la existencia, contemplarla en bloque, y ver si hay en ella algo que la justifique, le otorgue algún valor y la haga digna de ser vivida. ¿Qué significa que una vida tenga *sentido* y *razón de ser*? Pensemos que el impulso para vivir plenamente nos lo otorga el *ideal*, el valor eminente que deseamos realizar porque entendemos que es la clave de bóveda de nuestra vida, la que corona los demás valores y los ensambla. Una vida tiene sentido cuando es capaz de realizar dicho ideal. Si tu ideal es crear formas elevadas de unidad y esa meta es alcanzable en las condiciones en que te hallas, descubrirás gozoso que tu vida no está absolutamente malograda sino que puede tener pleno sentido, un sentido mucho mayor que muchas existencias brillantes.
- Tienes posibilidad de realizar un negocio sustancioso sin el menor peligro, pero intuyes que sería injusto y renuncias a una ganancia halagadora, con todo cuanto implica. Una idea aparentemente abstracta –«la justicia»– te impide vivir una historia de ensueño. ¿De dónde

le viene tal poder a esa idea para configurar tu vida sin género alguno de coacción? Te deja libertad exterior, pero te insta interiormente a que no te concedas la libertad de actuar en contra de lo que es *justo*. ¿Qué extraño poder tiene la idea de la *justicia* para que millones de personas se atengan a ella en el secreto de su conciencia? La inteligencia tiene por cometido constatar ese poder, vivirlo interiormente, dar razón de él. No lo puede justificar con el tipo de racionalidad propia de la ciencia, pero es capaz de alcanzar una seguridad interior muy firme de que esa instancia existe y se hace valer en la conciencia. La conciencia es, por así decir, el lugar donde brilla la luz que nos permite comprender muchos aspectos de la vida que no son objeto de conocimiento científico.

El conocimiento *metafísico* no opera con datos verificables por cualquiera, sometibles a comprobación experimental; no es «objetivo» en ese sentido, pero tampoco es meramente subjetivo, aunque su capacidad de penetración en la realidad penda en buena medida de la actitud que adopte la persona que lo ejercita. Para conocer a una persona hay que tratarla con respeto y estima, encontrarse con ella, crear con ella un campo de juego. Esa colaboración de ciertos aspectos éticos de la persona no resta valor al conocimiento, no lo convierte en una mera visión *subjetiva*, en sentido de *arbitraria*. De modo semejante, el conocimiento de que la idea de la justicia *se nos impone* porque *es imponente de por sí* exige de nosotros cierta sensibilidad hacia lo valioso. Pero eso no indica que el valor de la justicia sea *relativo* al hombre que lo asume; es *relacional*, porque se revela al que se le abre con buena disposición, pero éste no se siente dueño de él.

El conocimiento de las cuestiones últimas de la vida exige cierta *tensión interior*, estar *atento a la llamada de los valores* y hallarse *dispuesto a reponder activamente a la misma*. Esa tensión exige *energía espiritual*. Por eso decae cuando uno se deja invadir por el *cansancio*. Nada extraño que –como hemos visto– el gran filósofo Edmund Husserl, tras una vida consagrada al análisis de cuestiones filosóficas muy radicales, alejadas –al menos aparentemente– de la vida cotidiana, se haya mostrado en su vejez preocupado por la postración espiritual de Europa debido a la apatía de muchas gentes.

Fecundidad de una actitud diligente ante la vida

Si superamos la tentación del *cansancio* –que responde a una actitud de desconfianza en el poder de la inteligencia– y adoptamos una actitud *diligente*, perfeccionamos nuestro conocimiento de modo espectacular:

- Advertimos que, en el ámbito de nuestra vida, hay modos de realidad distintos y a ellos debemos acceder por caminos diferentes, es decir, ejercitando *métodos* distintos, dotados de modos propios de *racionalidad*. No se ejercita el mismo tipo de razón cuando se analiza el movimiento de un cuerpo grave que cuando se percibe la ternura de un Andante de Mozart. Al ampliar y diversificar el concepto de racionalidad, se ensancha nuestro campo de visión y de creatividad, abrimos nuevos horizontes a nuestro conocimiento y nuestra vida de relación.
- Esta ampliación del horizonte nos pone en contacto con realidades que nos ofrecen posibilidades de actuar con sentido. Al asumirlas, *participamos* en ellas. Esa participación crea tipos de unidad muy altos y fecundos. Esa trama de relaciones íntimas del hombre con la realidad circundante es denominada *Cultura*.
- Al ir creando vida cultural auténtica, damos a nuestra personalidad la amplitud y envergadura a que está llamada. Nos desarrollamos, así, de forma plena y adquirimos nuestro sentido cabal.
- En esa trama de relaciones juega un papel decisivo nuestra vinculación con la verdad, el bien, la justicia, la belleza... Las exigencias que estas realidades singulares nos plantean constituyen para nosotros un criterio de vida que, en principio, parece sernos externo y extraño pero que acaba siéndonos *íntimo* cuando adoptamos una actitud creativa ante las apelaciones de nuestro entorno vital. Tal criterio o canon de vida no fue establecido por nosotros; nos viene *dado, propuesto, ofrecido como una fuente de posibilidades de vida en plenitud*. Si estamos abiertos de modo activo a este tipo de ofertas, no las interpretaremos como algo *impuesto* que frena nuestra libertad de elección y actuación, sino como la condición ineludible para ser *libres de modo creativo*. Captar estos decisivos matices es tarea de la inteligencia madura¹²¹.

¹²¹ La dificultad de vincular el afán de ser libres con el amor a la verdad fue expuesta con lucidez por la gran escritora Sigrid Undset en el relato de su conversión: «Muchos se imaginan, pues, que tendrían una magnífica libertad si pudieran huir a un mundo en que los hombres decidieran por sí mismos sobre la naturaleza de las cosas y sus propiedades. En la realidad de la vida en que hemos nacido, la naturaleza de las cosas y sus propiedades están decididas. Todo está condicionado a leyes. A los hombres, tal como son, se les ofrece una sola posibilidad de ser libres: abrirse un camino a través de esa red de causas y de conexiones. Y su tentativa desemboca con demasiada frecuencia en el embotellamiento o en el obstáculo. En este mundo no podemos tener más que una clase de libertad. Aquella en la que piensa nuestro Señor cuando dice: “La verdad os hará libres”. Pero, incluso después de haber reconocido esta verdad y desde ese momento haber llegado a ser libres –por más que los factores deterministas de la vida no nos puedan mantener encadenados–, no es posible conservar esta libertad más que a costa de una lucha ininterrumpida contra los poderes que se han desechado. Ante todo es necesario luchar contra la tentación de mirar hacia atrás y de suspirar por el antiguo país de ensueño, novelesco, donde no importa cuántas

Nos percatamos de que constituye un privilegio contar con criterios de vida que nos vienen sugeridos por una instancia superior a nosotros, en principio externa y extraña pero susceptible de convertirse en lo más íntimo de nuestra personalidad, porque nutre nuestra capacidad creadora. Es magnífico para nosotros vernos inmersos en el bien, la verdad, la justicia, la belleza... como en un campo de gravitación que nos atrae, nos vincula y *ob-liga* con un tipo de *obligación nutricia*. La inteligencia madura tiene por cometido primordial *educarnos*¹²² *para la verdad*, lo que equivale a *despertar nuestra sensibilidad para lo valioso*, para ese tipo de realidades que nos ofrecen posibilidades de crecimiento personal. Esa sensibilidad acrecentada nos dará *coraje para vivir según los dictados de la conciencia moral*.

- Descubrimos que la conciencia moral tiene una poderosa capacidad de persuasión porque implica *un amor incondicional a la verdad*, a la que ve como algo muy cercano que nos atañe íntimamente por ser nuestra razón última de vivir, la que da pleno sentido a nuestra existencia. La verdad es para mí la *patentización de la realidad*, sobre todo la que concierne a mi vida. Por mi condición limitada, empiezo viendo la realidad desde mi peculiar perspectiva. Pero a lo largo de los años, voy observando que mi realidad personal y la de los demás pide apertura, creación de vida comunitaria, y ésta exige generosidad, veracidad, bondad... Para desarrollarme debidamente, debo ser bueno con todos. Esa es mi verdad, la verdad de mi realidad, tal como me ha sido dada. Esa realidad así patentizada -esa verdad mía- debo acogerla y aceptarla como el don primario que me hizo el Creador. Esa aceptación agradecida establece un vínculo íntimo entre mi realidad y mi yo consciente y libre. Mi verdad es lo más profundamente mío, mi manifestación genuina. No es algo externo que se me impone hoscamente y debo tolerar porque se trata de un hecho consumado en el que no he podido tomar parte. La verdad, la bondad, la justicia, la belleza... se nos muestran como *imponentes* porque provienen de un plano de realidad superior pero forman parte de nuestra realidad total -nuestro «ámbito de vida»-, de modo que podemos *participar* en ellas. Lo que se me *impone* desde fuera coactivamente me *manda* que siga sus órdenes, pero no me invita a asumirlo como una fuente de posibilidades y de vida. No me enriquece, por tanto, y no deja nunca de serme externo y extraño. Lo que

sean dos por dos, y donde cada uno decida por sí mismo cuál ha de ser la verdad». «... Queremos tener alguien, por encima de nosotros, en quien confiarnos y a quien podamos admirar. Mejor dicho, a quien podamos amar». Cf. *Testimonios de la fe. Relatos de conversiones* (Rialp, Madrid 1953) 144-147.

se manifiesta como *imponente debido a su valor*, a su capacidad de ofrecerme posibilidades de actuar con sentido, me invita a hacer juego con ello y a asumirlo en mi intimidad. Por eso es de lamentar que los hombres actuales, en general, no estén convencidos de que *sólo en la verdad pueden encontrar la salvación*.

- Constatamos que se equivocan los parlamentarios que se esfuerzan en proteger la trama de bienes personales y sociales que se hallan en la base de la convivencia humana pero dejan de lado la *protección de la verdad*, que a su entender no pertenece a nadie y no necesita ser custodiada y defendida. Sólo parecen merecer protección los bienes tangibles, tanto materiales como espirituales, como son las pertenencias, la libertad de movimiento y expresión, el honor personal... Debieran pensar en la conmoción que provoca en la vida social el hecho de que las personas corten la relación íntima con la verdad, el bien, la justicia, la belleza..., y se queden sin puntos de anclaje, en una especie de ingravidez espiritual que no significa una mayor libertad interior sino una falta total de *densidad personal*. Esta ruptura no nos aleja de una instancia externa y ajena; nos desvincula de algo que constituye una referencia firme para nuestra comprensión de la vida y nuestra conducta. Con ello nos deja inermes frente a cualquier arbitrariedad que provenga de los demás e incluso de nosotros mismos. Cuando estamos atentos al bien, la verdad, la justicia, la belleza..., ganamos perspectiva para discernir lo que es verdadero, justo, bueno y bello; nos liberamos de incertidumbres y perplejidades que pueden desorientarnos gravemente; nos hacemos coherentes en nuestro pensar y actuar; salvamos el peligro de pensar que nuestros deseos convierten lo *deseado* en verdaderamente *deseable*...
- Percibimos claramente que, al anclar nuestro ser y nuestro comportamiento en la verdad, el bien, la justicia, la belleza..., procedemos con total *sinceridad*, porque aceptamos con ello nuestra plena verdad, el tejido de relaciones que constituye nuestro *campo de realidad*, nuestro *ámbito de vida*. Con ello nos volvemos *íntegros*.
- Al ver en acción las posibilidades de nuestro ser total, visto con esta integridad y sinceridad, comprendemos que *nuestra razón no está agotada*, no es *un pensamiento débil*. Puede serlo cuando rebajamos voluntariamente el voltaje espiritual de nuestra vida y ejercitamos el pensamiento *a solas*, sin el concurso fecundante de la voluntad, el sentimiento y la capacidad creadora. No lo es si ensanchamos nuestra mirada y la dirigimos a las realidades

¹²² *Educare* proviene del latín *educare* emparentado con *educere*, sacar de. El educador *despierta* en el educando la conciencia dormida de algo que ya posee y en el fondo conoce, siquiera implícitamente. Es, como Sócrates, un «partero de ideas y sentimientos»

más capaces de ofrecernos posibilidades de actuar con pleno sentido. Realizo diversas experiencias –estéticas, éticas, metafísicas, religiosas...–, y ahondo en ellas un día y otro hasta que descubro su afinidad mutua, el hecho de que en todas voy buscando una realidad en virtud de la energía que ella misma me otorga. Mi pensamiento, en este caso, no es *débil*, sino *penetrante*, perfora la superficie de las apariencias y destaca una cualidad sutil de las experiencias más hondas del hombre, las que deciden su desarrollo como persona. Esto exige poner la mente en tensión, *ver más allá* de lo inmediato, considerar varios aspectos de la realidad *al mismo tiempo*, ahondar en la *articulación profunda* de las experiencias. He aquí las tres condiciones de la inteligencia madura: *largo alcance, amplitud, profundidad*.

- Compartimos con diversos autores contemporáneos la convicción de que es urgente superar la tendencia al reduccionismo y escepticismo, presentes en diversas corrientes del pensamiento actual, y poner nuestra mente a pleno rendimiento para empezar a edificar tramas de pensamiento sólidas y fecundas, abiertas a horizontes que satisfagan el anhelo humano de plenitud. «Necesitamos hacer un poco de luz, empezar a pensar, poner un cierto orden en nuestros esquemas, en nuestras ideas, en nuestra misma sociedad». «Sólo cultivando la inteligencia de este modo, lograremos salir de la crisis cultural en que nos encontramos». «Hace falta una revolución de las mentes; una revolución lenta y pacífica que conmocione nuestros esquemas de pensamiento para poder afrontar con realismo los grandes problemas de la humanidad»¹²³.

Estas admoniciones de un buen conocedor de la situación de la cultura actual, nos invitan a confiar en la capacidad de nuestra inteligencia para conocer a fondo la realidad y cultivarla con empeño a fin de clarificar el sentido último de la vida humana. Este cultivo es realizado de forma sistemática en el proyecto educativo «Escuela de Pensamiento y Creatividad» que estoy promoviendo desde hace un decenio en España e Iberoamérica. Ante la aversión de ciertos grupos hacia el entendimiento y cuanto significa en la vida humana, este proyecto se acoge decididamente al espíritu que late en estas sabias advertencias: «¡Intellectum valde ama!» (ama al entendimiento profundamente); «El pensamiento es nuestra dignidad». «¡Travaillons, donc, à bien penser!» (esforcémonos, pues, en pensar bien; Pascal). La grandeza del hombre se mide por la cantidad de verdad que puede soportar» (Friedrich Nietzsche).

¹²³ Cf. Card. Paul Poupard, Presidente del Consejo Pontificio para la Cultura: "La luz de la inteligencia", en *Humanitas* nº 13, p. 23.

- La opinión «postmoderna» de que no es posible al hombre elevarse al conocimiento «metafísico» es debida a múltiples causas. Entre ellas descuella la falta de la luz que nos dan las experiencias auténticas. Se dio por consabido durante mucho tiempo que el conocimiento debe ser una actividad «objetiva» en sentido de no contaminada con sentimientos subjetivos, y, por tanto, fría, incomprometida, desinteresada. Como el conocimiento de las realidades que superan la condición de meros objetos exige el compromiso, la estima y el respeto por parte del sujeto de conocimiento, se tendió a afirmar que este tipo de conocimiento es «irracional». Con ello se invalidaba su condición de saber auténtico, controlable y verificable y, por tanto, compartible por todos¹²⁴.

Lejos de ser irracional, el conocimiento de las realidades «superobjetivas» presenta un modo de racionalidad superior al conocimiento de las realidades «objetivas». Maurice Merleau-Ponty advirtió que «la tarea del siglo XX consistirá en integrar lo irracional en una razón ampliada»¹²⁵. Según ya indicamos, si hay diversos modos de realidad, debe haber vías que conduzcan a cada uno de ellos. *Vía* o *camino* se decía en griego *hodós*, de donde se deriva *methodos*. A cada tipo de realidad se accede con un «método» propio. Reconocer que se requieren métodos distintos para conocer las diferentes vertientes de la realidad es *ampliar el alcance de la razón*.

El conocimiento de lo valioso exige compromiso personal

No es fácil aceptar esta ampliación del alcance de la inteligencia y la razón, porque el conocimiento de las realidades superiores *compromete espiritualmente* a quien desea adquirirlo. Los valores, por ej., sólo se revelan a quienes escuchan su invitación a asumirlos en su vida. Una persona únicamente se manifiesta en lo que es a quien cumple las exigencias del encuentro –generosidad, fidelidad, cordialidad...-. El bien no se comunica sino a quien se haya dispuesto a acoger su apelación, su exigencia a ser realizado. Los valores no sólo existen; piden ser

¹²⁴ La costumbre, procedente en parte de Pascal, de distinguir «verdades del corazón» y «verdades de la razón» puede hacernos olvidar que el conocimiento *racional* de ciertas realidades exige, de por sí, el concurso de *todas las facultades humanas*, no sólo la inteligencia. Convendría aquí tener en cuenta el tipo de pensamiento que diversos autores contemporáneos denominan «existencial». «Pensamiento existencial quiere decir que el sujeto cognoscente adquiere clara conciencia del sentido del objeto en la medida en que lo toma “en serio”. Y, viceversa, la afirmación que hace le revela su sentido en la medida en que la deja entrar en su vida y permite que determine su mentalidad, su conducta, su acción» [Cf. R. Guardini: *La existencia del cristiano* (BAC, Madrid 1997) 9]. Véase, en la Introducción, las precisiones que hago sobre este tema, cf. o. c., XVII-XIX.

¹²⁵ *Sens et non sens*, Nagel, Paris 1948.

realizados. Esa petición no es captada sino por quienes están dispuestos a escucharla. Resulta, por ello, más cómodo mantener la atención dirigida al nivel de la realidad dominable por nosotros con un tipo de conocimiento espontáneo o bien científico. En niveles superiores, el conocimiento puede ser más profundo y decisivo para configurar la vida, pero siempre es menos controlable por el hombre, menos exacto y seguro. Los que prefieren la seguridad y la exactitud a la fecundidad suelen considerar como única forma de conocimiento racional riguroso el que es susceptible de expresión matemática. Esta posición «cientificista» –fruto del *cansancio* del que hablaba Husserl– resulta peligrosa, por unilateral y parcial. Ha de ser superada mediante una actitud de confianza realista en las posibilidades que tiene la inteligencia, cuando la ejercita toda la persona, con su voluntad, su sentimiento, su capacidad creadora.

- En la desvalorización de la inteligencia influyó notablemente el temor al poder que tiene de planificar los conflictos bélicos. Tras la primera guerra mundial, diversos pensadores, literatos y artistas se inclinaron a buscar la unidad con el entorno a través de la vida sensorial e instintiva, con un expreso deseo de no contar con los modos de relación que abre la inteligencia. Los sentimientos, la sensibilidad y las fuerzas instintivas garantizan una forma de unión con el entorno que se asemeja a la *unión sin distancia* propia del animal. Recordemos un texto ya citado: «No hables más. Deja que tu mano se pasee sobre mí. Déjala que sea feliz sola», propone Eurídice a Orfeo en la obra teatral de Jean Anouilh *Eurídice*¹²⁶. La sensibilidad une, pero no reconoce responsabilidad alguna, no puede planificar ni la amistad ni la confrontación. La unión sensorial no genera un tipo de unidad propiamente humano. Por eso Orfeo contesta sensatamente que no puede reducir la unión con su amada al mero tacto. Astutamente, Eurídice le replica que, si no puede, se *calle* al menos, porque el lenguaje distancia, no permite quedarse en la unidad de fusión e invita a crear con cada realidad del entorno un *campo de apertura* en el que sea posible ejercitar la creatividad, planificando la paz o la guerra, una vida de amor o de odio.
- Observamos claramente, al estudiar las manifestaciones de esta nostalgia por el mundo infrahumano, infrarresponsable, infracreador, que la paz no se asegura dando primacía a la unidad sensible e instintiva con las realidades del entorno, sino al tipo de unión íntima que se instaura entre diversas personas y grupos cuando se convierte la distancia que existe entre unos y otros en un *campo de juego* o *encuentro*, porque en éste lo externo y extraño se convierte en íntimo sin dejar de ser distinto. Para superar la posibilidad de los conflictos, la vía regia no es

¹²⁶ Cf. o. c., en *Teatro* (Losada, Buenos Aires 41968) 280; *Eurydice* (La Table Ronde, París 1958) 143-144.

tanto prescindir de la capacidad que tiene la inteligencia de establecer una relación de *distancia* entre los seres sino conseguir que tal distancia no degenera en *alejamiento*, antes florezca en *distancia de perspectiva* y dé lugar a una relación de *presencia*. Esa conversión tiene lugar cuando el hombre pone en juego su inteligencia con voluntad generosa de crear unidad« no con afán de dominar a los otros seres. No reside el peligro de conflicto en el uso de la inteligencia, sino en la sumisión de la misma a la voluntad de poder y dominio.

- Advertimos que entregarse a la sospecha de que la inteligencia humana no tiene poder de penetración en las cuestiones últimas de la existencia no es signo, como a menudo se da por supuesto, de una postura «moderna», crítica, evolucionada, «progresista», sobriamente objetiva, sino de una actitud miope y depauperante. Lo que favorece el verdadero progreso humano es la promoción de una vida intelectual poderosa, atendida a la realidad, a *todos los niveles* de la realidad, no sólo a los que se ofrecen a una visión inmediata y a un análisis científico. En un momento histórico que concede primacía a las imágenes rápidas, relativas más bien a meros hechos superficiales que a procesos creativos, conviene destacar que una idea bien meditada, que suponga una *clave de orientación*, nos da luz para toda la vida.

Una imagen clarificada por una de estas ideas adquiere una luminosidad isorprendente. Vista a solas, puede resultar opaca, inexpresiva. Lo decisivo es dinamizar las imágenes y las ideas con la creatividad propia de la vida espiritual, en todas sus dimensiones. Veo *El expolio* de El Greco en la sacristía de la catedral de Toledo. En medio del cuadro, la figura de Jesús, con su túnica color rojo escarlata, se destaca del conjunto. Sólo el azul del manto de María la retiene un tanto. En torno a la cabeza del Maestro se amontonan los rostros aviesos de quienes se apresuran a despojarlo de sus vestidos. Jesús mira hacia lo alto con mirada extática, como un hombre que se entrega a su tarea plenamente a pesar de la hostilidad del entorno. Esta interpretación la fragua la inteligencia y la trasmite a las imágenes, que se tornan así transparentes y se cargan de sentido.

El pensamiento relacional es integrador

Frente a las distintas formas de pensamiento unilateral y unidimensional, el *pensamiento relacional* se propone como tarea primordial integrar todas las vertientes del hombre para que se enriquezcan mutuamente: inteligencia, voluntad, sentimiento, imaginación, capacidad creativa de todo orden... Recordemos que las obras de arte valiosas están integradas por siete modos de realidad bien articulados entre sí. La experiencia estética debe captarlos todos a la vez en su

mutua implicación. Esa captación no es sólo una cuestión intelectual; implica *la vibración de la persona entera*.

Advertimos que para evitar mil malentendidos sobre el valor y las posibilidades de la inteligencia, conviene percatarse de que ésta juega un papel decisivo en nuestra vida porque nos permite captar los ámbitos y los entreveramientos de ámbitos. Su objeto propio no son tanto los conceptos *universales*, cuanto los *ambitales*. Los ámbitos son realidades concretas y abiertas, prontas siempre a entreverarse con otras y crear ámbitos de superior envergadura. Este entreveramiento implica ofrecimiento de posibilidades y presenta, por ello, carácter creativo. Dar por hecho que la inteligencia trata sólo con abstracciones y hace rígido cuanto toca lleva a errores graves que comprometen el prestigio de la vida intelectual.

De modo semejante, se piensa que la metafísica trata con objetos de conocimiento abstractos, alejados de la realidad cotidiana. Se olvida que la experiencia metafísica es *reversible* y exige tensión espiritual, capacidad de asumir posibilidades y de ofrecerlas. Este intercambio implica una actitud de amor, entrega, respeto, estima... En la misma medida, supone un compromiso personal y exige al sujeto cognoscente mucho más que los modos de conocimiento que se dirigen a dominar intelectualmente las realidades objetivas.

Debiéramos celebrar que existan estas realidades que sólo se nos revelan cuando estamos dispuestos a acogerlas activamente, con una actitud de estima y compromiso creador. Son realidades independientes del sujeto que las piensa; son, por tanto, "objetivas" en este sentido, pero superan a los objetos en rango, por su capacidad de ofrecer unas posibilidades y recibir otras, como sucede con un poema, una obra musical, una institución, un valor, una persona o grupo... Han de ser calificadas de «superobjetivas» o «ambitales». Estas realidades tienen un modo de «objetividad» tal que no se oponen al sujeto de conocimiento; son su compañero de juego, su «Partner». No hay, pues, que escoger entre ser «autónomos» y ser «heterónomos», es decir, entre defender la libertad y autonomía del sujeto de conocimiento y reconocer la necesidad de que éste se atenga a las realidades que le ofrecen posibilidades de juego. Ambos aspectos se exigen y enriquecen mutuamente.

De modo análogo, el esquema «libertad–verdad» vivir libremente y acatar la verdad, no constituye un *dilema*, sino un *contraste*. Somos auténticamente libres, con libertad creativa, configuradora de nuestra personalidad verdadera, cuando realizamos en la vida el tipo de actividades que nos demanda nuestra misma realidad personal, tal como se nos va manifestando a lo largo de la existencia. Lo que yo voy llegando a ser en cada momento, en vinculación a las realidades y circunstancias que me rodean, se me patentiza con bastante claridad en los

momentos privilegiados de la vida: éxitos importantes, decisiones especialmente responsables, visiones lúcidas sobre el decurso vital... Esa realidad así patente es nuestra *verdad*. He de asumirla como la fuente de mi energía, la base de mi desarrollo. Al actuar vinculado a esa *trama de realidad* –o *ámbito personal*–, me siento libre, encajado en un conjunto dinámico, ensamblado en mi verdadero *lugar de realización*, como la elipse que vibra entre sus dos centros.

Esta vibración interna implica una forma de unidad muy alta y muy fecunda; constituye el contrapolo de la escisión entre el yo y el entorno. Ortega afirmó, en frase que hizo fortuna: «yo soy yo y mi circunstancia». Pero, de otra parte, sostuvo enérgicamente que «la verdad del hombre es su soledad» ya que dos vidas son en rigor incommunicantes¹²⁷. Lo serían si su entorno estuviera formado sólo por objetos, no por ámbitos. Un objeto que no pueda ser convertido en ámbito al hilo de la actividad creadora del hombre le será siempre externo y extraño a éste¹²⁸.

Por eso es tan empobrecedor el cientificismo. El conocimiento científico es sobremano eficiente, pero la suposición de que es el único método auténtico de acceso a la realidad resulta sumamente pernicioso por reductora y depauperante. Da por supuesto que «el mundo entero sólo consta de cierta clase de entidades»¹²⁹. Es temible esta reducción del mundo humano –el campo de juego que vamos constituyendo en nuestro entorno a lo largo de la vida– a un conjunto de realidades que podemos someterlas a un modo de conocimiento exacto y seguro –dentro de ciertos límites– pero no pueden crear con nosotros formas elevadas de unidad por no ofrecer posibilidades de juego creador. Por eso suelo proponer que se comience el análisis de la inteligencia y el conocimiento humano por la descripción de los distintos niveles o modos de realidad, entre los que descuellan los «ámbitos», o realidades abiertas.

Al no conocer los ámbitos, no se crean relaciones de encuentro y no se alumbra la luz que en ellos surge. Entonces se llega poco a poco a sospechar que la inteligencia carece de poder de penetración en la realidad; no puede afirmar nada definitivo sobre las cuestiones últimas de la vida; todos sus juicios son relativos; sus opiniones son puras perspectivas tomadas sobre la realidad y, como tales, son igualmente dignas de respeto, legítimas y válidas. La visión negativa de la inteligencia comienza a fraguarse cuando no se descubre la existencia de los ámbitos y se empobrece el análisis de la realidad. *Con una experiencia empobrecida no es posible elaborar una teoría del conocimiento adecuada*. La vida intelectual auténtica comienza

¹²⁷ *Obras Completas VI* (Revista de Occidente, Madrid 1961) 347; *El hombre y la gente* (Revista de Occidente, Madrid 1957) 24, 73.

¹²⁸ Véase sobre estos temas, mi obra *Inteligencia creativa*, o. c., 94-97, 128-130.

cuando acertamos a descubrir la riqueza de la realidad en sus vertientes cotidianas. De ahí la importancia de la afición del niño a practicar el juego y oír cuentos, ya que ambos -los cuentos y el juego- están constituidos por tramas de *ámbitos*, no de objetos. Es lamentable, por ello, que los adultos los consideren como una mera diversión y se esfuercen por conseguir que los niños los dejen de lado en favor de lo que consideran como único «serio», que es el trabajo.

Los ámbitos, al entrecerse, dan lugar a experiencias reversibles y a modos diversos de encuentro, que enriquecen nuestra vida y le dan sentido y luz. Nos conocemos al encontrarnos. Pero encontrarse supone tensión creativa, intercambio de posibilidades. Entrevemos que *la inteligencia humana empieza a cobrar confianza en su poder de penetración cuando actúa unida a la voluntad creativa*. Es el descubrimiento que se realiza paulatinamente a través de la citada obra *Inteligencia creativa*. La capacidad de penetración en la realidad no procede tanto de una especial sutileza de la mente cuanto de nuestra decisión a actuar de modo creativo. Por eso la sabiduría brota a lo largo de una amplia experiencia de encuentro más que en gabinetes de estudio cerrados a la vida de convivencia. Empezamos a pensar con penetración cuando sentimos que el mundo en torno ofrece multitud de posibilidades de interrelación fecunda, que es una fuente de *iluminación del sentido de la existencia*.

Estos ámbitos y las posibilidades de encuentro los descubrimos cuando cambiamos la voluntad de poseer y dominar por la de respetar y colaborar. Si sólo pienso en poseer cosas y disponer de ellas a mi arbitrio, corro peligro de pensar que lo único que existe es *mi* verdad, *mi* sentimiento de la belleza, de la justicia, de la bondad... Mi verdad es el conjunto de mis opiniones, pareceres, gustos y sentimientos. Yo soy su origen y su destino. Me atengo a ellos, conformo mi conducta a ellos, soy coherente con mi estilo de pensar y sentir, y esto me justifica. La verdad en abstracto se me antoja algo lejano que no puedo configurar, que me afecta desde fuera y desde lejos. ¿Qué sentido tiene que adapte mi vida a algo que se halla fuera del ámbito de vida?

La verdad nos atañe vitalmente

Estas preguntas, aparentemente juiciosas, nos instan a subrayar que, al hablar de *la* verdad, no aludimos a algo abstracto, general, extraño a la vida de cada uno de nosotros; hablamos de la realidad en la que somos y vivimos, la que constituye la fuente de nuestra energía, el universo en el que hemos venido a la existencia y en cuyos campos -gravitatorios,

¹²⁹ J.P. Miranda: *Apelo a la razón* (Salamanca 1988) 48.

electromagnéticos...- estamos instalados, la tradición que ha ido creando los ámbitos de vida cultural que constituyen el «mundo» en que desarrollamos nuestra vida... La verdad es la manifestación luminosa de la realidad que hizo posible nuestra existencia y la nutre incesantemente. Desde antiguo se dice que «nada humano me es ajeno». Podemos agregar que nada existente me extraño; todo constituye mi *lugar de habitación*. Cada día la ciencia nos hace más patente esta verdad. Y debemos grabarla en nuestro interior, meditarla hasta llegar a la conclusión de que es magnífico que estemos vinculados y obligados a un mismo universo y que una misma *verdad* nos una a todos, nos fecunde y nos plantee unas exigencias determinadas para desarrollarnos. Esa verdad es muy compleja, y debemos esforzarnos en ir la conociendo cada día un poco más plenamente. Para lograrlo, debemos acercarnos a ella desde la perspectiva en que nos hallamos, y complementar nuestro punto de vista con el de los demás, los que viven activamente y los que forman nuestro pasado histórico. *A la verdad vamos en comunidad, solidariamente*. Esa verdad común, buscada entre todos con espíritu de tolerancia, garantiza la estabilidad y firmeza de nuestras convicciones y actitudes, y hace posible la fidelidad. Sin la fidelidad a una verdad común, la vida social sólo puede hallar un criterio de cohesión y concordia en el *consenso político*, siempre susceptible de manipulaciones espurias¹³⁰.

Si, como persona –no como mero individuo–, me acepto con todo lo que abarca mi ámbito de realidad –mi vinculación al Creador, a la verdad, la justicia, la bondad, la belleza...–,

– no tendré miedo de perderme o enajenarme al entregarme y obligarme a todo ello, porque no son realidades externas o ajenas a mi ser; son más íntimas que mi propia intimidad, pues su peculiar fuerza de imposición constituye el impulso último de mi obrar, y su sentido más profundo.

– Veré mi verdad unida fecundamente a la verdad de todos, como mi realidad lo está a la realidad conjunta donde existe todo ser. Al preferir la colaboración con los demás a dominarlos y tener seguridad, sentiré alegría al pensar que no hay oposición entre mi verdad y la verdad de la humanidad entera. La verdad de la humanidad, la patentización de su realidad nos revela que los hombres somos "seres de encuentro": vivimos como personas, nos desarrollamos

¹³⁰ Romano Guardini vió con lucidez la necesidad que tiene el hombre de la verdad para crecer debidamente: «El hombre necesita la verdad; vive de ella, como vive de la comida y la bebida» (*Den Menschen erkennt nur wer von Gott weiss* (Grünwald, Maguncia 1965) 70; *Quien sabe de Dios conoce al hombre* (PPC, Madrid 1995) 179); «Cuando el hombre rechaza la verdad, (...) enferma espiritualmente». Cf. *Welt und Person* (Werkbund, Würzburg ⁵1962) 96-97; *Mundo y persona* (Cristiandad, Madrid ²1967) 183-184).

y perfeccionamos creando diversos modos de encuentro. ¿Cómo vamos a querer acantonarnos en nuestra verdad particular? Sería una actitud contraria a nuestro modo de ser.

Vemos así que el empobrecimiento de la inteligencia y la razón no procede de la falta de una técnica adecuada de pensar, sino de la incapacidad para descubrir la riqueza de la realidad, que es la que nos hace posible crear una serie de interrelaciones fecundas. Si no estamos abiertos, con actitud de amor y agradecimiento, a esta vida de convivencia, apenas reconoceremos la existencia de realidades de alto rango que no son posibles ni dominables, sino piden respeto y ofrecen colaboración. Por eso tantos y tan penetrantes autores contemporáneos, sobre todo los "existenciales" y los "dialógicos", subrayan con energía que el conocimiento de las realidades "superobjetivas" debe ir unido al compromiso y el amor.

No faltan quienes afirman con aire de exaltación que no existen verdades *absolutas*, que no podemos emitir juicios *definitivos* sino sobre lo que nos interesa para nuestros intereses cotidianos. Esto significa plantear el tema del conocimiento en el plano de las realidades posibles y dejar de lado, como si fuera inaccesible, el nivel de las realidades que hacen posible la creatividad. Esta voluntad de hacer las paces con lo efímero significa un empobrecimiento injustificado de la vida humana. *Injustificado*, porque tal actitud no responde a una necesidad de nuestra naturaleza, sino a una renuncia deliberada y voluntaria. Se opta por orientar la vida, de modo unilateral, hacia aquello que es dominable, a fin de aumentar a capricho las propias gratificaciones.

Se afirma, a veces, que esta consagración a lo efímero le corta el cuello a la retórica grandilocuente de las dictaduras, que se apoyan en ideas pretendidamente absolutas y en convicciones inquebrantables. Ciertamente, se ha abusado a menudo de la estima que el pueblo suele tener hacia los grandes ideales. Pero eso no indica que debemos ordenar nuestra vida sin tener en cuenta los valores más altos, susceptibles de ser convertidos en *ideal*. "La corrupción de lo óptimo -decían los latinos- es lo peor que hay". Cuando un tirano absolutiza su pensar y su querer, e intenta legitimar su conducta con el señuelo de conseguir un ideal sublime -salvar el honor de la patria, extender sus dominios, etc.-, lo hace precisamente porque no admite que la verdad de la realidad nos obligue a todos y nos pida estima y respeto *incondicionales*. El respeto *incondicional* al Ser Supremo y a la realidad creada en la que vivimos elimina de raíz los *absolutismos* políticos.

Lo decisivo es ejercitar un tipo de inteligencia que nos abra a nuestra riqueza total, sin dejar de lado las vertientes más exigentes. La Ilustración atribuyó al ser humano una autonomía total, y provocó el empobrecimiento de la vida. Debemos subrayar la independencia del yo, pero

también su *responsabilidad*, su capacidad de *responder activamente* a la apelación de lo valioso y grande, que en buena medida le supera. Nuestra vida puede parecer que se reduce a una serie de instantes fugitivos. Pero cada uno de ellos adquiere un valor de eternidad cuando la vida humana está vinculada al Creador. Con razón, para Adolf Reinach -el profundo fenomenólogo- «pensar era (...) vivir en lo maravilloso»¹³¹.

Es decisivo acostumbrarse a pensar de modo concreto y relacional, atento a cada una de las realidades, vistas en toda su riqueza y su capacidad de vibrar con otras. Ese lugar de comunicación activa y fecunda es donde se da el amor, la creatividad, el sentido, el juego creador, la alegría, el desarrollo personal. Cuando uno se ensambla en la trama de ámbitos que se crean en la interacción viva de las personas se halla *en verdad*, se siente realizado y descubre por propia experiencia que *la verdad nos hace libres*.

La unidad europea requiere un nuevo sistema educativo

El cardenal Newman, ilustre convertido del anglicanismo al catolicismo, advirtió en su tiempo que «es más importante luchar contra todas las desviaciones del pensamiento que conseguir algunas conversiones o confinarse en peleas confesionales»¹³². En efecto, ordenar bien la mente, configurar un estilo de pensar adecuado es decisivo, ya que lo más importante en la vida no es tanto poseer muchos conocimientos cuanto lograr una idea justa de lo que debemos ser y cómo hemos de lograrlo. Este logro implica diversas tareas:

1ª. *Aprender a distinguir los modos de realidad que componen nuestro mundo cotidiano*. Una obra de arte cualificada presenta siete modos de realidad diferentes. Lo mismo cabe afirmar del acto de escribir o de saludar dando la mano. En cada momento debemos saber en qué nivel de la realidad nos estamos moviendo. Podemos hacerlo en diversos niveles a la vez, o en uno solo. Al saludarte, apretando tu mano derecha con la mía, me muevo en varios niveles a la vez: el físico, el fisiológico, el psicológico-afectivo, el sociológico, el simbólico... Si, al apretar tu mano, fijo mi atención exclusivamente en las cualidades físicas de la misma -calor, humedad, tersura...-, me quedo confinado en un solo nivel. Esta atención unilateral a uno de los modos de realidad que integra la persona significa un *reduccionismo* sumamente peligroso porque no hace justicia a su forma compleja de ser.

¹³¹ Apud John Oesterreicher: *Siete filósofos judíos encuentran a Cristo* (Aguilar, Madrid 1961) 150.

¹³² Apud Card. Paul Poupard: *El horizonte de la libertad. En camino hacia la nueva Europa* (Ciudad Nueva, Madrid 1994) 24.

En la vida humana juegan un papel primordial dos tipos de realidad distintos y, en buena medida, complementarios: los *objetos* y los *ámbitos*. La mayor parte de las realidades que constituyen el "mundo" propio de las personas está formado por ámbitos, no por objetos. Como los ámbitos hacen posibles las experiencias reversibles y el encuentro, el hombre -"ser de encuentro"- debe considerar como una de sus actividades básicas transformar objetos en ámbitos, asumiéndolos en un proceso creativo.

2ª. *Adoptar la actitud adecuada a cada nivel de realidad.* Los objetos son realidades canjeables, manejables, disponibles, sustituibles, situables en un lugar o en otro. Los objetos son susceptibles de posesión y dominio. No así una obra de arte, que tiene una especie de «personalidad propia», cierto poder de iniciativa, en cuanto es expresiva y valiosa y pide, como tal, ser realizada debidamente, con respeto y espíritu de colaboración. No cabe decir en rigor que un buen intérprete «domina» una obra; la «configura a perfección». Y viceversa: el artista no se deja «dominar» por la obra, sino «configurar». En el nivel de las realidades «ambientales», la actitud procedente es la de *creatividad configuradora*, no la de *dominio*. El que intenta dominar se baja automáticamente de nivel de realidad. Por eso trata los «ámbitos» como objetos, con la actitud de empobrecimiento de la que parten todas las técnicas de la manipulación.

3ª. *Dar a cada concepto todo su alcance.* Un grano de trigo no es un *producto fabril*; no es producido por el hombre; es el resultado de la confluencia de múltiples elementos: el campesino, las semillas, la tierra, el océano, la lluvia, el viento, el sol... Un grano de trigo aparece ante mi vista como un objeto delimitado, pero mi mirada interior sabe verlo como una realidad que trasciende esa figura diminuta, abarca mucho campo, pues muchas realidades del universo han tenido que aunar sus posibilidades para que un día aparezca sobre la tierra el milagro de una espiga de trigo. El pensamiento *relacional* sabe ver el trozo de pan como una realidad *abierta* a mil otras, y dotada, por lo mismo, de valor *simbólico*. El concepto del pan queda así enriquecido de forma sobriamente *realista*, nada fantasiosa.

4ª. *Adaptar el lenguaje -los términos y los esquemas mentales- a las condiciones de cada nivel de realidad.* El verbo *tener* puede aplicarse a todo género de productos fabriles y realidades materiales –fincas, utensilios, casas, coches–, pero no a realidades de rango superior, por ejemplo mi cuerpo. No es adecuado afirmar que "«tengo cuerpo»". Lo justo sería indicar que «soy corpóreo». Mi cuerpo no es una realidad de la que pueda disponer, como dispongo de un objeto, pues tiene sus propias exigencias, al ser expresión viva de la persona. El cuerpo no es algo así como un instrumento del que dispone una persona para realizar ciertas acciones; es *toda*

la persona situada en un determinado lugar y tiempo, ocupada en determinadas actividades, deseosa de lograr tales o cuales metas, orientada hacia un ideal preciso... De ahí que el cuerpo merezca un respeto idéntico al que corresponde a un ser personal. Por fortuna, nadie, ni yo mismo, puede disponer de mi cuerpo. El verbo *disponer* no es aplicable en este caso. Si comprendemos y aceptamos esta condición nuestra, cortaremos de raíz mil malentendidos y abusos acerca de la figura humana, sobre todo la de la mujer.

Los conceptos juegan su papel expresivo en el seno dinámico de los diferentes *esquemas mentales*, como "«libertad-norma», «dentro-fuera», «interior-exterior»... Contra lo que suele pensarse, estos esquemas no tienen siempre el mismo sentido. En el nivel de los objetos y de las actitudes dominadoras, los tres esquemas últimos constituyen un *dilema*: o soy libre para configurar mi vida a mi antojo o acepto normas que me fijan un cauce; o estoy dentro de la sala o fuera de ella, o me hallo en su interior o en su exterior. Al ascender al nivel de los ámbitos y de las experiencias reversibles, creadoras de relaciones de encuentro, puedo convertir en *íntimo* algo *distinto* y *exterior* a mí.

Si alguien me dice que «para encontrarme de verdad con otra persona debo ser generoso» no quiere imponerme *desde fuera* una norma moral; me sugiere una "«lave de orientación» para conducir mi vida hacia su pleno logro. Como esa clave es certera porque expresa una de las leyes del desarrollo personal, puedo comprobar pronto su eficacia. Al hacerlo, la asumo activamente como propia y la «interiorizo». Con ello, deja de ser para mí una instancia *externa e impuesta* para convertirse en un principio íntimo, voluntario y lúcido de actuación *libre*. He aquí cómo mi actitud creativa convierte un aparente *dilema* en un *contraste*.

De modo semejante, una norma de interpretación que me da mi profesor de música para salvar una dificultad no debo verla como un mandato procedente del exterior; es el don que se me hace de un saber práctico que yo tardaría cierto tiempo en adquirir. Por eso lo recibo con agradecimiento.

Asimismo, un poema que aprendo de memoria y recito recreándolo como si fuera su autor es al principio una realidad externa a mi ser; pero deja de serlo cuando asumo las posibilidades de vida que me ofrece.

Incluso las realidades físicas dejan de sernos *externas* -aun siendo *distintas*- cuando las asumimos en un proyecto creativo. Al interpretar una obra musical, el pianista toma el piano como *instrumento*, no como simple *mueble*; lo considera como un *ámbito* —una fuente de posibilidades de sonar— no como un mero objeto, una realidad material dotada de cierta forma y cierto peso y color. Al asumir esa fuente de posibilidades de sonar y ofrecer su capacidad de

crear formas musicales en el teclado, surge una relación de encuentro, cuyo fruto es la actualización de la obra interpretada. En ese encuentro, el piano -como instrumento- no es *exterior* al pianista, ni éste al piano. La escisión *interior-exterior* queda desbordada. Pianista y piano siguen siendo realidades *distintas*, pero ya no son externas ni extrañas, pues forman un campo de juego y de participación en el que colaboran desde distintas posiciones a una labor común.

Interpretados de esta forma los esquemas mentales, superamos los malentendidos que nos impiden comprender la riqueza insospechada que puede adquirir nuestra vida cuando descubrimos los ámbitos y adoptamos ante ellos una actitud creativa. Vemos cada vez con mayor claridad que *pensar con rigor y vivir creativamente son actividades complementarias*.

5ª. *Escuchar activamente la llamada de los valores, ordenarlos conforme al rango de cada uno y descubrir el que ha de jugar el papel de clave de bóveda del edificio de nuestra vida, es decir, el papel de ideal*. Para ello se necesita fomentar ya en los niños la nostalgia de lo bello, lo justo, lo bueno, lo perfecto en todos los órdenes. Es decisivo llevar al niño a asombrarse ante toda realidad o acontecimiento que encierre un valor, a fin de que se sienta atraído más y más por lo cualitativamente elevado. Es el movimiento contrario al que sigue quien siente nostalgia por el mundo infrahumano, infrarresponsable, infracreativo.

El que se alegra de encontrarse con lo valioso y se entusiasma con lo que juzga perfecto llegará muy pronto a desear que exista una realidad absolutamente perfecta, incondicionalmente buena y justa, supremamente bella. Sentirá que su vida adquiere con ello una densidad, un peso y un alcance tales que cada instante de la misma se convertirá en un prodigio de riqueza, porque será un *momento de eternidad* (Sören Kierkegaard), en el sentido positivo de *vida en plenitud*. Suscitar en los niños la nostalgia de lo perfecto es sembrar en ellos el deseo de encontrar el ideal auténtico de la vida. Y este hallazgo lo decide todo. «Como psicólogo, puedo asegurar en principio que el secreto de la maduración de los jóvenes radica en el desarrollo del ideal personal» (Josef Kentenich)¹³³.

6ª. *Asumir como ideal en la vida el crear modos relevantes de unidad -de encuentro- con las realidades circundantes, sobre todo las más valiosas*. Esa creación de modos de encuentro cada vez más perfectos constituye la base de la *vida espiritual*. Con frecuencia se ha entendido que uno cultiva suficientemente la vida espiritual si dedica cierto esfuerzo a la llamada *vida cultural*. A menudo, como delató F. Ebner, la cultura se reduce a mero «soñar con

¹³³ *Ethos und Ideal in der Erziehung* (Schönstatt, Valendar, 1972) 186.

el espíritu» y no alcanza el rango de una auténtica vida espiritual¹³⁴. Esta implica la creación de relaciones de encuentro, modos de convivencia que cumplen las exigencias que denominamos *virtudes*: generosidad, cordialidad, fidelidad... La verdadera cultura no se reduce a producir obras valiosas; se trata de convertir la vida de cada uno en una obra de arte moral, mediante la creación de formas valiosas de convivencia. Para ello se requiere tener una idea clara de que el hombre es «un ser de encuentro» y para crear toda serie de encuentros auténticos debe cultivar al máximo la vida del espíritu, la vinculación activa a la verdad, la bondad, la belleza, la justicia, el amor...

7ª. *Vivir históricamente, a fin de tener impulso creativo en nuestra vida presente y orientarla hacia el auténtico ideal*. No podemos ser creativos si no vivimos históricamente, asumiendo activamente las posibilidades que le han *trasmitido* a la sociedad actual las generaciones anteriores y creando nuevas posibilidades que legar a las generaciones siguientes. *Trasmitir* se dice en latín *tradere*; de ahí el término *tradición*.

Entre las posibilidades que nos legó la tradición cristiana se halla la convicción de que el odio sólo se supera con el amor, y el resentimiento con el perdón. En una visita que hizo al campo de exterminio de Mathausen (Junio de 1988), Juan Pablo II se preguntó, en un diálogo imaginario con un superviviente del holocausto, cómo ha de orientar Europa su futuro después de ese horror: «Dinos lo que nuestro siglo puede transmitir a los siglos venideros. Dinos si no hemos olvidado demasiado deprisa tu infierno. ¿Hemos borrado de nuestras memorias y conciencias la huella de los crímenes pasados? Dinos: ¿En qué dirección debiera desarrollarse Europa y la humanidad después de Auschwitz..., después de Mathausen?... ¿Cómo debiera ser el hombre y la generación de los que viven aquí sobre las huellas de la gran derrota de la humanidad? ¿Cómo debería ser el hombre? ¿Qué debería exigirse a sí mismo? ... Habla, tienes todo el derecho»¹³⁵. La salida a un pasado de crueldades no puede consistir en olvidar. Debemos *recordar*, en el sentido fuerte de *revivir*¹³⁶, no para alimentar el rencor sino para insertar lo vivido en un nuevo proyecto vital: el de la reconciliación y el amor. Con ello convertimos el mal en bien y redimimos el pasado a plena luz, sin dejarlo enquistado en la inconsciencia colectiva. Recogemos, con ello, las posibilidades de vida dignísima que nos transmiten, desde un pasado trágico, tantos héroes del humanismo que supieron vivir gran

¹³⁴ Cf. *La palabra y las realidades espirituales* (Caparrós, Madrid 1995) 31, 52, 67; *Das Wort und die geistigen Realität*, (Herder, Viena 1952) 31, 58, 78, 319.

¹³⁵ Cf. *Documentación Católica*, nº 1967, págs. 771-773.

¹³⁶ Recordar –término procedente del latín *cor*, corazón– significa *volver a pasar por el corazón*, traer algo de nuevo a la existencia. «Recordar es vivir», solía decir Unamuno.

elevación de espíritu en circunstancias límite. Como advierte muy justamente Margueritte Lena, debemos recuperar creativamente el pasado en el presente mediante el amor. «Alcanzamos así la tercera dimensión, la más íntima, la de la temporalidad, la que designa el término *memoria*»¹³⁷.

Más de una revolución se realizó con el fin de romper con el pasado y preparar un futuro mejor, a sabiendas de que las gentes menesterosas del presente no alcanzarían a verlo. Este sacrificio del presente de los pueblos en aras de un futuro utópico, tal vez irrealizable, no corresponde al modo de ser *histórico* del hombre, y resulta por ello gravemente negativo. Ser histórico no se reduce a ser *decurrente, finito, contingente*. Indica que se es creativo en el presente a base de las posibilidades recibidas del pasado y con vistas a configurar un futuro más perfecto, difícil de lograr pero posible.

Tras la caída del muro de Berlín, todo europeo puede vivir en conexión eficiente con su pasado, con la parte de lo ya sido que todavía tiene vigencia en la actualidad en cuanto le ofrece posibilidades creativas. Hemos de recibir ese don con un sentido de la responsabilidad ante nuestros contemporáneos y ante las generaciones sucesivas. Numerosos pensadores de la Europa oriental subrayan hoy que la URSS fracasó por no haber actuado históricamente, haber mirado sólo al futuro sin asumir las enseñanzas del pasado y crear en el presente un estado de convivencia acorde a las exigencias de la persona humana. Cortó el vínculo de ésta con la trascendencia y consagró las inmensas fuerzas del pueblo a realizar proyectos configurados por la mente humana de espaldas a la realidad. La realidad no tolera esos planteamientos, y acaba vengándose. La venganza de la realidad consiste en que los hombres quedamos des-centrados, pues el segundo centro de nuestro ser es el entorno del que proceden nuestras posibilidades de acción. Prescindir de la realidad es prescindir de la propia verdad, de lo que es el propio ser, visto con todas sus implicaciones. Esa autolimitación no incrementa nuestra soberanía o autonomía; nos impide vivir como personas.

No ven esta decisiva verdad ciertas doctrinas políticas que se limitan a ejercer proselitismo mediante el hecho de convertir en ideal dos términos talismán: *progreso* y *cambio*. Como mostré ampliamente en otro lugar¹³⁸, el prestigio de estos términos se logra

¹³⁷ *Cristianismo y cultura en Europa* (Actas del Simposio Internacional celebrado en Octubre de 1991), (Rialp, Madrid 1992) 201.

¹³⁸ Cf. *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores* (PPC, Madrid 1998) 111-113.

artificialmente dando por supuesto¹³⁹ que el cambio es siempre a mejor y el progreso supone un paso adelante en el bienestar de personas y pueblos. Conceder la confianza a grupos políticos cuyo único bagaje consiste en la astucia para confundir términos y conceptos lleva con frecuencia a los pueblos a situaciones de gran menesterosidad y no escaso peligro en diversos aspectos.

El que vive históricamente sabe que los procesos de maduración siguen siempre un ritmo lento y no buscan las mejoras sociales por la vida expeditiva de revoluciones que queman las naves antes de construir otras más perfectas. Procuran, como indica Solzhenitsin, consagrarse a la «tarea urgente de sembrar... lo que crece lentamente»¹⁴⁰.

El que asume la historia de esta forma creativa distingue bien las posibilidades creativas que recibe de las generaciones anteriores y las que encierran semillas de destrucción tras una apariencia brillante y prometedora. Así, el fastuoso intento nacionalsocialista de devolver, centuplicado, el prestigio a la vencida Alemania nos da una lección impagable: que *no puede esperarse éxito de unos planes espectaculares si su impulso procede de un ataque a la verdad*. Sacrificar pueblos enteros a las exigencias de una idea racista altanera, intolerante y exclusivista, significa una vulneración de la realidad que no puede a la larga triunfar.

8ª. *Superar la tendencia a pensar de modo superficial, mediante una reestructuración a fondo de la mente*. Si en Europa se está aceptando socialmente una práctica tan negativa como el aborto, de modo que grupos políticos favorables a la misma se ven apoyados masivamente en las elecciones, podemos inducir que algo grave falla en el estilo de pensar de las gentes. Y ya sabemos que los fallos en el modo de plantear las cuestiones básicas de la vida acaban provocando verdaderas devastaciones sociales. Que cierto número de personas acepten el aborto es lamentable. Pero que tal injusticia parezca normal a la opinión pública entraña todavía mayor gravedad porque indica un deterioro muy avanzado en la manera de pensar.

Algo semejante cabe decir de la equiparación de las «parejas de hecho» a los padres de familia. Es uno de esos temas que comprometen tantos aspectos de la vida que, cuando los tergiversamos radicalmente, dejamos al descubierto un cúmulo de deficiencias alarmante. De hecho, se observa a diario en los medios de comunicación que no se avanza en sabiduría, en finura de pensamiento y en nobleza de actitudes, antes se retrocede de forma vertiginosa. Las jóvenes generaciones entran decididamente en el mundo de la informática más avanzada, y se

¹³⁹ Recuérdese que el manipulador nunca demuestra nada; da por supuesto lo que le interesa para el logro de sus intereses.

¹⁴⁰ *¿Cómo reorganizar nuestra Rusia?* (Fayard, París 1990) 47.

adaptan con toda flexibilidad a su constante y asombrosa mejora. Pero este usufructo de los resultados de una cultura secular no responde a una mayor madurez cultural. Uno puede mantenerse hoy en un puesto de civilización avanzada y ser un primitivo en cuestión de cultura. Este desajuste entre *ciencia* y *conciencia*, entre el poder sobrecogedor que otorga la técnica actual y el exiguo poder que se tiene sobre ese poder puede provocar serias alteraciones en la vida personal y en la social, pues la falta de formación cultural en personas y grupos muy poderosos en medios técnicos suele ser causa de graves desajustes. Con razón, Romano Guardini manifestó en diversos escritos que la mayor tarea que tiene Europa ante sí es la elaboración de una sólida *Ética del poder*¹⁴¹.

9ª. *Configurar una nueva época, que asuma los mejores logros de la Edad Moderna y salve los riesgos que provocaba su estilo de pensar.* En el período de entreguerras, diversos pensadores instaron a las gentes a cambiar el estilo de pensar, a dar un giro al ideal que orienta nuestra vida. Son numerosos los escritos que aluden en su mismo título a dicho cambio y nos hablan de «El nuevo pensamiento», «El mundo en una nueva perspectiva», «El surgir de una nueva época», «El fin de la Edad Moderna», y otros semejantes. Bien vistos estos trabajos, se observa que no postulan el cambio por el cambio, sino un ascenso a un nivel de mayor exigencia intelectual, de una concepción del hombre más ajustada a la realidad, más rica y compleja, de una forma de pensar integral, muy alejada de los modos unilaterales de plantear los problemas humanos.

Se trata de un cambio no sólo de técnicas intelectuales, sino de actitudes profundas en el modo de orientar la existencia. En vez de un pensamiento no comprometido con los objetos de conocimiento más elevados, se postula una forma de pensar "existencial", dialógica, creativa, decidida a compartir la suerte con las realidades del entorno que nos ofrecen posibilidades de actuar con sentido. Por eso se habla de lograr «un hombre nuevo» que sepa valorar la riqueza que significa poder y deber «ob-ligarse» con las leyes de desarrollo de la propia realidad y las normas de conducta que de ellas se derivan. De esta concepción equilibrada de la libertad humana se deriva todo un *Humanismo nuevo y prometedor*, basado en un modo relacional de pensar y de sentir.

Este tipo de Humanismo requiere una conversión interior, la decisión 1) de no moverse sólo ni principalmente en el plano de los objetos y de la manipulación de objetos sino ascender al nivel de los ámbitos y de la creatividad, 2) de consagrar las energías espirituales a la creación

¹⁴¹ Cf. *El poder. Una interpretación teológica*, en *Obras de Romano Guardini* I, Cristiandad, Madrid 1981.

de ámbitos de todo orden. Esta doble purificación nos lleva de la mano a cultivar un pensamiento realista, que asuma la riqueza de todas las realidades y la incremente mediante el encuentro con ellas. La necesaria cautela en el proceder intelectual hemos de entenderla como el cuidado de otorgar a cada modo de realidad todo su valor. Somos cautelosos no cuando dudamos de nuestra capacidad de conocer las realidades más hondas, sino cuando evitamos considerarlas como objetos dominables y creamos con ellas diversos modos de encuentro, que son fuente de luz.

Eso ha de suceder de modo especial con las realidades que Gabriel Marcel denomina "«misteriosas», en sentido filosófico. «Misterio» es –para Marcel– toda realidad que, por no ser cuantificable, no puede ser conocida con el conocimiento científico, y sólo se revela a quien se encuentra con ella y participa de ella. Al encontrarnos con ella, conocemos en alguna medida su sentido. Este conocimiento nos da energía para seguir adentrándonos en su secreto. De esta forma, nuestro conocimiento se acrecienta progresivamente, sin lograr nunca ser exhaustivo, y nos perfecciona como personas, pues se da por vía de *participación*, no de mera acumulación de datos, vistos como algo externo al sujeto cognoscente.

10ª. Crear una cultura que sea un *hogar espiritual* para quienes la comparten interiormente. El hogar es un lugar de *vida comunitaria*, *vida en comunión*, no sólo en sociedad. Este género de unidad cohesiona entre sí a las personas de forma muy *sólida* y les permite fundar modos de convivencia extraordinariamente *solidarios*.

La solidaridad auténtica sólo es posible cuando nos esforzamos por incrementar nuestra vida espiritual. Ya en 1946, en las renombradas *Conversaciones de Ginebra*, lo destacó Stephen Spender: «... Debemos utilizar la ciencia para transformar los métodos y las realizaciones científicas, y (...) servirnos de la inteligencia para cambiar nuestras formas de pensamiento. Sí, hay que utilizar la ciencia para transformar a los hombres de ciencia, y la inteligencia para transformar a los intelectuales. Desde este punto de vista, la razón y el intelecto precederán a cualquier otro paso humano. Sin embargo, si queremos constituir una Europa nueva, tendremos que hacer participar a todo nuestro ser»¹⁴².

Para lograr esta participación, debemos tener en cuenta que nuestra realidad personal está abierta a diversos modos de realidad, desde los susceptibles de conocimiento científico hasta el ser humano, las obras culturales, las instituciones, los valores, el Ser Supremo... Estas realidades exigen un método propio para ser conocidas y postulan una actitud adecuada a las mismas. Si adoptamos estas distintas actitudes y seguimos las vías metodológicas apropiadas,

podremos establecer una fecunda red de relaciones con nuestro entorno y desarrollar de forma cabal nuestra personalidad. Esta ampliación de la mirada y de la conducta es indispensable a todo profesional si no quiere enquistarse en un especialismo empobrecedor. En este riesgo parece haber caído el eminente biólogo Severo Ochoa, que a la pregunta de si tenía fe religiosa, contestó: «Me gustaría enormemente, pues mi mujer era muy religiosa, y la fe me daría la esperanza de volver a verla. Pero yo no puedo aceptar ninguna realidad cuya existencia no sea demostrable científicamente»¹⁴³.

Para conceder a la propia realidad personal todo su alcance, los europeos deberán «vivir históricamente», es decir, plantear su vida actual y gestar su futuro asumiendo las mejores posibilidades que les da su pasado histórico. *Entre tales posibilidades figura, en lugar eminente, el sentido de la trascendencia religiosa.* Numerosos historiadores y filósofos de la cultura no dudan en afirmar que la religión cristiana, aun secularizada, determina la ruta del espíritu europeo. Luis Díez del Corral considera el fenómeno de la secularización de la creencia cristiana de Occidente como «clave para comprender el dinamismo de la cultura europea, su afán de realización, así como su propensión caritativa de entrega al prójimo»¹⁴⁴. «Europa –escribe Christopher Dawson» debe su carácter único al hecho de que es y ha sido siempre una comunidad de naciones, todas ellas intensamente conscientes de su personalidad social y de sus leyes e instituciones políticas distintivas, aunque todas unidas por una tradición espiritual común y unos valores morales comunes y una común cultura intelectual. Incluso hoy día, en el presente estado de desintegración de la cultura europea, estas tradiciones y valores comunes no se han perdido totalmente, se han debilitado y depreciado, pero no han muerto, y es tan sólo mediante su restablecimiento como se puede salvar a Europa»¹⁴⁵.

A este viejo continente le fue «raptada» una de sus más prestigiosas creaciones: el conocimiento científico y el poderío técnico. Pero en sus pueblos permanece, como un rescoldo, una inagotable capacidad creativa en cuestiones morales, una profunda nostalgia de la trascendencia y un cierto sentido del equilibrio espiritual que le permite aunar vertientes de la vida aparentemente opuestas y antagónicas. Estas cualidades permitirán a Europa alcanzar un nuevo florecimiento y asumir incluso una función de liderazgo entre las naciones. «La última palabra en los problemas humanos –agrega Dawson– siempre pertenecerá al poder espiritual que trasciende tanto el orden de la naturaleza como el orden de la cultura y proporciona a la vida

¹⁴² "El porvenir de Europa desde su presente", en *El espíritu europeo* (Guadarrama, Madrid 1957) 246.

¹⁴³ Cf. Pilar Urbano: "La solidaridad mundial: una revolución pendiente", en *Época* 142 (1987).

¹⁴⁴ Cf. *El rapto de Europa* (Revista de Occidente, Madrid 1962) 332.

humana su significación y su finalidad definitivas. Sólo mediante el nuevo descubrimiento de este poder y de la restauración de la relación triple entre los fines espirituales, los valores morales y la acción social es como Europa podrá superar su crisis cultural presente, debida ante todo a la contradicción entre el desarrollo del poder técnico y la pérdida del propósito espiritual»¹⁴⁶.

Por su tradición eminentemente creativa en todos los órdenes, por su bien probada capacidad para revisar sus propios principios y su fidelidad a los mismos y, sobre todo, por la impresionante calidad cultural y espiritual de las figuras que han tejido su historia, Europa es el continente «que posee los mayores recursos de sabiduría y experiencia» para enfrentarse con la crisis actual¹⁴⁷. Pensemos solamente, como una razón entre mil que avalan esta tesis, en la fecundidad que encierra para configurar una sólida y próspera comunidad de pueblos la doctrina expuesta en este libro sobre la apertura constitutiva del hombre a los demás, a la verdad, la bondad, la justicia, la belleza... Esta doctrina puede ampliarse y profundizarse merced a los hallazgos de movimientos filosóficos europeos tan fértiles como el pensamiento fenomenológico, el dialógico, el existencial..., así como de autores extraordinariamente profundos y sugerentes, como F. Ebner y M. Buber, K. Jaspers y G. Marcel, Urs von Balthasar y R. Guardini, N. Berdiaef y M. Heidegger...

Esta tradición europea, rebosante de vitalidad intelectual y de sabiduría, permite en la actualidad sentar la cultura y la vida sobre bases muy firmes y fecundas. Es, en verdad, una ingente tarea la que tienen ante sí los intelectuales europeos. Si la realizan debidamente, habrán contribuido de forma decisiva a un grandioso empeño: construir la *unidad integral de Europa*, con lo que ello implica de resurgimiento cultural, renovación espiritual e incremento de la calidad ética. De no hacerlo, contribuirán a reproducir a escala continental el fracaso que vivieron los polacos, según confesión de su dirigente Lech Walesa tras la caída del comunismo: «Destruimos un sistema político, pero no supimos crear otro». De modo semejante, los europeos tendrán que confesar: «Hemos liquidado la Edad Moderna en dos conflictos mundiales, pero no hemos logrado configurar una nueva época más ajustada al ser humano». Esta decepción no haría sino agravar la situación de «catástrofe antropológica» en la que, según cualificados pensadores, nos hallamos actualmente.

¹⁴⁵ Cf. *Situación actual de la cultura europea* (Ateneo, Madrid 1951) 33-34.

¹⁴⁶ o. c., 34.

¹⁴⁷ o. c., 35.